Paso

Jacques Derrida
Traducción Andrés Ajens

A modo de nota de traducción

El término francés *pas*, como el mismo texto que sigue no lo deja de comarcar con frecuencia, coyunta tanto los valores asociados al sustantivo *pas* (a la vez singular y plural, cosa rara ya en francés), 'paso', 'pasos', ese o esos que se da/n con pies y piernas al caminar, y a la vez al adverbio de negación *pas* (al decir de Littré, se trata de un adverbio que refuerza y al cabo termina por ejecutar [*enfoncer*] la negación *ne,* en frases negativas habituales del tipo: *Je ne sais pas*, *Il n'est pas*, etc.). A veces ambos sentidos son distinguibles pero en muchas ocasiones su indecibilidad es sostenida y patente en el ensayo que sigue: para estos últimos casos traslucimos (aunque no siempre) con un hapax algo abigarrado, para acentuar o recordar, justamente, tal indecidibilidad: pas(o). Ahora bien, en castellano, más claramente que en el franco *pas*, el término *paso* se ve afectado por la semántica del verbo *pasar*, al volverse homónimo de la primera persona del singular: *(yo) paso*. Así, este título, aparentemente en traducción, *Paso*, en prosopopeya diría también tal vez: "Yo, el título, digo, en traslación, *paso*, y al decirlo hago o doy un paso en traducción y *a la vez* me alejo, quedo fuera o antes de cualquier traducción, por decir: aquí, esta vez (yo, el título) "paso", no entro en el juego de la traducción, o al menos no en esta mano, no en estos parajes, no aún: difiero en traducción toda traducción. ¿Paso — de-traducción? Tal vez. (De más estará precisar que este *Paso* pasa a ser el primer traspaso de *Pas* tan fiel como infiel en romance castellano).

Pirque, invierno de 2026.

***

La primera versión de este texto fue publicada en la revista *Gramma* (*Cahiers 3/4, Lire Blanchot, 1*) en 1976. Venía precedida por dos cartas dirigidas a mí por Frédéric Nef y publicadas en la revista, luego de un preámbulo que reproduzco aquí.

Preámbulo

> "… como si hubiera siempre un poco menos en la respuesta que en la pregunta". *L'attente l'oubli.*
>
> "La llamada siempre ocurre, no necesita ser contestada, nunca ocurre realmente, por eso no es posible responderla. Pero quien no responde, más que cualquier otro, está enclaustrado en su respuesta.
>
> ¿Cuándo tomé ese riesgo?
>
> Tal vez durmiendo…". *Celui qui ne m'accompagnait pas.*
>
> En su primera e inacabada versión, he aquí el fragmento de un texto que escribo "en este momento". Indirecto y, hasta donde fuere posible, ficticio, describiría el preámbulo de una respuesta a las dos cartas de Frédéric Nef.
>
> [Nota de Jacques Derrida]

- Ven.

Ven: ¿cómo llamar lo que acabo de —¿lo que acabo de qué?—, lo que acabo de decir? Ven [*Viens*], ¿es una palabra? ¿Una palabra de la lengua francesa?, ¿un verbo? Helo ahí, en apariencia, un imperativo necesariamente presente, modo

ahí conjugado en la segunda persona del singular. Esta definición parece tan cierta como insuficiente. ¿Cómo llamar lo que acabo de —¿de qué?—, ¿decir?, ¿hacer? ¿Qué he hecho? He llamado. ¿Cómo llamar (a) *eso*?

¿Has notado como eso, "Ven", esa palabra, digamos, extraña, en *L'arrêt de mort*, muy cerca del final, antes de esos dos últimos párrafos desaparecidos entre una edición y otra, y provocando, dando más, con su desaparición…

- Tengo que interrumpirlo, me pierde, me pierdo. ¿Me ha dicho "ven" o ya ha dejado de hablarme para conversar, usted, con quienquiera que fuera, de este —digamos, este— término y saber cómo él —él qué, de hecho? Estoy perdida.

- Ya no sé. Ningún verbo puede medirse con este término para describir lo que hace. *Operar, funcionar, jugar,* me aburren. No le bastó a la fastidiosa "modernidad" desgastarlos; ni siquiera logró arrancarlos de la vieja historia que ya no reconoce en ellos. Este "término", "ven", como está dicho…

- Ya no lo entiendo. ¿Lo entendí? ¿Fue dicho? ¿Por quién? Está ya escrito, y es por ello que estoy perdida. El que habría sido dicho, ¿no es acaso el que me ha dirigido, a mí, a mí nomás, únicamente, en presente, una sola vez, sin dejar ninguna traza escrita, sin confundirse en cualquier caso con ninguna, pero explicando que ahora estoy aquí para responderle? No responderé a ello de otra manera. Por demás, sea lo que haga usted para citarlo, escribirlo, reiterarlo entre comillas, y comillas entre comillas, ¿no lo ha *dicho* ya de todas formas, antes de pronunciarlo siquiera, para que yo esté aquí, como ahogada, pero aún así respondiéndole?

- Sí, sí. Pero si hubiera podido únicamente decirlo, no te inquietarías por esa cita, obrando ya, con la que comencé a hablar de otro "ven", por el otro dirigido al otro, y luego guardado entre comillas. Estaba —ya— entre comillas en *L'arrêt de mort*, muy cerca del final, no en el fin, ni de la primera ni de la segunda variante, sino cerca del fin, dividido ya. De ahí me viene, con todo, la fuerza y el deseo de repetir, de citar, de recitar para ti: "*…y finalmente ella ha sido/estado* [*été*] *siempre a mi medida, la he amado y sólo la he amado a ella, y todo lo que habrá ocurrido, lo he deseado, no teniendo miradas sino para ella, dondequiera ella estuviera y dondequiera yo hubiera estado, en la ausencia, en la desgracia, en la fatalidad de las cosas muertas, en la necesidad de las cosas vivas, en la fatiga del trabajo, en esos rostros nacidos de mi curiosidad, en mis falsas palabras, en mis promesas embusteras, en el silencio y en la noche, le he dado toda mi fuerza y ella me ha dado toda la suya, de modo que esa fuerza tan grande, imposible de ser arruinada por nada, nos condena tal vez a una desgracia sin medida, pero, si es eso, esa desgracia la tomo conmigo y me alegro sin medida, y a ella digo eternamente "Ven", y eternamente ahí es/tá*".

Él no dice "Ven"; él dice que le dice "*Yo digo eternamente 'Ven*'", y me pregunto si la desmesura de la desgracia no lleva ya a eso, si su eternidad no está ya ahí, en la división de eso, de ese "Ven" — ahí que hace que "ella est/té ahí", eternamente. Él dice *ahora* que lo dice, pero que le dice y, por tanto, le ha dicho y le dirá eternamente.

- Yo he venido, sin embargo, ya. La cita no me ha prohibido, ella se le habrá escapado desde el momento en que me ha llamado a mí, únicamente, tuteada en su deriva misma. Y voy, ya llego…

- Sí, sí. Es para hablarte de la venida, de lo que viene o no viene, que te he llamado, únicamente. Esta cita o re-cita del *ven*, por ejemplo en *L'arrêt de mort*, no la tomes sólo como un fracaso, una derrota, como si la fuerza viva de una llamada se extenuara, se descompusiera, se torciera, sesgada, oblicua, indirecta. La recitación de *ven*, la que lo vuelve posible en su primera ocurrencia, la que lo franquea en su franqueza y se abre a la energía de estos relatos y re-citas, ¿acaso no es la afirmación repetida? Si *ven* es *de entrada* citado, no se debe tanto a alguna pérdida del acto de habla auténtica en la escritura citacional sino a que la fuerza de repetición afirmativa, en la afirmación que se afirma, sólo se produce como llamada única de lo por-venir, como la voluntad de repetirse, de aliar-

se con ella misma en lo que afirma, eternamente. Otro pensamiento del eterno retorno a partir del cual leer esta escritura citacional o recitativa. ¿Por qué habría querido, a mi vez, citar *L'arrêt de mort* sino para reafirmarlo? "… *la he amado y sólo la he amado a ella, y todo lo que habrá ocurrido lo he deseado…*" El *sí*, *que* hace en la lengua un agujero tan extraño como *ven*, aprueba, afirma, confirma, contrafirma, todo lo "que ha ocurrido", se precipita hacia lo que aún no ha sucedido; este *sí,* el que lo deleita, el "que (lo/me) deleita sin medida" (no hay que decir *él,* aquí, sino *yo*) aprueba, sin embargo, "*una desgracia sin medida*". Hay que pensar aquí, como lo mismo, la feliz repetición del *ven,* la recitación y el relato que se inician, la desgracia sin medida, lo conmensurable y lo inmenso ("…*y finalmente ella ha estado/sido siempre a mi medida, la he amado y sólo la he amado a ella, y todo lo que habrá ocurrido lo he deseado* […], *nos condena tal vez a una desgracia sin medida, pero, si es eso, esa desgracia la tomo conmigo y me alegro sin medida…*). El exceso sin medida de la desgracia y del re-gocijo están ligados al redoblamiento de la fuerza, de la fuerza en tanto fuerza dada, fuerza de don. "*Fuerza demasiado grande*", es/tá dicho, e indestructible desde entonces ("*incapaz de ser arruinada*"): esta indestructibilidad es una "*incapacidad*", la extraña pasividad de un impoder que procede de que la fuerza es dada, recibida del otro, recibida del otro a quien ella es dada, de ahí el eterno anillo, la anulación que relanza sin fin una alianza sin deuda, un don sin crédito. Él se hunde en una desgracia sin fondo, única desproporción que haya "*estado/sido siempre a mi medida*". Una desproporción trabaja este singular presente donde nada singular jamás se presenta, el presente del "*a ella le digo eternamente "Ven", y eternamente ahí es/tá*". El presente de ese "ahí", la última palabra que presenta "ella", sólo puede ser definido como la respuesta al *ven.* ¿Quién es/tá ahí? ¿Qué es lo que es/tá ahí? ¿Qué hay ahí? ¿Qué es el "ahí"? ¿Quién es el "ahí" sino quien puede responder a *ven?* Lo que se anuncia: nada de lo que se puede decir de la desproporción de este "presente", en términos gramaticales (verbo en modo imperativo, en tiempo presente, ligado a tal persona, a tal adverbio, etc.), en términos de semántica, de lingüística, de psicología, de psicoanálisis, de filosofía, habrá podido *en tanto cual* medirse con ello. No es que la desproporción les sea inaccesible, rechazada como un más allá. Ella disloca más bien la unidad del *en tanto cual* que define, en última instancia, la identidad de la región o del objeto. La desproporción remite a la necesidad de *repetir* la afirmación, una afirmación que no dice *sí* a un ente, a un sujeto o a un objeto, al estado o a la determinación de algo, sino a (lo) que/quien es/tá por venir *aún*, *aún* que la repetición eterna habrá llamado desde un "ella es/tá ahí". Entre (aquella) quien "es/tá ahí" *para responder*, no sólo *a fin de* responder sino también *por el hecho* de responder a *ven*, y (aquella) quien *ya* habrá dado toda su fuerza y llamado *ven,* ninguna incompatibilidad, ninguna contradicción, pero ninguna síntesis o reconciliación tampoco, ninguna dialéctica. De ahí la desgracia sin medida. De ahí también la imposibilidad de zanjar entre, *por una parte*, una repetición eterna de la afirmación que salva lo recitado (podría decir de ahora en adelante la recita [*récit*e] como relato [*récit*], para recordar que el-relato-de-Blanchot, y lo leo como un nuevo pensar de la cita según el eterno retorno, la repetición del *sí, sí*, que sólo comienza redoblándose —sí, sí—, por citarse una vez más, el relato como re-cita, entonces, está indemne, sólo vale una sola vez, fuerza única de un *ven* que no se reproduce jamás: *ven* — salvo) y, *por otra parte*, pero al mismo tiempo, una repetición de aquello que ya es/tá reeditado en las comillas, la escritura y la cita en el sentido corriente. La contaminación por este sentido corriente no es un accidente, pertenece a la estructura de la afirmación y siempre es arriesgada en tanto requiere el y al relato. La escritura es también esta contaminación irreductible, y el relato esta desgracia sin medida del que él puede decir. "*de ello me alegro sin medida*". Lo dice del relato mismo, como de aquello a lo que él le dice *ven,* y del *ven* mismo, por tanto.

Es para hablarte de la venida, de lo que adviene o no adviene, que te habré llamado, únicamente. No podía entretenerme o conversar acerca de la

venida antes de decir *ven,* a ti. ¿Pero habré podido decirte *ven*, sin saber, sin haber visto, sin ver por adelantado lo que "venir" quiere decir?

Mi hipótesis: no se puede derivar o construir el sentido, el estatus, la función, como dicen, de *ven,* del evento o advenimiento *ven,* a partir de lo que se suele saber del verbo *venir* y de sus modificaciones. *Ven* no es una modificación de venir. Al contrario. De cierto, este contrario no es simplemente un contrario, más bien una relación bien otra. Y, en consecuencia, mi "hipótesis" no designa ya una operación lógica o científica, en el sentido habitual de tales términos, y que se habrá de verificar o desmentir. Ella describe antes bien el no poco insólito movimiento [*avance*: tb. 'anticipación'] del *ven* sobre *venir*. Es un paso de más o de menos, al menos bajo [o con: *sous*] *venir*. Viene y acaba por sustraer algo en toda posición tal como se propaga y recita a través de los modos de venir o de la venida, por caso: el porvenir, el evento, el advenir, el advenimiento, etc., pero también a través de todos los tiempos y modos verbales del ir-y-venir.

Ven no da orden alguna, no procede aquí de ninguna autoridad, de ninguna jerarquía. Digo expresamente *aquí*. Y ello para recordar que es sólo a condición de un contexto, de una operación de escritura bien determinada, aquí el-relato-de-Blanchot, que una "palabra", dejando de ser absolutamente una palabra, desobedece la prescripción gramatical o lingüística, o semántica, que le asignaría ser —aquí— imperativo, presente, de tal persona, etc. He aquí una escritura, de las más arriesgadas, que sustrae algo a la orden y al orden del lenguaje al que se pliega de vuelta con un rigor bien suave e inflexible. ¿Pero qué se sustrae así? ¿El "pensar"? ¿Un pensamiento "fuera de la lengua"? Ello bastaría para escandalizar a cierta modernidad. Es un riesgo que vale la pena correr, el precio a pagar para pensar de otro modo el "fuera de la lengua" del pensamiento. *Ven* no es un imperativo, no es un presente. No serlo no le otorga una especie de salvajismo no lingüístico que deja al acontecimiento *ven* en libertad. Al contrario, ello insiste en la lengua de una manera singular, inquietando todas las certezas lingüísticas, gramaticales, semánticas. Si *ven* no da una orden en presente a una persona, ¿qué es un imperativo presente de la segunda persona del singular?

No dando ninguna orden, no recibiendo ninguna orden de la ley de las leyes, del orden del lenguaje, no dando ninguna porque él no recibe ninguna, *ven* no intercambia nada, no comunica, no dice nada, no muestra, describe, define, ni constata nada, en el momento en que se pronuncia, nada que sea algo ni alguien, objeto o sujeto. Incluso no llama a alguien que estaría ahí antes de la llamada. Decir que él llama a la llamada, que se llama a sí mismo, sería más justo siempre que no se escuche en ello ninguna reflexión especular. Habrá que precisarlo en un instante. Por las mismas razones, que quisiera enunciar clara, simplemente, *ven*, que no es una orden, no es tampoco una plegaria, una solicitud, un deseo. Aunque haga posible todos esos modos, no es sin embargo anterior a ellos, de aguas arriba, como un origen trascendental, puro y para sí como una palabra primitiva, o un *a-priori*. Es cada vez un acontecimiento singular a condición de un *ven*, cada vez único, pero eternamente repetido, diciendo *tú*…

- ¿Se atrevería usted a tutear a Blanchot?

- Deja esta pregunta para más tarde. ¿Por qué es lo más fácil y lo más imposible? ¿Por qué la cosa más fácil es aquí imposible? ¿Y por qué podemos leer sus escritos (y no sólo sus relatos) como una meditación paciente e interminable acerca del tuteo, del tutearse, en él? Diciendo esto, no reduzco todo a una pregunta, a un sentido o a un tema. La pregunta por el tuteo en el lugar en que trata con la del *ven*, no deja nada fuera de ella, nada de la realidad, de lo simbólico, de la historia, de la economía política, del inconsciente, de la sexualidad (acumulo para evitar la prevención). No deja nada fuera de ella, sin totalizar jamás nada. Quisiera que te aproximes lentamente a lo que se juega, a lo que ocurre con este *ven*.

Él (Blanchot) no sólo dice *ven* sino también en *L'attente l'oubli, venid.* Contrariamente al código y a las apariencias, el *vosotros* [*vous*], o el usted/es, no mantiene al otro a mayor distancia que el

tú implicado en el *ven*. Cada vez, en uno y otro, la oposición de lo próximo y de lo lejano, con la gran red semántica que ella ordena, se encuentra ahí anulada, no en la confusión o en el círculo del anillo sino, de acuerdo a lo que llamo, provisoriamente, el proceder de un pas(o) [*la démarche d'un pas*; tb. 'el proceder de un paso', 'el planteo de un no', etc.]. ¡Qué ocurre cuando lo próximo de-viene lejano? Un evento, un acontecimiento de consecuencias ilimitadas. (Desde otro paso, todo el pensamiento "heideggeriano" procede, en sus "tornas" o giros de decisión, por el "mismo" acercamiento a-lejante [*é-loignant*] de lo próximo y lo lejano. La *Entfernung* a-leja lo lejano que ella constituye, lo acerca, entonces, manteniéndolo lejos. La propiación eventual (etimología forzada o aventurada para la *Ereignis*) está ella misma alejada. La proximidad de lo próximo no es cercana o próxima, ni propia, entonces, y tú ves anunciarse poco a poco todas las rupturas de barreras. Cuando diga *alejamiento*, de ahora en adelante, cuando lo lea en uno de sus textos, escucha, entiende siempre el trazo invisible que mantiene a ese término abierto en sí mismo, por sí mismo a-lejado: con un *pas(o)* que aleja lo lejano de sí mismo. Pas(o) es la Cosa. "El alejamiento está aquí en el meollo de la cosa" ("Las dos versiones del imaginario", en *L'espace littéraire*).

Si *venid* no pone, no mantiene a distancia, según el código de urbanidad, si *ven* supone la distancia, no hay que apresurarse en distinguirlos. Y la repetición de lo único, si es inherente al *ven,* lo pluraliza por adelantado, suerte de singular plural que se llama a sí mismo: como él no precede a la que, "eternamente", "es/tá ahí", su llamada le viene ya del otro, es una respuesta. Tal vaivén, tal va-y-viene, no es una circulación especular. La habitación o el hotel, lugar de todos estos relatos, constituye su tópico según el pas(o) de este va-y-viene. Lo que es una habitación, tan anónima, tan paradigmática, y que comienza a devenir lo que es, una habitación, por ejemplo en la neutralidad de un hotel y de sus huéspedes, no lo sabemos "antes" de la lógica —o, más bien, la foronomía atópica— de ese pas(o).

En *L'attente l'oubli,* para volver a citar, recorto la articulación, de acuerdo a un artificio que no está prohibido: "… *Evidentemente, él es libre de creer que respondiendo medio maquinal u obligatoriamente a su envite, ella sólo se somete a las prácticas del lugar, si es cierto, cómo él cree saberlo, que una parte del hotel está reservada para tales vaivenes. Esta idea no le desagradó*.

"◆ *Cuando él le dijo: 'Venid' —y ella se aproxima lentamente enseguida, no a pesar suyo, sino con una sencillez que no vuelve su presencia más cercana—, ¿no hubiera debido, en lugar de formular esa invitación imperiosa, haber ido nomás a su encuentro? Pero tal vez tenía miedo de asustarla con su gesto; quería dejarla libre y, si no por iniciativa propia de ella, al menos libre en su propio movimiento. (Ella escogió un movimiento muy lento, el más extranjero a la vacilación, debido precisamente a su lentitud, movimiento en que se conserva la inmovilidad que le es propia y que contrasta con la brevedad de la invitación autoritaria). ¿Es entonces realmente una palabra de autoridad? – Pero también de intimidad. – Una palabra violenta. – Pero sólo portando la violencia de una palabra. – Portándola lejos. — Alcanzando lo lejano sin dañarlo. – ¿Por esta palabra no lo arranca de lo lejano? – Él la dejó. – ¿Ella entonces está siempre en lo más lejano? – Pero es lo lejano que está próximo.*

"La palabra es sólo la prolongación del signo, la seña, que él le ha hecho. La seña en tanto se muda en una palabra de llamada pronunciada necesariamente en voz baja en un tono de impersonalidad donde se afirma la atracción de la amplitud. ¿Pero el signo no decía nada? Hacía señas designando. ¿Pero la llamada es más exigente? Ella va hacia lo que llama. ¿Pero hace venir? Sólo lo que solicita venir en la llamada. ¿Pero interpela? Responde llamando". Vaivén en este mismo pasaje. Pasaje de un vaivén donde el origen del movimiento, gesto, signo o palabra, no se deja nunca detener, asignar. Una voz dice "Él" (Cuando él le había dicho "Venid") para citar a aquel que habrá parecido tomar la iniciativa: *venid* se considera de entrada como una palabra de iniciativa sin pasado. Pero es, en el presente aparente del relato, citado en pasado: "Cuando él le dijo 'Venid'…". Ahora bien, de inmediato, otro desbordamiento que descompone el origen en la sincronía que debería ajustarla a ella misma, el movimiento de la aproximación

("Él le dijo 'Venid' y ella se aproxima de inmediato, lentamente…") está descrito en presente, en un presente contemporáneo, aparentemente, al relato y no del acontecimiento que reporta. Lo que sin duda da lugar a una imagen cinematográfica (visible presente mientras lo decible está en pasado), pero remarca sobre todo que la aproximación, que debería responder al llamado y, por tanto, seguirlo, es casi práctica, inmediatamente, simultánea. La palabra *venid* no habrá casi acabado de venir cuando la respuesta ha comenzado a aproximarse, como si ella (la respuesta) hubiera anticipado lo que la provoca: como está dicho al final ("*¿Pero interpela? Responde llamando*").

Venid es ya una respuesta: a otro *venid*, es decir al mismo, que se llama desde una distancia infinita. Lo que responde a *ven.*

- Aquella que responde a *ven*, yo que estoy aquí, incluso antes…

- Aquella que responde a *ven* parece tanto acompañar al llamado en su presente (antes del fin de la "palabra" ella está ahí), tanto precederlo, incluso provocarlo, viniendo de más lejos y de más tiempo que él, tanto seguirlo, como un movimiento obedece a un pasado que lo ha puesto en movimiento, aquí a un pasado bien indefinido ("Él le dijo 'Venid' y ella se aproxima al tiro, lentamente…"). La lentitud no es simplemente una cierta relación del tiempo al movimiento, una menor velocidad. Ella cumple, acelera o retarda a la vez, infinitamente, un extraño desplazamiento del tiempo, de los tiempos, de los pasos continuos y de los movimientos enrollados en torno a un eje invisible y sin presencia, pasando uno dentro del otro sin ruptura, un tiempo dentro del otro, guardando la distancia infinita de los momentos. Este desplazamiento se desplaza él mismo, en toda la complejidad de su entramado en *L'attente l'oubli*. El relato recita siempre, de entrada, el desplazamiento de estos desplazamientos. Los a-leja de ellos mismos. Tú has oído una vez "él le había dicho 'Venid' y ella se aproxima de inmediato, lentamente…" El acercamiento se describe en otra parte según otros tiempos y otras relaciones al tiempo aparente del enunciado *venid*: aquí en un pasado simple ("ella se acercó lentamente…), allá en un pluscuamperfecto ("y ella se había acercado de inmediato").

He aquí:

"*"◆ Venid'. Ella se acercó lentamente, no a pesar suyo, pero con una especie de profunda distracción que lo volvía, a él, maravillosamente atento.*

"Ella había hablado, pero él no la escuchaba. Él sólo la escuchaba para atraerla hacia él mediante su atención".

Más adelante: "… *y cuando le digo 'Venid', ella se acercó de inmediato con una profunda distracción que me volvía extremadamente atento. Luego desapareció definitivamente. Al menos, eso pensé por comodidad. ¿Un dios desaparece?" ("sueño de una noche sin sueño": tres, el que dice Yo y "dos seres de aquí, dos dioses antiguos. Estaban en mi habitación, yo vivía con ellos").*

Y aún más adelante:

"◆ *Él sabía cuál había sido la primera palabra suya, estaba seguro que diciéndole 'Venid' —y ella se había aproximado de inmediato—, había hecho entrar en este círculo de la atracción donde no se comienza a hablar sino porque ya todo está dicho. ¿Estaba él demasiado cercano a ella? ¿No había ya suficiente distancia entre ellos? ¿Y ella, demasiado familiar en su extrañeza?*

"*Él la había atraído, esa era su magia, su falta. 'Usted no me ha atraído, usted todavía no me ha atraído*'". Es también por qué él ("Ven") surgió del fondo sin fondo de un pasado indefinido ("Cuando él le había dicho 'Venid'…"). El acercamiento que le responde —por adelantado— es, sin embargo, inmediata y infinitamente retardado. Infinitamente, porque el acercamiento que responde al *venid* es un acercamiento que "*no vuelve su presencia más cercana*". El paso que acerca a-leja, reduce y abre al mismo tiempo, con un mismo pas(o) que se niega y se transporta a sí mismo, su propia distancia. Este pas(o) incluso no está dividido por una negación o degenación de sí. Nada de dialéctico en este "pas(o)" —que se puede poner de inmediato, como "Ven" o "Venid", entre comillas—, porque él no será/estará jamás presente a él mismo, junto a sí, cerca de

sí en algún retorno a sí: pas(o) de reapropiación. La imposibilidad para la "presencia" de ser/estar "más próxima", en lo más cercano, en el momento mismo en que "se aproxima", esta imposibilidad se reimprime en el tiempo disyunto del relato: no sólo no se sabe quién habla presentemente (para decir "Cuando él le había dicho 'Venid' —y ella se acerca de inmediato…"), sino también quien habla entre paréntesis, y plantea las objeciones (Pero, pero…) y las respuestas, en un diálogo que a veces recurre a los signos convencionales de cambio de persona —los guiones o rayas— y a veces los evita, en el último párrafo. La presencia del presente (relato) es aquella, imposible, de este extraño "pas(o)" de alejamiento.

Desde el lugar de quien dice *venid* (pero él responde llamando y ese lugar es también el de ella, que responde acercándose sin llegar a ser más próxima), la aparente continuidad, la paciencia del discurso es también la de una respuesta a la acusación, es decir, a la lógica de la identidad categorial. No el discurso de la autojustificación ética (ninguna autoridad, ninguna violencia, dejarla libre, etc.), y además la respuesta no se opone, no opone el argumento contrario a la objeción, ella sólo la suspende y la inquieta; más bien una desviación, una distorción, de lo categórico, de la identidad consigo de la categoría —acusación o juicio—, ella misma sujeta a la ley de la identidad del "es/tá" en el discurso. Ahora bien, no es indiferente que esta "primera" desviación afecte al "pas(o)", el que se halla provocado por *venid* pero también por lo que lo provoca. En razón —nueva razón— de este pas(o) que acerca sin volver más cercano, cada vez que el "es/tá", o el "esto es/tá", toma forma en el texto, es para sustraerse a la lógica de la identidad, incluso a la dialéctica de la contradicción ("movimiento en que se retiene la inmovilidad que le es propia", "Pero es lo lejano que es cercano", etc.). Venid dice, inicialmente, la provocación de un pas(o) que afecta sin vuelta el ser del "es/tá". El olvido sería otro nombre para pas(o).

En todo relato, en todo relato de Blanchot, algo pasa con este pas(o). *L'attente l'oubli*, dado que ahí estamos: "*Durante mucho tiempo él había creído que el secreto contaba menos que su acercamiento. Él no estaba nunca ni más cerca ni más lejos. No tenía entonces* [*Il ne fallait donc pas*] *que acercarse sino sólo orientarse por la atención*".

"*No tenía entonces que acercarse sino…*": podríamos mostrar, pero eso se hará acaso por sí mismo, que en ese enunciado, la sintaxis de insistencia no otorga nunca el menor privilegio a ninguna palabra, cada una jugando ahí un rol irreemplazable.

Más adelante, aún en *L'attente l'oubli*:

"◆ *Hay aún un largo camino" – "Pero no para llevarnos lejos" – "Para conducirnos a lo más próximo" – Cuando todo lo que está próximo es más lejano que todo lo lejano*".

"*Es como si ella llevara con ella la fuerza de la proximidad. Lejos —cuando ella está de pie junto a la puerta—, necesariamente cercana y siempre acercándose, pero cerca de él, sólo estando aún cerca, y, más cercana, enteramente alejada por la cercanía, que ella vuelve manifiesta. Cuando la sostiene, él toca esa fuerza de acercamiento que reúne la proximidad y, en esta proximidad, todo lo lejano y todo el afuera"*

"Usted está cerca, ella está solamente presente" – "Pero sólo estoy cerca, mientras que ella es la presencia" – "Es cierto: sólo cerca; no renegaré sólo esto. Le debo a él mantenerse allí". – "¿Porque usted me sostiene?" – "Y bien, usted me sostiene también" – "Yo os sostengo. ¿Pero cerca de qué?" – "Cerca: cerca de todo lo que es cercano" – "Cerca, ¿pero no necesariamente de usted ni de mi?" – "Ni de uno ni de otro. Pero es lo que cabe. Esa es la belleza de la atracción: nunca usted será/estará suficientemente cerca y nunca demasiado cerca; y aún así siempre unidos/obligados y contigüos el uno al otro".

"Unidos/obligados y atraídos en esta contigüidad. Lo que atrae es la fuerza de proximidad que mantiene bajo atracción sin nunca agotarse en presencia y jamás disiparse en ausencia. En la proximidad, tocando no la presencia sino la diferencia".

"Cerca, ¿incluso si no hablo?" – "Dejando entonces hablar la proximidad".

"Lo que hablaba en ella era el acercamiento, acercamiento de palabra, palabra del acercamiento, y siempre acercándose, en la palabra, de la palabra.

"Pero si estoy cerca es porque usted lo está también" – De cierto. Sin embargo, no podemos verdaderamente decirlo" – ¿Qué podemos decir?" – "Que estoy aquí?" – "¿Mientras que realmente no estoy aquí?" – "Usted está aquí, en la proximidad. Es su privilegio, es la verdad de la atracción". La atracción, la manera cuyo acercamiento responde a todo acercando.

"¿Nunca atravesamos entonces la proximidad? – "Pero siempre encontrándonos en proximidad".

Dos veces la *fuerza* es enumerada. En la escasez necesaria del léxico en que todo se reduce al desvío y al torcimiento sintáctico del a-lejamiento, lo que pone en movimiento, acerca, reúne la proximidad y en ella, fuera de ella, lo lejano, es la fuerza, o antes bien la *diferencia de fuerza*, la fuerza siempre diferente y, entonces, siempre excesiva con respecto a sí misma, desmesurante. ("*Le he dado toda mi fuerza y ella me ha dado toda la suya, de manera que esta fuerza demasiado grande, incapaz de ser arruinada por nada, nos destina tal vez a una desgracia sin medida, pero, si es eso, esta desgracia la tomo conmigo y me alegro sin medida y, a ella, digo eternamente 'Ven', y, eternamente, ella es/tá ahí").* Estar *ahí* no es simplemente estar cerca. La fuerza es excesiva porque es diferente, diferente de sí, y doble, fuerza de un movimiento como de una fuerza dada, fuerza de un movimiento que no se puede describir, en el sentido en que un trayecto se describe, sino desde el a-lejamiento del *ven* y no a la inversa. La fuerza desmesurante de *L'arrêt de mort* es aún "la fuerza de acercamiento que reúne la proximidad" o "la fuerza de la proximidad que mantiene bajo atracción" en *L'attente l'oubli.* Recurriendo al sustantivo "fuerza", no se apela a alguna virtud oculta. El contexto del relato nunca permite definir la fuerza sino sólo "a partir" del alejamiento de lo cercano, de lo que acerca, reúne la proximidad y, en ella, según una inclusión sin interioridad, lo lejano. "A partir de", pensar a-partir-de se divide y se a-leja al mismo tiempo desdoblado. He ahí un pensamiento que no piensa a-partir-de; se aparta y de-parte de esta línea de pensamiento que tranquiliza a la filosofía; he ahí un pensamiento que piensa, lo que es completamente diferente, "a partir de" — este a-lejamiento; es al venir/partir y al venir-de-partir, o acabar-de-partir, que (tal pensar) reenvía sin cesar. Del mismo modo, si *no se sabe* qué es la fuerza *antes* del alejamiento propio de lo cercano, de tal suerte que estos enunciados, "la fuerza de la proximidad que mantiene bajo atracción" o "esta fuerza de acercamiento que reúne la proximidad y, en esta proximidad, todo lo lejano y todo el afuera", serían enunciados indescomponibles, diríase "analíticos" si no apuntaran a la inclusión inapropiante de lo completamente otro en lo mismo, no se puede decir más de lo que *se sabe después* de haber pensado el alejamiento de ese pas(o), si al menos el saber habrá sido siempre guardado, archivado, como saber del objeto o saber de sí, por esta lógica, formal o dialéctica, que viene aquí a a-lejarse. Si esta guarda fuera a su vez alejada, la palabra *saber*, como cualquier otra por lo demás, sería con ello afectada para ser plegada con este reempleo. Toda la lengua de Blanchot, léxico y sintaxis, sólo guarda su apariencia clásica operando, en silencio y en la más necesaria discreción, este repliegue formidable.

El presente está también ahí disyunto de lo cercano, pero el modo de la disyunción se separa de la simple oposición, como también de la jerarquía, y el valor de valor se halla también alejado: los dos "solamente" —"solamente presente", "solamente cercano"— hacen oscilar lo demasiado y lo no bastante sin prometer ninguna detención: "no renegaré solamente esto".

Lo disyunto de lo cercano y del presente produce, engendra y nota, o detecta, a la vez una fisura sin límite: en el saber o en el discurso filosófico. Pero una fisura que mantiene aún juntos, cercanos y presentes, a uno y a otro, a los dos que ella separa. Que ella separa sin separar, mantiene sin mantener junto. La sintaxis completamente singular del *sin*, en la escritura de su relato, he aquí lo que, con la del *pas(o)*, nos retendrá en adelante bajo la potencia fascinante de su atracción. Pero no te hablaré de eso aún directamente.

- ¿Cuándo hablará usted directamente? ¿Cuándo me hablará? Con rectitud, término que quisiera entender sin la moral, el deber, el derecho…

- La sintaxis del *sin*, en su relato, es, aparentemente, en tanto sintaxis, completamente normal y regular. La palabra "sintaxis", entonces, no conviene para describir una operación, sin operación, que no es tampoco léxica. Pero dejemos eso para más tarde. Sólo tomo un ejemplo, aún de *L'attente l'oubli,* porque comarca el *sin* en el movimiento del a-lejamiento y en el instante en que, como hace un momento *venid*, lo que ocurre no es un "gesto", ni una "palabra", ni siquiera simplemente un "signo". Y la "habitación" desnuda nombra siempre (ni la naturaleza ni la arquitectura) esta otra tópica, esta otra foronomía. *En la habitación: cuando él se vuelve hacia el tiempo en que él le hizo señas, siente, efectivamente, que él le hace señas volviéndose. Y, si ella viene y si él la toma, en un momento de libertad del que no hay nada que decir y que, desde hace tiempo, él ha olvidado maravillosamente, él debe al poder del olvido (y a la necesidad de la palabra) que le otorga este instante de iniciativa a la que responde su presencia.*

"No me acuerdo." – "Pero usted viene." – "Alejándome." – "Usted se acerca en este alejamiento". – "Permaneciendo inmóvil". – "Usted está en reposo por la fuerte atracción del movimiento". – "En reposo sin reposo".

Esta ley sin ley del a-lejamiento no es la esencia sino la tópica imposible de la esencialidad. Tomemos el camino más económico para darla a entender. Ella atraviesa un esquema discursivo de Heidegger y nos prepara para pensar a la vez la proximidad y, esto sólo aparecerá más tarde, el quiasmo que poderosamente aleja a uno del otro de estos dos pensamientos: la *Entfernung*, que he propuesto traduciur como a-lejamiento [*é-loignement*], y el *Ereignis* (el acontecimiento, palabra con la que se habrá venido, abusivamente sin duda, a leer lo propio (*eigen*), incluso el proceso de lo cercano (*prope*) o de la apropiación, y hacia la cual quisiera darte a entender aquí el *sous-venir* sin memoria de un *ven*), en esta colusión sin identidad de lo próximo y lo lejano que estamos abordando con este pas(o). Así: algo (¿qué?, otra cosa) (se) acerca. Creemos entender lo que eso quiere decir, de la manera más clara: la cosa tiende a devenir próxima. ¿Próxima de qué, de qué otra cosa? Dejemos por un momento esa pregunta de lado. Próxima de otra cosa o de sí misma como otra cosa, la cosa sólo puede aparecer próxima a lo que anticipa aquello que atañe a la próximo y a la proximidad. No al concepto general de proximidad sino de la esencia de lo próximo a "partir de" la cual tal concepto puede formularse. ¿Qué es entonces lo "próximo" o la relación próximo-lejano? ¿Qué es la proximidad de lo próximo? La cosa, de cierto, puede ser/estar próxima, pero lo próximo o la proximidad no es/tá próxima. La proximidad de lo próximo no es otra cosa que la cosa próxima pero ella no es próxima. La esencia de lo próximo no es más próxima que la esencia de lo rojo no es de color rojo. Sometámonos al menos a la ley de esta verdad, a esta manifestación de la esencia como tal que domina la más poderosa tradición filosófica, hasta Heidegger, que halla en ella la ayuda más decisiva para el pensamiento. Desde entonces, mientras más se intenta aproximar la proximidad de lo que aproxima, más lo completamente otro —y lo infinitamente alejado entonces— de la proximidad se ahonda. Como lo mismo puede decirse de lo lejano, ninguna *oposición* es pertinente entre lo próximo y lo lejano, ninguna identidad tampoco. Ahora bien, esta bivalencia de contrabanda o de doble banda (*double bind*) afecta a *todo*, todo lo que es/tá, es decir, se presenta, es presente, viene, adviene, llega, existe, la esencia del acontecimiento y el acontecimiento de la esencia, tantos valores semánticos indisociables de una tópica no regional de lo próximo y de lo lejano. Tú presientes entonces lo que pasa en este pas(o) de a-lejamiento. Y lo que se consume, se gasta [*dépense*; tb. 'depiensa'] en tal proceso, en tal pas(o). Y el ritmo extraño que infunde a nuestro discurso, a la elección de las palabras, a la construcción de nuestras frases, al idioma de la palabra "*pas*". Rarefacción, ley estricta y rigurosa: atañe a lo otro, la otra, el otro. Sólo puede aproximarse *como otro*, en su fenomenalidad de otro, más que alejándose, y *aparecer* en su lejanía de alteridad infinita más que aproximándose. En su doble pas(o), lo otro disloca la oposición de lo próximo y lo lejano, sin confundirlos, sin embargo. Él sujeta, somete, la presencia fenomenal a su andadura [*démarche*; tb. 'proceder'].

Este *pas(o)*, múltiple él mismo, no se desplaza *en* un *topos* laberíntico: se deja llevar como laberinto, tiene la estructura del laberinto. No sólo porque acerca en el alejamiento y ofrece la apariencia engañosa de una dialéctica donde el *pas* se niega a sí mismo, no es el proceso que es, sin que este doble pas(o)…

- Va a hacer usted lo que él no hace jamás: jugar con una insistencia indiscreta en la lengua, exhibir una matriz económica, volverse intraducible en el asunto mismo.

- Para dar lugar a otro texto, al texto de otro, hay que asumir de cierta manera, bien determinada, la falla, la debilidad, no evitar lo que el otro habrá podido evitar: para hacerlo aparecer desde ese retiro, desde ese retrazo. El texto que él habrá firmado sin firmar, es uno de los más raros ante el cual mi retrazo, mi debilidad, aquella de la que me hablas y que puede tomar la forma de una indiscreción de maestría, los tomo conmigo y con ellos me regocijo. ¿Por qué no?

Es también porque quiero hablar, más tarde todavía, de la manera inaparente pero tanto más eficaz en otra escena que él deja hacer o jugar los poderes de la lengua, de la lengua francesa: en ese punto donde la intraductibilidad no cierra nada, al contrario, donde toda la economía de *Witz*, esencialmente servil y vulgar, complaciente cuando la conciencia sobre ello delibera, se encuentra soberanamente desbaratada, deshecha, abierta al instante de su mayor fuerza. Sin que este doble pas(o) se fije jamás en la negatividad dialéctica de su proceso, ni tampoco en el tropo que otorga el a-lejamiento a la marcha, al proceder, al método, a un movimiento que presupone el estar de pie, el avance de un pie tras otro. Al menos el pas(o)-a-pas(o) es sólo una "metáfora" para el a-lejamiento y no aparece nunca en su movimiento de ir o de venir sino que "a-partir" de un pensamiento del a-lejamiento. El pas(o) entonces no es (incluso) simplemente un paso, ni de paso [*Le pas n'est donc pas même un pas, pas même*]. En todos esos sentidos es laberíntico e inmediata, singularmente, múltiple, y de por sí disgresivo. Aquella a la que se le responde *ven*, lo sabe por adelantado. Cito ya *Thomas l'Obscur*, más adelante del comienzo, al que intentaremos llegar, aún más tarde. Por ejemplo: "… *por todas partes la ruta le estaba bloqueda, por todas partes un muro infranqueable, y ese muro no era el mayor obstáculo, había que contar también con su voluntad que estaba resueltamente decidida a dejarlo dormirse ahí, con una pasividad semejante a la muerte. Locura entonces*". El bloqueo, que se opone al proceso, no se mantiene ante el pas(o) o fuera de él, sino en él, en la "pasividad" mortal que no lo autoriza a ser lo que él es. Pero esta "pasividad" se franquea por sí misma, se libera en la naturaleza instantáneamente transgresiva del pas(o). Transgresión afirmativa que, negación de la negación del pas(o), no reenvía a una doble negación. "*Lo que lo dominaba era la sensación de estar siendo empujado hacia adelante por su rechazo a avanzar. Tampoco se sorprendió mucho, tan claramente su ansiedad le mostraba el porvenir, cuando un poco después se vio llevado unos pasos más allá. Algunos pasos, era de no creer. Sin duda, su avance era más aparente que real, porque, este nuevo lugar no se distinguía del anterior, encontraba ahí las mismas dificultades y era, en cierto modo, el mismo lugar del que se alejaba por miedo de alejarse de él.*

Por ejemplo, más adelante, ella: "… *llegaba un momento en que, llevada por ese vagabundeo sin término ante una realidad sin razón, ella se detenía bruscamente, emergiendo del fondo de su frivolidad con un rostro espantoso. El resultado era siempre el mismo. Por más que buscaba hasta lo más lejos su itinerario, perdiéndose en disgresiones infinitas — pudiera ser que el viaje durase su vida entera—, ella sabía que se acercaba a cada paso al instante en que tendría no sólo que detenerse sino también suprimir su camino, ya sea que ella hubiese encontrado lo que no tenía que haber encontrado, ya sea que no lo pudiese jamás encontrar. Y no le era posible abandonar su proyecto. Porque, ¿cómo hubiera podido callarse, ella, cuyo lenguaje estaba a varios grados bajo el silencio? ¿Dejar de estar ahí, dejar de vivir? Otras estratagemas insignificantes sólo habrían precipitado con su muerte, al cerrar todas las salidas, la eterna carrera en el laberinto, del que, mientras tenía la perspectiva del tiempo, guaardaba la esperanza de escapar. Así que ya no veía que se acercaba imperceptiblemente a Thomas. Ella lo*

seguía, paso a paso, sin darse cuenta o, si se daba cuenta, queriéndolo abandonar y huir, tenía que hacer un esfuerzo cada vez más grande. Su cansancio se volvió tan abrumador que ella se contentó con mimar su huida y permaneció pegada junto a él, los ojos llorosos, implorándole, suplicándole poner fin a esa situación, intentando aún, inclinándose sobre esa boca, pronunciar palabras para continuar a toda costa su relato, el mismo relato que ella hubiera querido consagrar sus últimas fuerzas a interrumpir y acallar".

Las fuerzas, entonces, parecen no tener fuerza salvo para oponerse al relato. Y ella, salvo para "hacer un esfuerzo siempre más grande" para alejarse de él. Pero el relato es interminable, porque la fuerza que se opone a él, tanto como el esfuerzo de alejamiento, produce eso mismo que ella contradice sin esperanza de una escapatoria en la reunión unificante, en la negación de negación o la denegación. Pas(o) del relato, pas(o) de muerte (*"otras estratagemas insignificantes sólo habrían precipitado con su muerte.."),* pas(o) sin dialéctica, sólo diferencias de pasos ("vagabundeos", "laberintos", "disgresiones infinitas", "lenguaje" "de varios grados bajo el silencio"). Lo que se describe ahí, es el relato, el "relato mismo". Pas(o) de muerte. Como siempre, para él, la desgracia sin medida es la imposible muerte.

Y el tiempo (posibilidad de la trampa, de la "esperanza de escaparse") nombra ahí la diferencia disgresiva, lo disyunto del pas(o), entre paso y paso, el paso a paso que promete la transgresión final, el franqueamiento, el allende el pas(o). No hay el tiempo fuera del movimiento que aleja de lo cercano.

Inmediatamente después del "relato mismo" que acabo de citar, después del pas(o) del relato imposible, en el momento en que ella es, literalmente, abandonada por sus pasos, ella se desliza hacia el agua.

Agua [*Eau*: a pronunciar: *o*]: yo pronuncio así para nombrar a la vez la letra, la sílaba o la palabra (sustantivo o elemento del sustantivo) y la cosa en este pasaje en que fluyen los unos a los otros. Y en su texto, tan regularmente, inmensa y desmesuradamente. No dejaremos ya de encontranos, de perdernos, de ahogarnos ahí.

El agua libera el movimiento de los pasos: *ella* autoriza un movimiento extraño a la tormenta interior que viene a dividir el pas(o) —es finalmente un *movimiento sin pas(os)*. Pero como el sin pas(o) dice, en efecto, que el paso no es sino un tropo que advierte un alejamiento que ya no anda, y bien, ser abandonado por sus propios pasos para deslizarse hacia el agua, es también liberar el pas(o), liberarlo precisamente del pas(o), consumar el pas(o), darle lugar, y diría incluso franquear el pas(o), desnuda, descubierta, haciéndolo: hiciéndolo allende toda crispación de actividad, y hasta fundirse en el elemento "agua" (u *o*, porque el agua está también ahí para/por otra cosa — de cierto modo, no es nada, ni una cosa ni una letra, ni una sílaba o el elemento de un sustantivo: grado cero de una metáfora infinita), es decir, ahogándose desnuda, descubierta, siendo "ahogada" más bien, lo que puede pasar, por ello cabe decir *o*, "entre los astros y las esferas", en el momento en que "sus pas(os) la dejaron": "… *el mismo relato que ella habría querido consagar sus últimas fuerzas a interrumpir y a acallar.*

"*Es a este estado de abandono al que ella se deja arrastrar por la sensación de la duración. Con suavidad, sus manos se crisparon, sus pasos la dejaron y ella se deslizó hacia un agua pura donde, de momento a momentos, atravesando corrientes eternas, ella parecía pasar de la vida a la muerte y, peor, de la muerte a la vida, en un sueño tormentoso ya absorbido por un sueño agradable. Luego, de improviso, ella entró, con un estruendo de tormenta, en una soledad hecha de la supresión de todo espacio y, violentamente destrozada por el llamado de las horas, se develó.* […]. *Ella descendió primero al fondo de una jornada completamente extranjera con respecto a las jornadas humanas y, entrando llana de seriedad en la intimidad de las cosas puras, y luego levantándose hacia el tiempo soberano, ahogada entre los astros y las esferas, lejos de conocer la paz de ambas, se puso a temblar y sudar. Durante esa noche y esa eternidad se preparó para volver al tiempo de los humanos. Sin fin, ella erró a lo largo de los corredores vacíos* […] *incapaz de captar la razón de esas metamorfosis y del destino de esa marcha silenciosa. Pero cuando ella pasó…"*

- ¿Por qué ella? ¿Por qué se confía este movimiento a esta figura, a ella? ¿Y esas "orillas", y ese "naufragio"? ¿Esas "barreras"?

- He de decirte sin parar "es demasiado pronto" y "es preciso": es preciso aprender a leer con una paciencia infinita, inmovilizarse sin fin en cada pasaje y volver a él indefinidamente, recitarlo también. "*Pero cuando ella pasó delante de una puerta que se parecía a la de Thomas, reconociendo que la trágica explicación continuaba, ella supo entonces que ya no discutía con él por unas palabras o pensamientos, sino por el tiempo mismo que ella abrazaba*. […] *Es en esta forma que ella penetró, de manera indecisa, en la existencia de Thomas. Todo parecía desolado y sombrío. Orillas desiertas donde se desintegraban, lentamente, abandonadas tras un naufragio grandioso en el mar jamás retirado, ausencias cada vez más profundas. Ella pasó por extrañas ciudades muertas*. […] *Ella creyó comprender —ah, cuel ilusión— que la indiferencia que fluía a través de Thomas con un agua solitaria venía de la infiltración, en regiones en que ella no debería haber penetrado jamás, de la ausencia fatal que había logrado romper todas las barreras, todos los diques, de manera que, queriendo ahora descubrir esa ausencia desnuda, ese negativo puro* […], *se preparaba para adelantarse tan lejos de sí misma que, al contacto de la desnudez absoluta, pasando maravillosamente al través, pudo ahí reconocer su pura y su propia transparencia. Lentamente, provista sólo con el nombre* Anne*, que serviría para traerla de vuelta a la superficie, tras la inmersión, ella dejó que subiera la marea de las primeras, de las flagrantes ausencias…"*

El elemento en el que se dirá que ella "no podía volver a ponerse de pie", el elemento líquido o marino, galáctico o seminal ("Anne remontaba el curso de las aguas en que se debatían oscuros gérmenes"), "tras la inmersión" o cuando "la marea" sube, es el elemento de las "ausencias". Pero también el del "tiempo soberano", en el cual ella nada o se ahoga en el momento de la entrada. Cuando sus pasos la abandonaron, su movimiento es siempre de entrada o de penetración, en el agua, en el tiempo, en la ausencia, en Thomas: "ella entró"… "entrando"… "ella penetró"… "donde nunca hubiera debido penetrar". Ahora bien, el elemento del agua ("oh, cruel ilusión"), el del tiempo soberano como ilusión del sin-pas(o), de la ausencia de espacio, deja resonar la sonoridad pura, el fonema *o* ("ella se topó con la extraordinaria sonoridad de la nada que está hecha del reverso del sonido"), donde reconoce en su nombre, *Anne*, es decir, en su *néant* ('nada'). Inmediatamente después: "*Es esta exploración que ella había emprendido tan ingenuamente, creyendo encontrar la frase decisiva sobre sí misma, se reconoció apasionadamente en búsqueda de la ausencia de Anne, de la nada más absoluta de Anne*". El momento en que ella se reconoce en búsqueda de la ausencia de Anne, ausencia de su nombre en su existencia o de su existencia en su nombre, es también donde un agua, la marea de las ausencias, ha logrado pasar, rompiendo todas las barreras: "de la nada más absoluta de Anne. Ella creyó comprender —oh, cruel ilusión— que la indiferencia que fluía a través de Thomas con un agua solitaria venía de la infiltración, en regiones en que ella no debería haber penetrado jamás, de la ausencia fatal que había logrado romper todas las barreras… "

Entre la "eternidad" del *ven*, el alejamiento del "pas(o)", "nombre" y "agua", un atractivo, el conjunto de una atracción se anuncia, que tendremos que aprender a leer poco a poco. Dejemos por ahora lo que determina agua (sustantivo, cosa, elemento de sustantivo o de cosa, sílabas o letras), en mar, marea, con ritmos y orillas, costas y naufragios. Intentaremos aproximarnos a ello más tarde. Aquí, cuando ha podido reconocer*se* "en busca de la ausencia de Anne" o "reconocer su pura y propia transparencia", es la fuerza de su nombre, un nombre sin barrera interior, quien la jala o quien la saca del agua, su medio de resonancia: "Pudo ella reconocer su pura y su propia transparencia. Lentamente, provista del único nombre *Anne* que debía servirle para volver a la superficie tras la inmersión…" Ella acaba, lo sabes, y hay que renunciar a citar, hay que dejar leer, en el incendio de su nombre; (se) quema de golpe, "antorcha completa", aullando *Anne*. Pero su cadáver entonces deviene, "en el corazón de la nada", "una inasimilable nada". Tal vez nada

se habría podido resolver, disolver, conciliar, reconciliar, "elevar" en lo simple de una "pasión". Ni la univocidad ni la dialéctica del deseo en esta pasión, tal sería el "pas(o)" de esta última "irrupción": "… *ella se puso a gritar Anne, Anne, con voz furiosa. En el seno de la indiferencia, se incendió de un golpe, antorcha completa, con toda su pasión, su odio por Thomas, su amor por Thomas. En el corazón de la nada, ella irrumpió como una presencia triunfante y ahí se arrojó, cadáver, nada inasimilable, Anne, que existía aún y ya no existía, burla suprema para/en el pensamiento de Thomas*".

Se trata de un momento del relato. E incluso de que ese momento no sea justamente el de una historia, en cualquier sentido que se entienda esa palabra en la literatura o en la filosofía, el corte o recorte al que la he sometido es absolutamente injustificable e imposible *de facto*. Habré querido sólo comenzar a hacer resonar el va y viene del pas(o) de Blanchot, no para extraerlo como la ley que vendría a dominar su texto o su nombre sino para acercar lentamente el acontecimiento de su firma inaudita y sumergirlo en su agua. Anne, en la página siguiente, "volvió a la luz", "al día", "en otro cuerpo" ("cuerpo mezclado con el vacío puro, los muslos y el vientre unidos con la nada sin sexo y sin órgano, estrechando compulsivamente las manos una ausencia de manos, la figura bebiendo lo que no era aliento ni boca…") y se podría seguir, tan arbitraria, tan necesariamente, todos los pasos que llevan y acompasan el texto, y antes bien lo deportan. Anne no es de aquellas a quienes se les dice "Ven" sino "Ve", "Anda". La voz que le dice "Ve" no le da, sin embargo, ninguna orden, y sobre todo no le manda ir a parte alguna, allende aún, (sino) sólo hacia Anne, la otra Anne, ella o su nombre, a través del que tiene aún que "fluir" tras la penetración ("ella entró") en un lugar donde ella "a todos pareció bañada en la embriaguez de la curación" […] Ella […] *vio acercarse ese momento en que, retomando contacto con la tierra, recuperaría la existencia banal, no vería nada, no sentiría nada, donde podría vivir, vivir al fin, y tal vez también morir, episodio maravilloso. De bien lejos, percibe, esta Anne saludable, a quien no conocía, a través de la que iba a escurrirse en un corazón feliz. ¡Ah, instante demasiado brillante! Del seno de las tinieblas, una voz le dijo: Ve. / Su verdadera enfermedad comenzó"*

"Ve", que de una otra Anne va, es entonces también el llamado venido de su nombre como de otra, de un solo aliento, sin barreras, sin bloqueo, sin oclusión interior (es también cierto con respecto a "Anne", o de "Ven", monosílabos o vocalizaciones indivisibles). "Ve" no dice otra cosa que "Ven", y aleja de paso al pas(o). Hacia un lugar sin pasaje, sin allende, hacia un *vivir* al fin intransitivo que vale (la pena) "tal vez incluso morir". Pas(o) más allá: es en *Thomas l'Obscur* también (1940) que se habrá podido leer, mucho más adelante, esto: "Ella [la noche] *no se deja atribuir nada más que ella, es impenetrable. Me encuentro verdaderamente en el más allá, sin más allá, allende, es lo que no admite allende*". Este pas(o) allende [*pas-d'au-delà;* lit. pas(o)-del-allende, pas(o) de-al-de-ahí] que sería lo allende mismo. *Thomas l'Obscur* lo nombra, en este lugar, "la suprema relación"; ella "me enseña el deseo de un admirable progreso": "*En esta repetición absoluta de lo mismo nace el verdadero movimiento que no puede conducir al reposo*". Este enunciado ("*si el allende es lo que no admite allende*) inscribe el (no) *pas* (adverbio de negación), en el lugar mismo y en el movimiento de ímpetu donde el sustantivo *pas* (paso), venido a sostener la negación desde el fondo de la lengua, franquea la línea sin franquearla, en su nombre y con el título *Le pas au-delà*: donde, esta vez, siguiendo un quiasmo que recorre todo el "corpus", más allá, allende (sustantivo y/o nombre de entrada: "si el allende…") habrá devenido adverbio (el no allende), en tanto el adverbio *pas* (no) habrá devenido sustantivo, nombre.

Para que "yo me encuentre verdaderamente en el más allá, si el más allá es lo que no admite más allá", es preciso que el pas(o) que ahí me lleva se franquee él mismo, anule conservando el más allá; y, sin embargo, la estructura del pas(o) excluye que el doble efecto del pas(o) (anulación/conservación del más allá) sea una negación de la negación que venga a incluir, interiorizar, idealizar para sí el pas(o). Es el extraño proceso del que la negación de la negación permanece en su poderoso sistema un efecto determinado del paso, un pas(o).

Más de treinta años después de *Thomas l'Obscur*, del que podríamos haber releído aún todos los pasos de alejamiento (por ejemplo, pero vuelve estos fragmentos sin totalidad a su relato y recuerda que él no subraya nunca): "… *como yo sólo era real salvo bajo el nombre de la muerte, yo dejaba entrever, sangre mezclada con mi sangre, el espíritu funesto de las sombras, y el espejo de cada uno de mis días reflejó las imágenes confundidas de la muerte y de la vida* […] *Este Thomas me forzó a aparecer* […] *cuerpo sin vida, sensibilidad insensible, pensamiento sin pensamiento. En el punto más alto de la contrariedad, fui ese muerto* ilegítimo. *Representado en mis sentimientos por un doble, para quien cada sentimiento significaba tanto sinsentido como para un muerto, alcancé, en el colmo de la* pasión*, el colmo de la extrañeza y me sentí feliz con la condición humana por haberla logrado verdaderamente. Siendo, en cada acto humano, el muerto que a la vez lo vuelve posible e imposible y, si caminaba, si pensaba, aquel que la completa ausencia solamente permite* el paso y el pensamiento, *frente a los animales, seres que no llevan en ellos su doble muerte, perdí mi última razón de ser. Hubo entre nosotros un trágico* intervalo". Este intervalo tiene la forma de la ausencia que permite "el paso y el pensamiento", pero *interviene* de entrada como relación del paso al paso o del pensamiento al pensamiento, como inclusión heterológica de pas(o) a pas(o), de pensamiento a pensamiento, paso sin paso o "pensamiento *sin* pensamiento". Este juego (sin juego) del *sin* en estos textos, acabas de ver que desarticula toda lógica de la identidad o de la contradicción y que lo hace desde "el nombre de la muerte" o de la no-identidad del doble en el nombre. Es una lectura que hay que reservar, pacientemente. Otro "ejemplo": "*La muerte era una metamorfosis cruda comparada con la nulidad indiscernible que sin embargo atribuí a la palabra de Thomas. ¿Era, entonces, una quimera, este enigma, obra de una palabra formada malignamente para destruir todas las palabras? Pero si avanzaba en mi mismo, apresurándome en un inmenso trabajo hacia mi exacto mediodía, experimentaba como una trágica certeza, en el centro del Thomas vivo, la proximidad inaccesible de este Thomas nada, y mientras más la sombra de mi pensamiento disminuía, más me concebía en esta claridad sin falta, como el huésped posible y lleno de deseos de este oscuro Thomas* […] *Yo sentía ligada esa nada a tu existencia extrema como una condición irrecusable. Sentía que entre él y tú se anudaban innegables razones. Todos los acoples lógicos eran incapaces de expresar esta unión en que, sin entonces ni porque, a la vez como causa y como hilos, os encontrábais irreconciliables e indisolubles. ¿Es tu contrario? No, ya lo he dicho. Pero parecía que si, distorsionando un poco la conexión de las palabras, yo hubiera buscado a lo contrario de tu contrario, lo hubiera alcanzado, habiendo perdido mi justo camino y, sin volver sobre mis pasos, progresando admirablemente de tú-consciencia, que es a la vez existencia y vida, a tú-inconsciencia, que es a la vez realidad y muerte, lo habría logrado*…"

Recorto este pasaje en medio de aquel que desplaza el paso (el *ne-pas*, el no-paso o el no, más bien, porque el paso del no-paso no es en sí mismo negativo) entre el *yo soy* y el *yo pienso* ["*y, en lugar de murmurar 'Yo soy, yo no soy', de mezclar los términos en una misma y feliz combinación, de decir 'Yo soy, no siendo' e, igualmente, 'Yo no soy, siendo', sin que hubiese ahí el menor intento por acercar palabras contrarias usándolas unas contra otras como piedras. Es invocando sus voces que afirmaban a su vez con igual pasión: es para siempre, no es para siempre, que mi existencia, a sus ojos, adquirió un carácter fatal. Pareció que yo caminaba cómodamente sobre los abismos y que, entero, no medio fantasma, medio hombre, yo penetraba en mi perfecta nada. Especie de ventrílocuo integral* […] *yo escribía en el muro estas dulces palabras: "Yo pienso, ergo yo no soy*] hasta que la alternancia del no-paso [*ne pas*] que afecta al *yo soy* o *yo pienso* se deja describir como de-marcha sin paso, ciertamente contando sus pasos, pero pasos llevados allende ellos mismos: ni movimientos ni piernas. El paso, sin embargo, no es simplemente negado, simplemente afectado por un no, un no-paso, él describe otra tópica y renueva los enunciados *yo soy* o *yo pienso*: "*Yo pienso, dice Thomas, y este Thomas invisible, inexpresable, inexistente, que yo devine, hizo que en adelante yo no estuviese nunca donde estaba, e incluso no hubo nada de misterioso en ello. Mi existencia se volvió completamente la de*

un ausente que, en cada acto que realizaba, producía el mismo acto no realizándolo. Yo caminaba, contando mis pasos, y mi vida era entonces la de un hombre estrictamente pegado al asfalto, que no tenía piernas, que no tenía siquiera una idea de movimiento". Más adelante: "*Yo era absurdo, no debido al pie de cabra que me dejaba caminar con paso de hombre, sino debido a mi anatomía regular y a mi musculatura entera que me permitían un paso normal, un pas(o), sin embargo, absurdo y, cada vez que era normal, cada vez más absurdo*". Toda transgresión opera, desde entonces, contra o más allá de la transgresión en tanto sería el efecto de un pas(o), ella transgrede el pas(o) mismo, da un paso allende el paso, y lo que llamamos la digresión del alejamiento desorienta, desde *Thomas l'Obscur*, toda lógica del límite, de la oposición, de la identidad, de la contradicción, pero también libera, bajo la aparente normalidad de su lengua (léxico y sintaxis), la contaminación del sustantivo [*pas*: paso] y del adverbio [*pas*: adverbio de negación]; lo que altera simultáneamente, en el simulacro de la "misma" "palabra", subterráneamente, la identidad respectiva de los significantes y de los significados, de las propiedades y de las impropiedades semánticas. Por cierto, es necesario, por las razones que tú entiendes/escuchas aquí mismo, que el proceso del lenguaje, en la escena de la consciencia, parezca dejar todo intacto. Es preciso que disloque todo sin que parezca que desplaza nada en su discursividad. La violencia del efecto se acrecentará, y en una escena bien diferente. Porque la escena es entonces bien diferente habrá que renunciar al dominio y a la amortización de los efectos. Es a través de la ley —esta travesía será nuestra pregunta—, a través de la normalidad indemne y asegurada del lenguaje, que se provoca irresistiblemente la catástrofe general del a-lejamiento. La lógica, la sintaxis, el léxico, la retórica, parecen impasibles cuando se las fuerza a enunciar lo que por adelantado las habrá arruinado de cabo a rabo o, antes que arruinado, expropiado y sujetado. Nunca las conjunciones lógicas, los adverbios, los sutantivos, dejan de jugar su propio papel. Nunca, por ejemplo, porque no cabe reconducir ahí todo como a la verdad del relato, un paso (sustantivo) no afecta al otro (el adverbio), ni tampoco sugiere la menor familiariedad semántica u homonímica. Ni siquiera en la ironía o el rigor impertubable de "El 'pas(o)'" completamente pasivo —¿el "pas(o) más allá"? — de *Le pas au-delà*, dos veces. Así, siempre en este "primer" relato (*Thomas l'Obscur*): "*Lo que ella le dijo tenía la forma de un lenguaje directo […] – Sí, dijo ella, me gustaria verte cuando estás solo. Si alguna vez pudiera encontrarme ante ti, distanciándome completamente de ti, tendría una oportunidad de unirme a ti. O, más bien, sé que no me uniría a ti. La única posibilidad de disminuir la distancia que nos separa sería la de alejarme infinitamente. Ahora bien, yo ya estoy infinitamente lejos y no puedo alejarme más. Desde que te toco, Thomas…*". Bastante más adelante: "*Entre nosotros, toda distancia está suprimida, pero para que no podamos acercarnos*. […] *Ser de un no-ser del cual soy una ínfima negación que él suscita como su profunda armonía*. […] *Estamos afectados los tres, número ya monstruoso cuando uno de los tres es todo, por la misma prescripción lógica* […]. *No obstante, en esta noche, avanzo portando el todo, hacia lo que excede infinitamente al todo. Progreso allende la totalidad que, sin embargo, estrechamente abrazo. Voy a los márgenes del universo, andando atrevidamente hacia otros lugares donde no pueda estar y un poco fuera de mis pasos. Esta leve extravagancia, desviación hacia lo que no puede ser, no es sólo mi propio movimiento que me conduce a una demencia personal, sino el movimiento de la razón que arrastro conmigo. Conmigo gravita fuera de las leyes las leyes, fuera de lo posible lo posible. Oh, noche* […], *te vuelves una pasividad deliciosa…"*

- ¿Es únicamente a la noche que él tutea? ¿Es a la noche que usted le ha dicho *ven* hace un instante? ¿Por qué tanto *ven* como *venid* [tb. *venga*]? Hace un momento, en *L'attente l'oubli*, usted recuerda, se acuerda, él decía "Venid".

- Pero "Ven" también: "olvidando una palabra, olvidando en esa palabra todas las palabras".

"◆Ven, y devuélvenos la discreción de lo que desaparece, el movimiento de un corazón".

- Si *ven* es precedido siempre por otro al que responde singularmente, ¿cómo entender la *discreción*, la conveniencia, en esta frase que tutea? ¿No la hace *venir*, no la atrae en alianza, paso a paso, el uno al otro, el uno y la otra juntos? ¿Es que la palabra *coito*, el momento o el movimiento de un *coire*, un *co-ir* [*coire*]…?

- Deja aún en reserva el enigma del tuteo, de su vínculo sin vínculo en y con una lengua, del suplemento de discreción que aleja de ella misma todo pudor. Al tutearlo (la pregunta de hace un instante), yo no sería necesariamente violento o indiscreto, y si quiero serlo, lo quiero, he de serlo más que él, de otra manera que él, del que quizás aún no hemos reconocido suficientemente que el texto desencadena la ley de la discreción absoluta, la empuja hacia adelante con el más intratable rigor y en su propia escena la viola con una obscenidad sin medida. Pero sorprender su indiscreción con la única indiscreción que le habría seguido siendo imposible, sería permanecer todavía, en la amistad, bajo la ley del otro: el único signo de amistad, como borrado por adelantado. Es esta maquinación sin máquina lo que me interesa, me fascina, y la fascinación. Dejo esto una vez más para más tarde. Deuda que se anula por ser infinita. ¿De qué, de quién se trata? Desde que lo leo —desde siempre hasta donde recuerdo— dejo para más tarde el momento de hablar directamente de él, de lo que sea que le ataña, y de hablarle.

Vuelvo atrás. Estaba a punto de remarcar le progreso inmóvil que, desde el pas(o) más allá de *Thomas l'Obscur* (1941-1950) insiste hasta *Le pas au-delà* (1973), insiste en su pas(o), el mismo, el otro. Como una suerte de respuesta de entrada a tu pregunta de hace un momento, he aquí, en la misma doble página de *Le pas au-delà*, anunciada por esos punzones en diamantes (cuadriláteros aquí, cuatro puntos allá) y a veces en un carácter y a veces en otro:

"◆ *Dando tres pasos, deteniéndose cayendo, y, de inmediato, asegurándose en esta caída frágil.* […]

«◆ Elogio de lo próximo a lo lejano.

◆ *Ven, ven, venid, vosotros a quienes el mandato, la oración y la espera no les pueden convenir.*

"Sé en paz contigo mismo. – No hay nadie en mí a quien pueda tutear. – […]".

Cuenta también los pas(o) en sus títulos. Se desplazan y se transportan por sí mismos, pero se reimprimen también sin cesar.

"*Falsos-pasos*", pas(os) en falso ["*Faux-pas*"]: trabajando la superficie de inteligibilidad normada, otras fuerzas semánticas y sintácticas obligan a otros métodos. Los falsos-pas(os) o pasos-en-falso de error, de errancia o de falta a no cometer (*faut pas*: no hay que). Hay que, no hay que, él falso, etc., hacen derivar del *pas*, como sustantivo (paso), al *pas* como adverbio de una negación suspendida, aún en espera; y desde entonces es el sustantivo el que es "falso" o un simulacro. Comillas invisibles ("falsos 'pas(os)'"). El *pas* (el otro) es puesto de paso, para extraviarlo y hacerlo caer, mezclar el significante con el significado, cruzar el sustantivo y el sin-sustantivo, el categorema y el sincategorema, confundir lo sintáctico y lo semántico, y anunciar así un pas(o) más allá de la lengua que remite al fonema o al grafema prediscursivos. Así, en *Celui qui ne m'accompagnait pas*, una relación (una proposición relativa) afecta con un *ne pas* negativo el paso de *Celui qui…;* el que, por demás, no recibe en su título, en su definición (fuera de su sexo, no lo olvides), sino la de un proceder, un andar (*démarche*), un pas(o)-con que no tiene lugar. O cuyo paso, cuyo pas(o), no obsta, no es/tá. Pero una vez se han desencadenado las fuerzas del más allá del discurso, se comarca el *pa* en medio de *Celui qui ne m'accompagnait pas*. Y si todo está puesto en obra, discretamente, para que este efecto se libere en el pas(o) más allá del sentido y del lenguaje, podemos recibir (para mantenernos en los títulos) "La *part* du feu", "L'*espace* littéraire" o "Faux *pas*", tan legítimamente como recibimos, según la afinidad semántica que de ello llama venir al *ven*, "Le livre *à venir*". Y si nos abandonáramos a la deriva necesaria, la recurrencia de las *a* propondría toda una ficción de teoría, por caso, a propósito de esa génesis, génesis del color mismo —la más inaudita que conozca— recitada por Anne y Thomas l'Obscur desde el blanco, el pálido, el raro. Más tarde habrá que reconocer el *rat* (ratón) de Thomas l'Obscur, "que le pareció ser

una palabra, pero que más bien parecía un ratón gigantesco", etc.

En relación con las posibilidades de esta escritura, a los poderes y derechos de tal ficción de teoría, una ciencia ha de determinarse, medirse, transformarse. "*Le pas au-delà*" (hablo del título y lo pongo entre comillas, pese a que lo que se dice a través de la indirección interminable del lenguaje, su más allá que no se deja nunca regular por la lengua y reinstituye la apertura referencial más loca) acumula todas las reservas económicas que acabamos de indicar bien rápidamente, pero marcando el exceso. Ninguna circulación económica, ninguna dialéctica, puede cerrarse sobre una cantidad determinable de fuerzas. Suspendido en un contexto todavía indeterminado (función del título), el artículo definido (*el* pas(o)) *llama* a *pronunciar* —escritura de habla también donde las comillas no se oyen o se oyen por todas partes, pero donde no se puede jamás pronunciarse sobre ellas: la *palabra* o la *cosa*, la palabra *y* la cosa. El paso es entonces la palabra paso *y* el pas(o), *o* el pas(o). Y podemos decir lo mismo para todo título *Le pas au-delà — El paso (no) más alla*. Lo que así se halla nombrado, titulado, puede ser un enunciado, como referente, tanto como un referente allende el enunciado. Las transformaciones posibles del enunciado (y entonces del título) inician un proceso de diseminación sin fin que es eso mismo y, por tanto, otra cosa que lo que viene y conviene al título de título. La palabra *pas* es sustantivo o adverbio, adverbio de indecisión en lo que atañe a la negación (semi-par de la negación que anuncia, en la duplicación inmediata e inevitable del *pas*, del otro *pas*, el pas(o), en el *pas* mismo, un doble *pas* sin negación de negación y sin denegación), *pas(o)* sin negación, este proceso determina el "más allá" pero dejándose enteramente llevar por él, en cada caso, tanto más cuanto que se trata ahí (más allá) de un adverbio que se deja más fácilmente que otros nominalizar (*Le pas au-delà*).

Un análisis del *pas* que se atendría aquí al fragmento de *ne-pas*, es decir, al funcionamiento de la negación o de una negatividad, incluso insólita, no negativa, tampoco dialéctica siquiera, corre el riesgo de interrumpir la fuerza del relato de varias maneras. Pero el riesgo de interrupción lo corre, programado en la noche, por el relato. El lector se saltaría el texto, primeramente, manteniéndose en la cara lógica y significada, en el contenido de un discurso mantenido en su estricto límite; en segundo lugar, y en consecuencia, no teniendo ya cuenta de lo que se llamaba en el código clásico el significante. Nos defendemos entonces de la contaminación homonímica pero también pre-lingüística que el texto llama o deja venir; es por ello que la oposición *Sé/Sa* [significado/significante] permanece *al aguaite*, resta en rada. Tercero, y en consecuencia, se impide dar cuenta de eso: el doble *pas* no es ni una reapropiación dialéctica ni una denegación, o al menos las transporta más allá. Cuarto, permaneciendo en la lógica de la lengua ("normalmente hablada") y de la consciencia, se excluyen todos los procesos "inconscientes" (pulsiones o representantes) que se suceden en *pa* y *o-de-la/o-2-la*, etc. Quinto, y sobre todo (digo sobre todo porque se trata aquí de la única palanca estratégica capaz, me parece, de forzar todas las limitaciones anteriores), aislando, para darle el paso, el funcionamiento lógico o semántico del *ne-pas*, separándolo normalmente de la semántica del pas(o) de marcha [*pas de marche*] y de la no-semántica (contaminaciones, anomalías, delirio, etc.), se impide todo lo que reconduce la problemática de lo lógico, de la dialéctica, del sentido, del ser del ente (la filosofía y su paso allende, el pensamiento) hacia un venir del evento (como a-lejamiento de lo próximo [*Ereignis, Entfernung, Enteignis*] "ante" el cual lo filosófico y su paso allende, el pensamiento, se esfuerza, sin lograrlo jamás, de cerrarse, de ocluirse. Ahora bien, este venir o esta venida del evento —ir-venir antes que va-y-viene— no aparece "a partir" de lo onto-lógico del *ne-pas*, incluso si fuera no dialéctico. Lo onto-lógico procede del evento (por venir y más que pasado) de un *ven* del que recitamos aquí, tú yo, el pas(o). Más allá, porque apenas digo *ven*, todo el sistema de los límites (*faut pas*: no hay que) que prohibirían poner un pas(o) en el otro (por ejemplo, el paso de andar o de paso en el *pas* de negación y recíprocamente) se halla de golpe, al paso, franqueado, sin que incluso el paso, la actividad de caminar, lo

que se hace con las piernas (ver más arriba) tenga lugar. *Le pas au-delà*: "La transgresión transgrede por pasión, paciencia, pasividad".

- ¿Cómo traduciría usted este desplazamiento, este juego de palabras y de cosas, quiero decir, en otra lengua? Y ahí donde este se desliza sin comarcarlo, dejándolo discretamente a su suerte aparecer o perderse, vuelve usted con paso pesado y, al paso, insistente…

- Te he dicho (dado) mi *partis pris* de borradura, desaparición incluso (*effacement*) por indiscreción, de re-tiro, de trazo y re-trazo, evitando repasar el trazo del otro, el otro trazo. Y, por demás, quisiera explicar, sí, ya, explicar insistiendo por qué no insiste, pues no es para nada claro [*pas* clair]. De una parte, una cierta exhibicón del juego de palabras o de la homonimia podría, apoyada de algún modo, dar a pensar que la identidad primitiva (por caso, por filiación etimológica) o incluso una ley económica general y saturante en lo que atañe a esta extrañeza del a-lejamiento. Ella va, ergo, allende lo semántico, lo etimológico —y, en general, del simple lenguaje—, por tanto también allende la lógica, la retórica, etc. Y él lo ha, él también [Blanchot], remarcado, al escribir (hasta donde tengo noticias, en su última publicación, lo descubro bien tarde como para haberlo hasta aquí tenido en cuenta): "*Lo que es extraño: que la pasividad no es nunca tan (suficientemente) pasiva: es con ello que se puede hablar de un infinito; tal vez porque ella se sustrae a toda formulación, pero parece que haya en ella como una especie de exigencia que llamaría a siempre venir aquende ella misma —no pasividad sino exigencia de pasividad, movimiento de lo pasado hacia lo impasable, lo insuperable.*

"*Pasividad, pasión, pasado, pas(o) (negación y a la vez la traza o el movimiento del caminar), ese juego semántico nos da un desliz de sentido, pero nada a lo que podamos fiarnos como a una respuesta que nos contentara*". Y el párrafo siguiente, que describe un "nudo de rechazo" más allá de cualquier negación, de cualquier decisión, de cualquier denegación y finalmente de cualquier decir, apela al "preferiría no hacerlo" de Bartleby, el escribiente: " '*Preferiría…*' [*J'aimerais mieux…*] *pertenece a lo infinito de la paciencia, sin dejar espacio para la intervención dialéctica: hemos caído fuera del ser, en el campo del afuera donde, inmóviles, andando con un paso parejo y lento, van y vienen los hombres destruidos*" (*Discours sur la patience*, en Le nouveau Commerce, 30-31, primavera de 1975; los párrafos vienen ahí precedidos por dos diamantes).

Lo que él rechaza, y desde ese "nudo de rechazo", es el complaciente triunfo semántico que podría ocurrir en el juego de palabras con *pas*, si le exigimos un fundamento, una certitud o un dominio, es decir, con qué, simple y finalmente, limitar, por una denegación reapropiante, la locura. Es del juego en tanto "juego semántico", del deslizamiento en tanto "deslizamiento del sentido", que él nos advierte. Pero esta advertencia, en vez de imponer un límite a la contaminación, la libra a todos los excesos de fuerza, allende toda etimología, de todo *étimo*, de la economía semántica, onto-lógica o, también, significante. En fin, en el *Witz* siempre hay, cuando es practicado, autorizado, cultivado, esa vulgaridad económica, precisamente aquella de nuestra época, que pretende condensar por adelantado, para dominarlos idealmente con los menores gastos, apropiándose y rubricando en blanco, incluso aquello que aún no hemos pensado en el lenguaje, de los "efectos de sentido". El psicoanálisis debería habernos mantenido alejados en lugar de precipitarnos hacia él: el *Witz* consciente y deliberado, perceptible o controlado, viene siempre en situación de denegación o de apótropo, en una relación resistente al otro, al inconsciente. El discurso psicoanalítico que se presenta como tal, en la práctica o en la teoría, debiera ser el primero en entreverlo.

Al control o al servilismo económico del *Witz* no habrá, hasta donde fuera posible, cedido jamás. Y sin ninguna reducción, lo verificaremos, en relación con los adelantos de la época, provocándolos, precediéndolos, acompañándolos, en todas las líneas de ruptura o en las primeras líneas. Llamémoslos, por comodidad, la literatura, la filosofía, el psicoanálisis, el pensamiento y la práctica políticas, etc. Él ha mantenido esta superficie impasible, neutra, transparente de la

lengua de escritura. Pero de tal modo que esta exigencia no prohiba nada, al contrario, libere lo que la exhibición asustadiza del *Witz* a menudo viene a contener o denegar. Si hubiera —lo que no creo— alguna pertinencia para elogiarlo, si no hubiera la grosera atribución de control, y si *Le pas au-delà* no volviera caduca de entrada tal metáfora, yo diría que nunca, tanto como hoy, lo había imaginado tan lejos delante de nosotros. Esperándonos, aún por venir, por leer, por releer, por aquellos mismos que lo hacen desde que saben leer y gracias a él. No te apresures en rechazar esta palabra. Lee lo que él dice de la gracia y de la chance al comienzo de *Le pas au-delà.*

Entonces, los dos *pas* no se tocan en lo mismo. Es así como ello anda y salta, y que el otro pas(o) habita, marca y borra a aquel mismo que parece no tocar. Esta ausencia de contacto o de contigüidad entre los *pas*, entre el pas(o) mismo, es donde el pas(o) de Blanchot marca. El pas(o). Él marca el pas(o) [*marcar el paso* en castellano, como en francés *marquer le pas*, alude también al aminorar e incluso detener el andar]. Si restableciera lo continuo, simplemente lo borraría. Lo que equivaldría a casi lo mismo. Desde el momento en que parecen no tocarse, nunca haberlo hecho, un *pas* borra mejor al otro con su tachadura sin negación, sin denegación, sin resto, sin relieve. Lo que equivaldría casi a lo mismo, entonces. Salvo el relato. Pas(o) (no más) de pas(os). "… *la ligera talla* [risa, sonrisa] *de sus palabras: '¿Escribe, escribe usted en este momento?'*

"*¿Qué va a ocurrir entonces? ¿Tuve realmente ese deseo de sustraerme, de desahogarme con alguien más? Más bien de sustraer en mí al desconocido, no perturbarlo, de borrar sus pasos para que lo que él ha realizado se realice sin dejar restos, de suerte que ello no se realice para mí que permanezco, en el borde, en la orilla, fuera del acontecimiento, el que pasa sin duda por el destello, el ruido y la dignidad del rayo, sin que yo pueda hacer más que perpetuar el acercamiento, suspender la indecisión, mantenerlo, mantenerme ahí sin ceder*" (*Celui qui ne m'accompagnait pas*).

Cuando te digo *ven* una vez más, por caso, ¿qué va entonces a ocurrir, a arribar? ¿Y en el momento en que el otro, que no lo acompañaba, le pregunta: "¿Escribe, escribe usted *en este momento?*"? Ir a arribar, a ocurrir: el futuro extraño del arribar (¿la arribada, la llegada o el ocurrir, de qué?), porvenir de inminencia, se marca en la lengua por el recurso al presente de un verbo (ir, va) que debiera decir lo que se aleja-de para aproximarse-a, aquí a lo que se alejaría, por sí mismo, de sí mismo, el por-venir, para hacerlo arribar, ocurrir, etc. El todo se suspende en la indecisión (más adelante comarcada con la palabra "indecisión") de la pregunta, ella misma potenciada por el neutro impersonal (¿qué?, ¿qué va a ocurrir?, o más bien, porque no es algo lo que va a arribar, pero que va a ocurrir: ¿qué va entonces a arribar?) y en una especie de a-semia del *arriba(r)* del cual difiero aquí su análisis. Ir (va) a arribar: inminencia retenida del porvenir, pas(o) de arribada. Acaba de ocurrir, de arribar: pasado apenas retenido en el pas(o) presente. Texto intraducible, de cierto, desierto en traducción, y adherido, cada vez, al acontecimiento único de una única lengua, de una única normalidad sintáctica y léxica. Y, sin embargo, esta intraductibilidad es tan accesoria como esencial. Va un pas(o) más allá del lenguaje que sólo funciona en una lengua, sin duda, pero para abrir campo a una transgresión de lo lingüístico *sin* metalenguaje. Lo que me gustaría darte: *Ven* sin ningún lenguaje de proyección global, nada que pueda a su vez designarlo desde un tercer lugar, nombrarlo. Y, *de facto*, cada vez que decimos, entre comillas, "Ven", el "Ven", lo que no habremos podido evitar, para nuestra desgracia, lo pasamos por alto, no hablamos de él. Pero corremos la suerte de repetir la alianza.

La incidencia del *pas* de marcha sobre el *pas* de negación, inclina, declina de otra manera la cosa: para que la negación prohibidora (*ne-pas*, no hay que, no debes, etc.) se suelte, se afloje por sí misma en un movimento "suave". Ve lo que dice con esta palabra en lo que atañe al "*ne pas* [no] — morirás" y en lo que atañe a "*ne pas* [no] — yo sé" en *Le pas au-delà.* El límite de la negatividad y de la prohibición, del interdicto, se haya franquedo, permaneciendo sin embargo a "salvo" en un sentido que deberemos aún releer.

El pas(o) de más —el otro pas(o)— trabaja silenciosamente su homonimia, lo pena y lo parasita,

franquea en ambos sentidos, de un golpe, ambos límites. Su transgresión no es todavía un trabajo o una actividad, es pasiva y no transgrede nada, "transgresión vacía", "pasividad transgresiva". "El 'pas(o)' del todo ['para nada', 'en absoluto'] pasivo" (en *Le pas au-delà*) que lleva hasta el límite, hasta el borde interior donde ocurre toda transgresión, lo deja sin embargo indemne: borde sin borde, sin que ninguna dialéctica reapropie jamás.

No es sólo su relato, ni cómo eso funciona, o anda, al paso de Blanchot, que adquiere aquí su extraña partida, su posibilidad tan singular, es el sistema (sin sistema) de todas sus afirmaciones reiteradas, redobladas. Por caso, la de la discreción *sin* discreción. Subrayar sin discreción, como lo hago aquí:

"*Andar, avanzar*, podía hacerlo, sin duda, y debí hacerlo, pero más bien como un buey aturdido: eran *los pasos de la inmovilidad* […] El pasillo llevaba a la habitación *que estaba en la otra punta*. Todo indica que yo tenía un aire horriblemente extraviado; *entraba* casi *sin* saberlo, sin la sensación de *desplazarme*, ocupado por una caída estacionaria, incapaz de ver, a mil leguas de darme cuenta. Perrmanecía probablemente en el umbral. Pese a todo, había ahí un *pasaje*, un espesor que tenía sus leyes o sus exigencias propias. Finalmente —¿finalmente?— el *pasaje* estaba despejado y, *habiendo forzado la entrada*, di *dos o tres pasos* por esa habitación. Por suerte (pero esta impresión sólo era justa para mí), *caminaba con cierta discreción* […] En ello reside mi deseo de abreviar, al menos en su parte noble. *Pasar por sobre lo esencial* he ahí lo esencial, a través suyo, me pregunta […] (yo había dado entonces *varios pasos* en la habitación para llegar al cabo de esa cama) […] Era cierto también, había dado algunos pasos; pasando cerca del sillón […] ¿Qué hay de extraño en *no* [*ne pas*] ver lo que está lejos, cuando lo cercano es aún invisible?" (*Au moment voulu*).

La *habitación* —topografía desnuda de ese andar o proceder, sin naturaleza y sin cultura— al *otro cabo*. Había que llegar a través de *los* "los pasos de la inmovilidad". Ninguna parálisis, sin embargo, ni prohibición. Nada permanece finalmente en el umbral. El paso sin no: no se detiene en un simple pensamiento del *limen*. Los dos o tres pasos son dados: en la habitación. Pero hay que llegar al otro cabo, esta vez en la habitación y "al cabo de esa cama". El *casi*, la cercanía del *casi*, no se debe sólo a la distancia, *ella* franqueó "la afirmación salvaje y sin derecho", tiene lugar, un lugar insituable en la topografía que lo recibiría solamente o lo habría precedido. Antes del surgimiento de esta afirmación, luego que él hubiera pasado "cerca del sillón": "*Las cosas se deshicieron en apariencia (¿en apariencia?; era ya demasido). En el momento en que me encontraba* más cerca de ella*, a dos pasos del sillón, ella pudo no sólo verme mejor, la figura más lívida que pálida, la frente cruelmente ampulosa, sino casi tocarme*".

La afirmación salvaje que surge de esos "dos o tres pasos", *ella* no es, simplemente, no dialéctica. La insistencia sobre los dos o tres *pas*, aquí en *Le pas au-delà,* no se detiene en una relación negativa, incluso crítica, suspensiva o denegativa con respecto a toda dialéctica. No hay *ahí* dialéctica, no hay pas(o) *ahí* dialéctico. ¿Y si, en la otra escena, la que no es representada como filosofía (idealista o materialista), fuera *pas*, aquello, la dialéctica? ¿Pero también la disimulación *de* la dialéctica? ¿Y si hay que, como dice el filósofo, repensar su posibilidad desde ("a partir de") tal par-tida, tal de-parte [*dé-part*], en fin, o de tal paso-en-falso? ¿O de su doble pas(o)-en-falso? Hay *siempre dos pas(os)*. Uno en el otro, pero sin inclusión posible, uno que afecta al otro inmediatamente pero franquándolo, alejándose de él. Siempre dos pas(os), franquendo hasta su negación (de ambos), según el eterno retorno de la transgresión pasiva y de la afirmación repetida. Los dos pas(os), el doble pas(o) desunido y aliado a sí mismo, sin embargo, uno pasando de inmediato por el otro, pasando por él y provocando desde entonces una doble preterición instantánea, pero interminable, lo que constituye un límite entre la guarda y la pérdida, entre el recuerdo también y el olvido. Ya no se oponen, en su diferencia infinita, más que un pas(o) a otro pas(o). Siguiendo este simulacro de círculo —retorno eterno de este doble pas(o)—, quien dice *ven* sólo inaugura al ya responder. Él sigue a la que él parece llamar y cuya llamada recuerda. "Pas(o)-en-falso" del deseo, como está

dicho en *Le pas au-delà* y franqueamiento del círculo: pas(o) de círculo.

Pas(o) es olvido, pas(o) de olvido doblemente afirmado (sí, sí). "Un pas(o) precipitado, eterno" (*L'attente l'oubli*). En otra parte: "Ella olvidaba más lentamente que toda lentitud, más de improviso que toda sorpresa".

"A veces tengo la impresión que usted sólo recuerda para olvidar: para mantener sensible el poder del olvido. Es más bien del olvido que usted quisiera acordarse". – "Tal vez. Yo me acuerdo a dos pasos del olvido. Es una extraña impresión". – "Peligrosa también; dos pasos son pronto franqueados. – Sí, pero habrá siempre de nuevo dos pasos, y cada vez siento que usted me sigue, usted que está, con todo, delante de mí. – 'Yo os sigo, quisiera seguiros'".

- Desde hace rato he dejado de escucharlo y no sé ya lo que escucho ni quien me habla. Desde el momento en que *pas* no es una palabra, ni una cosa, un grito tal vez aquende el lenguaje (aunque el modo en que se ha opuesto el grito al lenguaje vuelve a esa palabra, *grito*, inapropiada), un movimiento más allá de todo y de él mismo, sin origen ni destino que lo precedan, ocurre que la palabra "*pas*", ya pluralizada en ella misma (su escritura sin artículo no permite distinguir entre el singular y el plural, fenómeno asaz raro), se pone a significar, además de todo el contenido del sustantivo y del adverbio, eso mismo que no es significable en una lengua: aún menos un gesto metalingüístico que otorga poder total sobre la lengua. ¿Significaría, una vez más recortada en ella misma, una de esas sílabas o de esos elementos fónicos que, antes del orden civilizado de la lengua, del lado del fantasma o de la pulsión…?

- Pas(o) adelante, pas(o) antes (proceder aquí con esa extrema paciencia, infinita, que, con todo, atraviesa, franquea el límite), de haber sacado la conscuencia de lo que él entinde por "olvido" y que desborda todas las determinaciones filosóficas y psicoanalíticas del olvido. Sin nada omitir, sin embargo, de su pertinencia. Lo que decimos de la determinación "psicoanalítica" —cabe decirlo—, más tarde, entonces — de la "política".

- Desde hace rato he dejado de oirle. ¿Por qué me retiene usted luego que lo he dejado?

- Ensayo, intento, una vez más, decir *ven*.

Acuérdate.

Esto para que te acuerdes por fin. Esto no habría tenido que ser una digresión interminable, para ti, para abordar, una vez más pero cada vez única, *ven*. Acuérdate. Se trata de tu nombre. Al que el nombre (de) nombre no habrá bastado.

La afirmación que destella, ella, recién de esos "dos o tres pasos", análoga al *ven* que sigue siendo un afirmación allende su gramática, la llama él un "grito" y tiene una relación sin contrato, *salvaje*, sin filiación con el nombre. Su nombre, el suyo, que grita, que a-clama, su afirmación. Aún exceso de fuerza: "y ella tuvo, de golpe, una *inmensa* fuerza para gritar hacia mí, y mientras me volvía hacia los objetos de la peluquera, ella me pujó un *grito* que le pareció nacer, surgir, del *recuerdo* vivo, viviente, de su nombre, ¿pero por qué?, por muy brava que fuese *no sobrepasó* sus límites, no llegó hasta mí y por eso ella misma *no lo escuchó*. […] ¡El orgullo también!, la afirmación salvaje y sin derecho, el pacto concluido con aquello que desafía el origen, oh la extraña y terrible tranquilidad".

¿Cómo esta afirmación del doble pas(o), la alianza sin contrato de uno con el enteramente otro (sí, sí), cómo gasta una fuerza inconmensurable gritando un nombre, y sobre todo un nombre que el grito no inventa, que viene ya de una memoria, y que recuerda en el recuerdo de quien, sin embargo, lo ha olvidado desde siempre, separado de su propio nombre hasta no escucharlo? ¿Qué este doble pas(o), esta doble banda de un pacto sin pacto (sin sujeto y sin origen, sin objeto tampoco, desde el momento en que ahí nada se enuncia, nada se trata sino el nombre), tiene que ver o que escuchar, perder o ganar con la fascinación del agua? Quería preguntártelo en el curso de esta digresión sin término. Y no para que tú respondas como a una pregunta —la afirmación que nos recuerda habrá desbordado por adelantado tal intercambio— sino para que escuches que otro *ven*…

- ¿Por qué sería cada vez la imagen, al menos, de otra mujer?

- Tal vez no. No todavía, pas(o) aún. Son ellas…

- ¿Mujeres?

- Ellas en cualquier caso, tres veces al menos (tú lo has leído en *L'arrêt de mort* y en *L'attente l'oubli),* alguien tutea para decir *ven.*

El otro *ven*: en *Celui qui ne m'accompagnait pas* (regla suave, es decir, sin ley, de nuestra lectura: comentarlo, leer, escribir con él —en la habitación— sin acompañarlo, desde el lugar y el andar de aquel que no acompaña, con otro pas(o)), "Ven" pasa no lejos de las "aguas", de un ahogamiento, en otras palabras, de lo que no alcanza la orilla, no llega a llegar, a arribar. Ven: ¿cómo eso provocaría la venida de lo que viene, la venida del evento, del acontecimiento, por ejemplo, si él mismo, *ven*, no arriba, no pasa?

- ¿Es tan seguro? *Ven* llama, sin embargo, y estoy aquí, abordada por usted. *Ven* procede también de mi lugar, sea lo que sea que haya dicho o querido usted decir. Y la convocada, para quien bastaría que el evento fuese *ven*, puede recitar ella también:

"*No debemos, mediante sacrificios, pretender o fingir proseguir un diálogo*". Y en la misma página: "… *la discreción final, y es a partir de ella que se afirmaba con calma la precaución de las palabras amistosas. Palabras de una orilla a otra orilla, palabras que responden a alguien que habla desde el otro borde y donde quisiera cumplirse, desde nuestra vida, la desmesura del movimiento de morir. Y, sin embargo, cuando viene el acontecimiento mismo, él conlleva, él trae este cambio*…" (*L'Amitié*).

+ ¿De ahí el derecho a interrumpir? ¿Imaginas un diálogo, una palabra plural, sin la violencia siempre injustificable de una interrupción? *Ven*, ¿es una interrupción? Te interrumpo para decir: no se debiera poder citar *L'amitié*. Todo debería ser/estar ahí datado: sellado por la singularidad absoluta de una sola amistad, la de Maurice Blanchot y de Georges Bataille. Nada más vulgar y más servil, indiscreto, innombrable, que el apresamiento, el abordaje, por el que citando, extrayendo, enseñando, se generaliza el desvío y creemos apropiarnos lo único.

- Él ahí se expone, y lejos de rechazar ese no-secreto, define aún, a partir de otro anonimato, renunciando al derecho de propiedad tanto como a la lección, a la enseñanza, a la generalidad.

- Sí, sí, desde el momento en que la muerte —que ha ocurrido (tú has subrayado que él la considera como eso mismo que no acaba de venir ("Morir (la a-venida de lo que adviene), el interdicto…" y, en la misma página, en *Le pas au-delà*: "El trabajo del duelo: el revés, el reverso del morir") — no llega *a* venir, no arriba desde el momento que viene, o no llega al venir, ni a lo que viene en el venir, en *ven* ("y eternamente, *ella* es/tá ahí"), la muerte, sobrevenida al otro, libera la palabra, de la palabra, él le dice también lo que se profiere únicamente, en el tuteo, "*este tuteo que sólo parece designar la falta, la ausencia de la persona, restaura la intimidad y la singularidad de la relación. La chance alía ambos trazos. La chance sólo ocurre por juego.Y el juego no se dirige a nadie en particular. Quien tiene chance no la tiene y no la tiene por él mismo ni debido a sí mismo. El 'sin ti' de la chance libera, mediante el tuteo, para el anonimato*" (*Le pas au-delà*). Porque el acontecimiento que has citado, y que ocurre, le ha ocurrido únicamente al otro ("cuando viene el evento mismo, él trae este cambio…"), ¿acaso no es lo que se llama también (como) la muerte? Lo que siempre se llama, a quien se dice *ven*, ¿no es acaso la muerte, la muerte del otro, sobrevenida del otro, que se llama y se nombra?

- La ribera, la riba también, imposible. Lo que arriba arribaría siempre *en el borde*. Afectaría al borde. Pero permaneciendo ahí: no arribando. Ven, me ha dicho: eso no arriba, si entiendo bien. Debido a la repetición, incluso si fuera afirmativa (sí, sí, venid), y a ella misma aliada con un sí al otro, lo otra, a ella misma, que divide lo único, da un sentido, desde entonces, a esta singularidad que debería no tener ninguno, pliega al otro al que esto, *ven*, se dirige.

Decía usted que para anunciar la llegada imposible del *ven*, el agua, ella o la palabra "agua", tenía que afectar, en alguna parte, inmediatamente, la de-partida, la riba emisora del *ven*, es decir, siempre la otra ribera, *aquella* también que *acaba* usted de dejar llamarse la muerte.

- El agua: ni ella ni la palabra "agua" [*eau*], ni simplemente la sílaba o la letra (*ô, au, o*) (oh, o) no bastarían para significar aquí el elemento de esta afectación mediante la cual quien se de-parte y/o a-parta de un *ven* se relaciona consigo *mismo* (*m'*…….) desde la otra, el agua, el *oh*, la *o*, el mot(e), el mor, *la mort*, etc. [*l'eau, l'ô, l'au, l'o, le m'ot, le mors, la mort, etc.*] "*La certeza de la que el agua carecía*…". *"¿Era realmente agua?*", he aquí lo que se dice en las tres primeras páginas de *Thomas l'Obscur*, hacia los parajes a los que me gustaría venir contigo, para que podamos hablar según el agua doble de su nombre.

- El otro *ven*: dado que lo hace resonar desde *Celui qui ne m'accompagnait pas*, recuerde las primeras palabras del relato: "Yo intentaba, esta vez, abordarla [*l'aborder*]".

Parajes, pasajes, aguas, dice usted. Más adelante, este movimiento flotante, durante el tiempo como suspendido de lo que aprehende, todas las máquina detenidas, la costa con neblina, una vecindad sin proximidad, sin distancia, entre el silencio y el rumor del lenguaje, muy lentamente (conozco ahora el rigor de este término), muy violentamente, define la venida del evento o, más bien, porque no arriba simplemente, su "pas(o)", su aspecto, lo que pasa en el venir de un evento, lo único como relación con lo otro, el pas(o) que no acompaña, cada vez únicamente único e inalterablemente otro, siendo la "vez" cada vez esta, aquí y ahora, como cuando usted me ha dicho, sin contexto ni anticipación posible, sin la menor línea de borde, *ven*, y siempre otro, pero *siempre* (del mismo modo) otro. Esta primera frase, por más inaugural que pueda parecer, se recita por adelantado. Cerca de ocho páginas más adelante, surge la pregunta de si lo inaugural no sería el fin, el final, el cabo, la culminación, la *conclusión*: "… *todo eso estaba destinado a concluir en esta frase: ¿'Yo intentaba, esta vez, abordarla'? 'Esta vez', podía darme cuenta como esa palabra parecía injustificada. Surgía porque deseaba no dar más, estar agotado. Pero, por mi parte, no lo estaba, y para tal parte esta vez no era esta vez sino otra vez, una vez que era siempre otra. No puedo ocultar que el deseo de abordarla podía difícilmente conciliarse con la idea que ello nunca podría tener lugar 'cien veces'. Él no hacía nada por/para descartar tal acontecimiento. Incluso puede que lo esperase con una especie de esperanza. Pero yo sentía que únicamente estaba confiada a mi la tarea y, tengo que decirlo, no conseguía hacerlo, no lo conseguía. 'Lo está haciendo más bien bien', remarcó él. Es usted increíble, lo sabe. 'Sí, me las arreglaba demasiado bien, pero eso mismo le daba un cariz poco atractivo a todo lo que me podía imaginar hacer, mientras que lo mejor que habría podido haberme pasado era no arreglármelas del todo".*

Yo me las arreglaba demasiado bien, dice él. El "demasiado bien" viene de que no consigue, de cierto, al cabo, abordarla, una vez que ya no sería otra y que, sin embargo, él llega a no llegar, a no conseguirlo, e insiste y lo repite. Es más bien en esta repetición ("*no conseguía hacerlo, no lo conseguía"*) que, como bien llama la atención con el comentario familiar e irónico, él se las arregla nada mal, "más bien bien", y que lo peor se convierte en lo mejor y/o recíprocamente. El acontecimiento no arriba, no ocurre, pero es porque se las arregla, él, más bien bien: porque no está demasiado desemparado. No consigue dejar venir el acontecimiento. Lo que podría ocurrirle, a él, de mejor, es el estar suficientemente desamparado, cerca de fracasar, no arregándoselas para nada, para la suerte o chance (fracaso o fatalidad) del acontecimiento: algo (otro) que (le) ocurrirá en fin, lo mejor o lo peor. Su dominio, su maestría frustrada para que advenga lo que se llama: *ven*. Tal vez podría entonces dejar de citar, repetir, dividir, como usted lo ha hecho, antes incluso de comenzar, su (palabra) ven, para finalmente afirmarla sin vuelta posible o como el retorno eterno del/lo otro; dejar de dejarla, como se suele decir fácilmente hoy por hoy, a la deriva. La deriva, de cierto, *pone* en guardia contra todas las seguridades del anclaje, de la costa, de la propiedad,

pero ella advierte, pone en guardia, justamente, y guarda aún, tal vez, contra lo que ocurre, lo peor o lo mejor, viniendo de frente o del abismo, en el centro sin fondo del centro. "Derivando sin costa" (*Le pas au-delà*). Ola, vaga, esencialmente, en estos parajes, estas aguas de los alrededores, proximidad indeterminada, la otra orilla…

- Sorprendente locución. Como en la otra cosa, siempre siento virar un cierto orden, y el sustantivo cambiar de lugar con el adjetivo indefinido, luego el sustantivo con el verbo. Tanto más cuanto que estos dos sustantivos son de los más singularmente indefinidos. El otro deviene cosa u orilla. Y orilla y causa también bajo la fascinación. La figura del otro sin figura, el rostro desdoblado de la orilla ("*Yo me hallaba con dos rostros pegados uno contra el otro. Seguía tocando dos orillas. Mostrando con una mano que efectivamente estaba ahí, con la otra, ¿qué decir?, sin la otra, con este cuerpo que, superpuesto a este cuerpo real, enteramente involucrado con una negación del cuerpo, me planteaba la impugnación más cierta.* […] *Y de así para todos los órganos. Tenía una parte de mí sumergida, y es a esta parte perdida en un constante naufragio que le debía mi dirección, mi figura y mi necesidad.* […] *Entre este cadáver, el mismo que el de un ser vivo pero sin vida, y este innombrable, el mismo que el de un muerto pero sin muerte, no veía ningún nexo de parentesco. Ningún veneno para unirme…". Thomas l'Obscur),* la figura de la orilla insiste cuando él habla del otro, aquel al cual no se llega, con el cual no se llega a recorrer la distancia, allende este elemento cuyas dos aguas (sinónimos y homónimos para lo que permanece sin nombre) serían entonces la mejor "representación". Rostro, orilla, naufragio [*Visage, rivage, naufrage*], es el mismo paisaje marino, un paisaje sin país, sin familiariedad, sin raíz. Así: "Pero, a través de la enseñanza de Levinas, somos llevados ante una experiencia radical. Otro, un Otro [Autrui] es el completamente Otro [*Autre*]; otro es quien me sobrepasa absolutamente; la relación con el otro que es el otro (prójimo) [*autrui*] es una relación trascendente, lo que implica que hay una distancia infinita y, en algún sentido, infranqueable, entre yo y otro, el que pertenece a la otra orilla, no tiene conmigo patria en común y no puede, en modo alguno, formar parte en un mismo concepto, en un mismo conjunto…" (*L'entretrien infini*). Nos encontramos aquí, sin abordarlo ahora, en unos de los parajes del pensamiento donde la vecindad conceptual es incluso imposible, y el "aire de familia" (*family resemblance*)...

- ¿Pero se puede, se debe, *hay* que abordar esta otra orilla? ¿No dejaría inmediatamente de ser la otra? ¿El acontecimiento arribaría aún? ¿No estaría prohibido (¡no!) desde el mismo momento de su llegada misma, de acuerdo al doble pas(o) de la ley, su doble nexo, su doble nudo circular pero sin círculo que no sea franqueado de entrada? "*El círculo de la ley es este: es preciso que haya franqueamiento para que haya límite, pero sólo el límite, en tanto infranqueable, llama a franquear, afirma el deseo (el paso en falso) que siempre, por un movimiento imprevisible, ya ha franqueado la línea" (Le pas au-delà).* Lo mismo que la muerte ("siempre horizonte de la ley") "que nos impide morir" y se ve privada "por adelantado del beneficio del acontecimiento" (*Le pas au-delà*). ¿No hay acaso que dejar la orilla, en lugar de abordarla, para que el acontecimiento arribe? Entonces las "aguas", el naufragio en "ellas", y aquellas que se dejen tutear…

- ¿No hay acaso que dejar la orilla [*rive*], dices, para que eso arribe [*arrive*]?, ¿y que eso no ande, no funcione más, de un pas(o) al otro? El juego de palabras siempre puede disimularnos lo más terrible, no insistimos ya. El *hay que* que acabas de pronunciar para conminar al riesgo más grande, ¿no hay acaso que intentar perderlo para que eso suceda, arribe? Es casi imposible, pero ha ya, sin embargo, sucedido.

Sí, el ahogamiento en estos parajes y, luego, esa vez en *Celui qui ne m'accompagnait pas*, *ven* no es pronunciado sino otra vez citado, evocado como una eventualidad, como lo que "bastaría decir a una de ellas, pero a una sola". La página anterior enunciaba esta ausencia de ley que *habría que*, sí, aún, prescribirse cuando se acompaña a tal relato, tal firma, de la cual recibo la

ausencia de ley como el único don posible, en el tuteo que *Le pas au-delà* opone al de la ley, y que, diciendo "sin ti" en lugar de "a pesar de ti" "se otorga", como la "soberanía", "olvidándose".

- Me pregunto si no es aún un poco más coimplicado, retorcido, trucado, si no hay (sigue ahí vuestro discurso) algo así como un pas(o) de don que tiene que acordarse a sí mismo para advenir, por poco que sea, y por tanto caer en la trampa de la ley, en su propia trampa. La trampa no estaría hecha de paso al pas(o) sino que se confundiría con la estructura misma del pas(o), con la verdad del pas(o) como pas(o) de verdad. Pero el pas(o) de verdad se vuelve irreversible con la verdad del pas(o), tal como no hay esencia para el alejamiento como tópica de la esencia. El *Yo* que él deja hablar en el exergo de *Le Très Haut* sobrevendría entonces ahí donde (no) había pas(o): "*Soy una trampa para usted. Podría contarle todo; cuanto más leal sea, más le engaño: es mi franqueza la que os atrapará".*

"Le suplico entenderlos, todo lo que le viene de mí no es para usted sino mentira, porque soy la verdad".

— Pero afirmo, sin esa verdad de la verdad, diciendo *ven*, el don que de él, de "ti"…

— ¿De quién?

— Yo recibo como el único don posible. Olvida la pregunta. He aquí la página que precede al otro *ven*, y que iba a citar (*Celui qui...*): "*No debo espantarlas ni domesticarlas. Permanecer inmóvil para que ellas permanezcan inmóviles. Utilizar lealmente su presencia, y lealmente quiere decir sin imponerles ninguna ley, sin imponerme a mí mismo esta presencia como alguna ley —y tal vez ignorarlo.* […] *A su vez, y porque, de un modo que no entiendo bien, las fascino, tengo que permanecer bajo su fascinación. Aquello no se subraya, no altera las apariencias, sólo es una espera incierta. Junto a ellas soy como un hombre que se ha mantenido mucho tiempo ya en las aguas y que ve venir a su encuentro lo que le parece ser el cuerpo de un ahogado: ¿uno solo?, tal vez dos, tal vez diez* […] *El círculo que ellas forman alrededor es afuera donde me encierra y, sin embargo, siempre a su vez en mí mismo. Es infinito y, por ello, me asfixio* […] *las toco más bien, me mantienen junto a mí como yo las mantengo desesperadamente más allá de mí.*

"*El sentimiento que me queda: no cederé, de otro modo no puedo.*

"*Estraña impresión de luz en esta sensación, no la de una esperanza cualquiera, sino de la dirección justa, de la confianza que no se altera, de una afirmación que perdura: iré por este lado, jamás por otro.*

"Sentimiento que, de inmediato, me perturba, porque me pasa por la cabeza la idea de que, si lo quisiera, recibiría de ellas un acrecentamiento de fuerzas".

- ¿De ellas?, ¿de quiénes?, el acrecentamiento de fuerza como en *L'arrêt de mort* antes del *ven* del final: "*Yo le di toda mi fuerza y ella me dio toda la suya, de modo que esta fuerza demasiado grande…"*, y *L'attente l'oubli*: "*… como si llevara en ella la fuerza de la proximidad y, en esa proximidad… esa fuerza de acercamiento que reúne la proximidad y, en esa proximidad, todo lo lejano y todo el afuera*". Ella no es definida sino por este más de fuerza; ¿qué es esta diferencia para dar?

— "… un aumento de fuerzas. Pero es a esta fuerza que no pude consentir; ¿por qué? No lo sé ya con precisión; sin embargo, que esta dependa de mí, a cada instante, lo sé otra vez, hasta en el olvido e incluso cuando, mirándolas, presiento que me bastaría con decir a una de ellas, pero a una sola, Ven, para que ella grite su nombre y, en seguida, yo saldría de esta reserva donde, incluso si no se sostiene, estoy en su lugar, ahí donde, en la confianza que le debemos al abismo, espero el instante en que me dirá: "Ahora todo anda bien, no tienes ya que hablar".

— El surgimiento (no diré ya el baustismo, aunque se trate de recordar a alguien su propio nombre en el agua, de llamarlo a partir del agua: se trataría más bien de analizar el bautismo desde ese don del nombre)…

- Y recordar que en otros lugares el don viene definido como lo único que libera al anonimato, al olvido del nombre, a lo sin-nombre, al no (en el) *no*mbre, al pas(o) *de* nombre, en él.

- El nombre tiene todavía la forma de un grito, de un clamor, dado por quien se nombra por vez primera. Y este grito es la afirmación salvaje, sin pacto, de *Au moment voulu.* Entonces "no tienes ya que hablar". ¿Cómo entenderlo, cómo hay que oírlo? ¿Hay que…? ¿Hay que no hablar más? ¿No hay que? ¿Interdicción? ¿O bien "ya no es necesario"? ¿No tienes ya la necesidad, el deseo, "la falta" "no te hace falta"?

- ¿Por qué siempre quieres decidir con respecto al sentido? ¿Detenerlo, reunirlo, acercarte a él mismo? Y, además, habrá que dejar al texto solo. No acompañrlo. Estas citas, ya, desde hace un momento, deportadas fuera de un relato único donde tienen un lugar único, no deberían ser posibles, y sobre todo no prestarse a estos encadenamientos nuevos, a estos simulacros de demostración, en estas otras configuraciones. Ellas son posibles, sin embargo, y se prestan, ello las vuelve legibles, en lo único, incluso, de su lugar. Siendo este un relato con doble afirmación, siempre se lo puede llevar sobre la marcha, entre dos afirmaciones, en el suspenso legendario donde lo indecidido se deja atraer…

- ¿Pero por qué desde entonces fingir dejarlo indecidido? ¿Qué economía se esconde, y que astucia, qué finta, qué nueva maestría en estos parajes, detrás de lo indecidible? ¿Qué nueva técnica? ¿Qué desfile, cuál exhibición?

- Ninguna en cualquier caso que no se exponga y no se transporte ella misma. Lo indecidible es sólo una fase, un pas(o) de relato, el que deshace una cierta relación a la dieléctica y la neutraliza. Pero ese movimiento de lo neutro no es negativo ni dialéctico. Ha de pasar, en un cierto momento, de un modo natural, es decir, sin convención posible, por la forma misma de lo que neutraliza o pasa: aquí, por ejemplo, la dialéctica, el pensar binario o triádico, la lógica o la gramática que encerrarían el *ne-uter* en la negatividad, o harían del "pas(o)" un sustantivo o un adverbio, etc. No es preciso, y por lo demás no podemos detenernos en este valor de indecidible una vez que lo dejamos hacerlo. Pero no la dejamos hacerlo, ella viene. Acaba de no llegar…

- ¿Habrá dicho, a fin de cuentas, *ven*, a esos ahogados/as? Los/las habrá dejado gritar su nombre? ¿O sólo, una vez más, y por adelantado, comentado, acompañado, la eventualidad de lo que vendría en el acontecimiento ("me *bastaría* decir a una de ellas, pero a una sola, Ven, para que…")?

- No es él quien tiene que decidir. *Ven* está en la respuesta, que es también esta misma que dice *ven* y da el don como ella lo entiende. De ti depende dar el pas(o) de sentido. No hay posibilidad alguna de decidir, ninguna para decidir, en cualquier lenguaje que sea, de lo que viene en el *ven*. Ninguna exploración semántica, ningún análisis lógico-gramatical que, una vez realizado, si fuera posible, no permanezca en el umbral, aquí, de este *ven*. No es el sentido del enunciado, del acto de enunciación y otras cosas semejantes, lo que deshace la clausura del lenguaje sino el pas(o) de sentido, que tiene lugar aquí en el pas(o) solo (escritura como traza de un movimiento sin origen, sin fin, sin lenguaje, sin…).

- ¿Aquí, dice usted? ¿Dónde? En *L'arrêt de mort,* en *Celui qui ne m'accompagnait pas,* en *L'attente l'oubli?* ¿Aquí en general, en todas partes?

- Ven*:* aquí, donde quieras, en estos parajes donde podrás "ser ahí" y dar lo que ven [*viens*: a la vez 'ven', 'vengo', 'vienes'], en tu nombre pero sin nombre. Ven, cada vez lo único pero al mismo tiempo lo ejemplar. De ahí la desgracia y el regocijo "sin medida" de la doble afirmación, de lo que da dos veces el pas(o). Y si los fragmentos de relato ya son citas ejemplares, poder único de estos relatos, es que la posibilidad indemnde de lo único (llamaremos a esto, más adelante, lo *salvo*) permanece en la reserva "de la cual saldré" ("*a una de ellas, pero a una sola: Ven, para que ella clame su nombre y, en seguida, saldré de esta re-*

serva…"): ella vale, entonces, por todo, en todas partes, en general.

La a quien *ven*, si viene, dirigiéndose, no se ha todavía llamado en este momento. Ella es/tá aún sin nombre, es el nombre de pila [*prénom*] de un sin nombre.

- ¿Por qué ella, entonces, y no él?, ¿por qué yo?

- En el momento en que viene el *ven* (no debiera nominalizar este "Ven" y no puedo describir su venida con ningún verbo que se le imponga y que no viene de él), el único destinatario (aún sin nombre o sin memoria de su nombre: ¿cómo podría inscribirlo en la diferencia sexual) no está ahí, nada ni nadie ha llegado que pueda llamarse ya o recibir un nombre.

Y, con todo, *ven*, si viene, es lo otro, de lo otro, tú lo has oído bien. Lo que aún no ha tenido lugar, es preciso entonces que sea ya arribado. Igualmente cuando cito "Ven" como una eventualidad por venir, sin premisas, primera "palabra", de ahí su mayúscula apariencia, o evento de lenguaje que escapa a todos los análisis semánticos o lógico-gramaticales, incluso al orden del lenguaje, disignando así todo lo que lo desborda, incluso cuando permanezco en el fondo de la reserva, sólo puedo llamar la eventualidad del "Ven" si no es ya una eventualidad, la probabilidad de que ocurra un acontecimiento, si aquello que aún no se ha producido, que tal vez nunca se produzca, ha, sin embargo, ya tenido lugar: ya su monumento, su vestigio, su pas(o), traza de nada, ni siquiera de sí como de una identidad cualquiera, cada vez única, según un tiempo que no es el tiempo de la consciencia ni el de la percepción, ni el de la ciencia ni de la filosofía.

- El del inconsciente...

- Ni siquiera es seguro: el olvido del que nos habla, que estaría allende todas nuestras categorías de olvido, el olvido del olvido o el olvido sin olvido, el aparato del psicoanálisis recibiría él también más movimiento que lo que parece retener en tanto ciencia o práctica, en su estado actual: por ejemplo, con todo lo que supone una economía de las represiones que trabajan necesariamente en la guarda. Pero si retenemos, para este olvido completamente diferente, el nombre olvido, si él mantiene siempre los "viejos" nombres de la lengua, es para intentar dar cuenta —de una manera que no es simplemente no científica, no filosófica, etc— de la disimulación *necesaria* de esto completamente otro en el "viejo" nombre, en la ciencia o en la filosofía. Los efectos de esta disimulación no son fortuitos, otro pas(o) se acentúa cada vez, y cualquier revolución, ya sea científica o política, ha de tener cuenta de ello. Este X (por ejemplo, el olvido completamente diferente) es también el mismo que aquel que se cree pensar familiarmente en el lenguaje corriente, en la ciencia o en la filosofía, cualquiera que sean por demás las diferencias entre tales tres lenguas. Esto puede decirse de cada una de esas "palabras", *ven,* por ejemplo, y cada una, en el doble pas(o) que las coteja, viene a franquear su propio límite comarcando la generalidad del proceso: así el pas(o) de *olvido* descrito, como suele decirse de una trayectoria, *todo* el proceso de la disimulación, etc.

Este tiempo "terriblemente antiguo" obliga entonces al relato, hace del relato así determinado el único texto que nos pone en relación (sin relación) con ese pasado del pas(o) que ningún concepto, ningún poema tampoco, en tanto tal, podría ni siquiera citar. Recitar, entonces, dado que no puede tratarse sino de eso: citar un *ven* que todavía no ha llamado que se llama, desde un *ven*, un *ya* más antiguo que el tiempo, una cripta absoluta. Este relato destruye aquel que pretendería reportar, según la lógica corriente de esas palabras, un acontecimiento, pero no lo hace en nombre del concepto, como un gesto filosófico, en nombre más bien de otro relato disimulado, acordado a este otro-acontecimiento, al pas(o) de concepto. Él "sería" la venida de este otro-acontecimiento llamado *ven* si este llegara gracias a un paso simple. No basta entonces con decir que el relato (de Blanchot) no es la relación de un evento sino el evento mismo. Él "habría sido" más bien la estructura laberíntica y engañosa del pas(o) de evento, el aparato de una fascinación tan suave como impacable: este deseo

de la *parálisis* que no se detiene nunca, que da movimiento, y sin medida. No se habría leído nada del "pas(o)", del "pas(o) *del todo* completamente pasivo" si se pensara este deseo de la parálisis, "deseo de lo sin deseo", como una simple disolución, una regresión hacia el movimiento *o*. Ningún análisis, si se entiende con ello un procedimiento regresivo hacia la simplicidad primera e indescomponible, ningún análisis puede medirse con el pas(o): esta chance, casi chanza de la lengua, de una sola, ¿un análisis histórico de su necesidad la reducirá? Ella, la necesidad, la chance, marca aún la chance, el riesgo: que lo otro de la lengua (se) pase en el pas(o) más allá de la lengua. No su otra sino la otra sin ella.

Si una ciencia o una teoría de estos relatos debiera constituirse y llegar a su nombre, a su título, la llamaría la *parálisis*. Sería esta también la ciencia y la práctica de su escritura, de lo que hace escribiendo, él. Él —la parálisis— escribe, describe la deseable trampa de un *ven*. Desde que el análisis de lo que quiere decir la "venida" (venir, aire de ir-venir, etc.), análisis necesariamente descriptivo o, digámoslo en nuestro código, por comodidad, constativo, no puede dar cuenta de lo que "pasa" con *ven*, no estamos bastante avanzados para decir lo que "es" este relato. Abordar la venida desde un *ven* que aún no sabe lo que dice (ni acercamiento ni apropiación), no tiene ningún sentido describible, no constituye un imperativo presente, no da lugar a ningún orden, a un presente presentable alguno, sin ley, sin jerarquía, de nada aún nombrable que sea deseado, solicitado, exigido, desde una falta, abordar la venida de un *ven* que atraviesa, franquea, el lenguaje en una indirección sin vuelta, hacia un allende el lenguaje que no se certifica en el pensar metalingüístico tradicional pero tampoco se deja replegar, como toda la modernidad, dentro del lenguaje, he ahí lo imposible, la obscenidad impresentable que ya no nos dejará más, como la Cosa que, dice en alguna parte, "se acuerda de nosotrxs [*nous*]".

Abordar en su comienzo, en su borde esto terriblemente antiguo, más antiguo que el tiempo, donde se paraliza la presencia del presente, el aire de lo que viene, donde siempre iba, a llegar, ocurrir (ves que esas palabras no se dejan sujetar a los tiempos de nuestra gramática, y que el "terriblemente" no viene en lugar del adverbio accesorio, sino del "sujeto" mismo de la experiencia donde nada se presenta salvo lo obsceno, ya sea una cierta auguralidad ante-nuestra, he ahí lo que nos espera. Como el olvido, empero.

Abordar el tiempo, lo que llamas el tiempo, aún, desde este pas(o) de tiempo, que no es su ausencia, sino otra eternidad ("Un pas(o) precipitado, eterno"), ¿será el venir de un espacio? El pas(o) no pertenece esencialmente al espacio. Las figuras trópicas que le habemos reconocido (el alejamiento de acuerdo a la trampa, el laberinto, la habitación, tantas estructuras del pas(o)) no son imágenes, más bien, las veremos desaparecer, borraduras de figuras, figuras sin figura, no son lugares *en* el espacio. Tienen, sin embargo, en común, de ahí la atribución de horizonte espacial, una cierta, justamente, horizontalidad. Hay también el abismo, el del mar, y la escalera. Formarían figuras del pas(o) si no lo hicieran de inmediato desaparecer en lo bien-alto o lo bien-bajo, más alto o más bajo que la altitud en general. Antes que acompañar tal texto con un comentario, que estaría de más, como cualquier otro, tanto como lo exige, leeré lentamente, subrayando aquí o allá una palabra, un pasaje, un momento, un movimiento. Otra lectura, alguna otra vez, subrayará de otra manera. La escalera es una escalera: todas las escaleras, todas las escalas curvas se le parecen y son ahí descritas, con el más riguroso y económico de los realismos, el más esencial también. Pero esta escalera, esta estructura de la escalera, para no ser una metáfora y para dar cuenta al contrario del poder trópico de la escalera, permanece infinitamente alejada de toda escalera perceptible, presentable, familiar, e infinitamente cercana por eso mismo. Como el laberinto, la trampa, la habitación que ella "es" también ("Por supuesto, era una habitación, pero aún así bien poco una habitación" se lee en *Au moment voulu*, en el pasaje de "la afirmación salvaje y sin derecho" surgida "del recuerdo vivo de su nombre"). He aquí entonces una de las parálisis de escalera de *Celui qui ne m'accompagnait pas*: "*No tuve que hacer movimiento alguno. Desde*

donde estaba, sin darme vuelta, *percibí los escalones*, había seis o siete antes que se alcanzace la especie de *bóveda*, bastante baja y potente, bajo la que *tornaba* la escalera. A mi compañero, ahora, la percepción de esto que yo veía daba una respuesta. La figura *estaba allí*, la vi *inmóvil*, casi de espaldas, según me pareció, y tuve la sensación de que, mientras la miraba, ella se disponía *a subir los últimos escalones y desaparecer. Ese movimiento, que no terminaba de realizarse, le daba a esta presencia una nueva verdad, y toda la distancia que nos separaba, medida en algunos pasos, la volvía asombrosamente próxima, más próxima que hace un momento, en que, me daba cuenta, lo que hacía parecer su proximidad insensata, era la aflicción de su alejamiento*. Pero lo más extraño era que, en el espacio de este sitio estrecho —y la forma estaba, según la vi, casi apoyada a la pared—, pese a que ella no pudo verme y probablemente no supo nada de mí, sin embargo permanecía detenida y suspendida bajo mi mirada, como si el hecho que yo la hubiera mirado la hubiese, en efecto, fijado en ese punto. Había ahí algo insólito, absolutamente desgraciado, y me vi de tal modo turbado que se transformó el fondo de extrañeza en el que se sostenía esta escena. Probablemente, bajo el efecto de mi perturbación, debí desplazarme: veía la escalera ahora en una perspectiva más inclinada, subiendo de modo abrupto hacia la *figura* que no dejaba de fijar, que *se revelaba cada vez más*, de manera que la impresión que yo tenía era *la* de alguien *más grande de lo que había creído*, sí, era esta sensación la que me afectó entonces, la de alguien un poco más grande de lo que debía haber sido, y no sé por qué esta singularidad era como una llamada desconcertante para mi vista, una insistencia que *enloquecía mi mirada y le impedía captar nada*. Me parece que estuve *listo para aproximarme aún*, tal vez para reanimar ese instante, para permitirle reconquistarse; pero *lo que ocurrió*, *y* que *yo habría debido prever*, de veras me golpeó como lo inesperado —no creo *haberlo olvidado jamás hasta este punto*— y cuando él me preguntó: '¿Lo ve usted en *este momento*?', para mi sorpresa y también por una especie de dolor que sentía nacer en mí, ante esta intervención que intentaba realizar *en mí mismo y* para participar en un instante reservado, no respondí nada, estando como incapacitado para hacerlo. Poco después, *de bien lejos, de esta lejanía que estaba hecha de mi resistencia y mi desaprobación,* oí murmurar 'Sabe, ahí no hay nadie'. No sé si acogí estas palabras en ese *momento*, pero en ese *momento,* en mi *emoción* extrema, vi desplazarse visiblemente la figura, la vi *subir lentamente un escalón, acercarse a la curva y entrar en la zona de la sombra*.

"Entre todas las impresiones que me alcanzaron, creo que la más fuerte era esta: nunca la evidencia de la realidad había sido tan apremiante como en este *deslizamiento hacia la desaparición*; *en ese movimiento se había ofrecido algo que era una alusión a un acontecimiento, a su intimidad, como si, con esta figura, desaparecer fuera su verdad más humana y, también, la más cercana a mí*. Y la otra impresión que se imponía era la contraparrida de tal certeza: el vacío desolador, pero también deslumbrante, que expresaba para mí esta desaparición, acontecimiento que ni siquiera me sentí tentado a relacionar directamente con las palabras de mi compañero. No diré que no advertía ningún nexo entre ambos signos, pero presentía una solidaridad más profunda, más imponente, la de dos esferas que no se conocen*, de dos momentos del tiempo tal vez enteramente extraños uno al otro y encontrándose en su común extrañeza. ¿Cuál venía primero que el otro? Esta palabra él la había pronunciado ahora, pero ahora se había producido ya tal vez anteriormente, repitiéndose, había tenido lugar de nuevo —¿de nuevo?; pero eso no podía tener lugar de nuevo, y todo se volvía vacío e inanimado. Con este sentimiento se expresó entonces el movimiento desesperado que era el mío y que la lucidez no podía sino volver infinito. Sí, ello había ya tenido lugar y la pregunta por saber cuándo era vana, la certeza del recuerdo indiferente, porque me parecía que yo no pertenecía al orden de las cosas que se producen y de las cuales uno se acuerda alegre o tristemente, sino al elemento del hambre y de lo vacío donde lo que no tiene lugar, debido a ello, recomienza y recomienza sin comienzo ni reposo.*

"No lo he negado, habría hecho todo, dado todo para pasarlo por alto […] ligado por *esta* desaparición, ligado siempre más íntimamente a

ella, para ser llamado, consagrado a sostenerla, a volverla más real, más verdadera y, al la vez, a impulsarla más lejos, *siempre más lejos, ahí donde la verdad ya no llega, donde la posibilidad cesa […] pero la caída era infinita, en cada momento de la caída el reflejo se modificaba bajo mis pies, indestructible.* […] esta exigencia era el vínculo que me unía a mí mismo, a aquel que había vivido en la pequeña habitación […] ¿Qué esperaba él? Yo no lo sabía. Tal vez la extraña distancia, establecida entre nosotros, y a través de la cual, lo veía bien, se introducía la angustia infinita que era mi espacio, mi aire y mis días, esa lejanía interior […] Sí, me decía yo, mi parte, y la mejor —por mi parte, estoy ahí, ahí permanezco.

"A lo que él no dejaba de responder: 'Pero tiene usted todo el tiempo'".

Cada vez, he subrayado *momento*, pero también *la palabra* "momento", *movimentum*, que vendría a desplazar la decisión, luego, en la palabra, cada letra, cada sílaba —mo / men / to [*mo / ment*]—, luego la frase subentendida, efecto engañador del lenguaje entre las palabras cortadas o enteras. Todo y parte, forma y sentido, *momento* (cuando llega el momento, en el momento justo, un momento pasado) insiste regularmente en su texto, marcado por las cadencias o los plazos del doble pas(o). La *cita* del relato pone, el nombre lo indica, en el *momento*.

El doble pas(o) que por adelantado y desde antes del tiempo, allende todo tiempo, resuena en *ven*, puedes entenderlo, oírlo, como una pas(o) de marcha, de andanza, pero a condición de la escalera. Su tener lugar, tan insólito y tan familiar sin embargo, *gira* [*tourne*] según una escena de la escalera sin verdad, sin visibilidad, sin figura que desaparezca, sin representación. Escalones de escalera por los cuales él se acerca, se a-leja, con una fuerza excesiva, suficiente para vencer al *pas* de negación, de denegación, de "desaprobación", de "resistencia". Ningún límite ni por arriba ni por abajo, sólo la trópica de un ascenso o de una infinita caída. La escalera gira, torna, en efecto, sobre sí misma, sin avanzar pero tampoco sin volver sobre sí misma. Y si no está girando, se aleja por escalones inmóviles que no están, en su estructura, debajo del pas(o), sino que (son) pasos ellos mismos. Cada paso, cada escalón repite lo mismo, de una manera completamente otra. Ni el suelo ni el cielo les pertenecen. La escalera-escalas, marchas [*L'escalier-marches*]. Ven…

- Pero este "movimiento deseperado", este "movimiento que no realiza", la parálisis…

- Esta parálisis no prohibe nada, ella proporciona movimento, el falso movimiento que opera de acuerdo al es preciso-pas(o), falso [*le faut-pas*] del deseo y franquea el límite: este, "en tanto infranqueable, llama a franquear, afirma el deseo (el pas(o) en falso) que siempre ya habrá, mediante el movimiento imprevisible, franqueado la línea". A propósito del morir: "algo se realiza ahí, en total ausencia y por defecto, que no se realiza, algo que sería el 'pas(o) más allá', no pertenece a la duración, se repite sin fin y nos desvía de nosotros mismos" (*Le pas au-delà*).

- Pero si usted no llega a (decir), *ven*, ¿será sólo ella la que pierde el poder de llamarse, de pronunciarse, de "gritar su nombre"?

- ¿Esta contrapartida, *esta* vía lateral o a contramano [*contre-allée*]?

- Aquel que dice *yo* en el relato, será también suspendido, por su mismo nombre, en su identidad, en cuanto a la posibilidad de decir *ven* o al acontecimiento terriblemente antiguo de otro *ven*, el mismo sin embargo. Si bien el ahogado, el ahogado en sí, sería aquel que dice *yo* y las ve, a ellas, "venir a su encuentro", *como algunos* cuerpos de ahogados. ¿No es cierto?

- Yo no existo antes que eleve, alce, como la palabra o la muerte ("levantado en la habitación") que se llama, *ven*, surgiendo solo, antes de ti o de mi, sin origen y sin fin, sin sujeto ni predicado. Recuerda: "Él va hacia lo que llama". Entonces él se llama, *ven,* desde aquella a la cual él dice, llamándola, *ven*. *"¿Pero él hace venir? ¿Sólo lo que solicita venir en el llamado. ¿Lo interpela? Responde llamando*" (*L'attente l'oubli*). Hace poco recono-

cimos esta equivalencia: es también la muerte y la palabra "muerte" que se llama en el *ven*: *yo me* —llama/llamo muerte— yo comienzo/comienza aquí [*je m'* - appelle mort - je commence] a hablar y a andar en mi nombre. Cuando la muerte ha llegado, siempre del otro, *yo me* no es ya posible. Pero lo que se esfuerza con un incremento de fuerza en *ven*, el llamado de muerte precediéndome, *yo me* (afectado por un nombre) no es aún posible. Yo se llama siempre *yo muerto*. Y como ella, él es/tá sin nombre antes de *ven*, antes de responder a lo que lo llama.

- ¿Como ella, como ellas, como yo?

- Ellas, es preciso, ahora, precisarlo, no son eso que se llama las mujeres. En *L'arrêt de mort* ella, a quien "yo digo eternamente 'ven', y eternamente ella es/tá ahí", es la "pensada", el pensar, un pensamiento, "esta *pensada*" [*pensée*], escrita en itálicas, lo que es bien raro, otra discreción que acumula la violencia. La fuerza excesiva es la de "esta pensada", de este pensar: "Yo mismo no he sido el mensajero desgraciado de un pensar más fuerte que yo, ni su juguete ni su víctima, porque este pensar, esta pensada, si me ha vencido, sólo ha vencido por mí, y a fin de cuentas siempre habrá sido/estado a mi medida, la he amado y sólo he amado a ella…". Más arriba se nombra "el llamado de la afirmación todopoderosa que está unida a mí" y "este mandato misterioso, y que era mío, y que es en mí la voz siempre renaciente, voz celosa también…"

En *Celui qui ne m'accompagnait pas,* aquellas a quien "me bastaría con decir" "Ven", son esta vez unas "palabras".

Releo al menos la secuencia que comienza así: "*Yo lo escucho. ¿A quién se dirige? ¿De quién se trata?, ¿quién habla?, ¿quién escucha?, ¿quién podría responder a tal lejanía? Eso viene de tan lejos y eso ni siquiera viene*…". Nada de lo que podría decirte aquí no puede medirse, o compararse, con eso. Lo que llama entonces unas "palabras" no son términos ni discursos, ni una designación figurada de quien pronunciaría un discurso, y pronunciaría unas palabras en la proximidad de su pensamiento o de su voz, ni nada de lo que se cree reconocer con estas palabras: palabras, términos, discurso, enunciado o enunciación, etc. Tampoco son cosas que podríamos oponer a las palabras, ni actos. Oídas a partir del *ven* que ellas oyen y que emiten, ellas pertenecen a lo sin nombre, porque sólo es "a partir" del *ven* que podrían, ellas, clamar su nombre. Que, sin embargo, el nombre anónimo, impropio (*pensada, palabra*), dado a lo sin nombre, sea escogido de tal manera que su género sea femenino y que su pronombre sea siempre *ella*, he ahí que marca y a la vez neutraliza la diferencia sexual. Toda la transferencia del código (por ejemplo, "yo la amé y sólo a ella la amé") hace lateralmente, como con un acompañamiento silencioso de la lengua pesar, sopesar, inclinar la "pensada", o, en otras partes, la "palabra", del lado femenino; es literalmente un *movimentum*, un momento femenino; él anuncia por presión inconsciente la diferencia sexual antes de toda otra determinación, toda otra identificación. Y como *ella* no se determina, no se llama sino que a partir del *ven* que ella *lanza y reenvía*, el alejamiento del *ven* da, instruye el pas(o) de la diferencia sexual

Dado que "pensada" "palabra" emite el llamado que recibe para gritar su nombre, ella está también del otro lado, a contrapartida, avenida lateral o a contramano, de la diferencia sexual: pas(o) en falso del *él* — que no me acompañaba. Este neutro es la afirmación del *ven*, la afirmación repetida, la alianza nupcial (sí, sí), el anillo del relato. Toda la conclusión de *L'arrêt de mort,* antes del *ven*, describe también la posibilidad única de este relato en su acontecer de relato, los celos que engarzan la afirmación con su repetición, que habrá sido ese nexo sin pacto y sin deuda ("…*era insignificante saber si las cosas habían realmente ocurrido así. Sólo debo afirmar que para mí ello es verosímil, dejando de lado las cuestiones de fechas, pues todo habrá podido remontar a un momento harto más antiguo. Pero la verdad no está en los hechos. Esos hechos mismos puedo soñar suprimirlos. Pero si no han tenido lugar, otros, en su lugar, ocurren y, al llamado de la afirmación todopoderosa que está unida a mí, adquieren el mismo sentido y la historia es la misma. Pudiera ser que N., hablándome de ese 'proyecto', no hubiera que-*

rido nada más que destrozar, con mano celosa, las apariencias en que vivíamos. Puede que, cansada de verme perseverar con una especie de fe en mi papel de hombre del "mundo", ella me haya bruscamente, con esta historia, recordado la verdad de mi condición y mostrado con el dedo cuál era mi lugar. Puede ser, incluso, que ella misma haya obedecido a un mandato misterioso, y que era el mío, y que es en mí la voz que renace siempre, voz celosa también, con un sentimiento incapaz de desaparecer. ¿Quién puede decir: esto ocurrió porque los acontecimientos lo han permitido? ¿Esto ha pasado, porque, en un cierto momento, los hechos se han vuelto engañosos y, por su agenciamiento extraño, han permitido a la autoridad apoderarse de ellos? Yo mismo no he sido el mensajero desgraciado de un pensar [*une pensée*] *más fuerte que yo, ni su juguete ni su víctima, porque ese pensar…"*) y en lo que atañe al *ven* de *Celui qui ne m'accompagnait pas,* él surge en la secuencia de un "Pienso que tengo que escribir", reanudado, más adelante, con un "Yo comprendía mejor así por qué era eso, escribir: lo entendía, quiero decir, que esa palabra se volvía completamente diferente…".

Ella, la pensada, la palabra, no es entonces el pensar o la palabra sino también lo que, cada vez, disimulamos con estas palabras como su terrible evidencia esencial, su disimulación misma. Guardando un viejo nombre, el mismo, para proceder hacia esta disimulación, tú no sólo explicitas, no sólo develas de acuerdo a un gesto continuo: tú franqueas, hacia lo enteramente otro, la línea semántica, la línea de lo semántico, la que detiene, en la paleonimia, la disimulación. Y lo haces, por supuesto, con un pas(o) más allá que nos hace aún reír ante la oposición entre una explicitación y un corte. Porque la violencia impúdica, la más desenfrenada que hay hoy por hoy, para mí, sólo se sustrae o, dicho en otras palabras, sólo se exhibe con una discreción aparentemente insostenible, en esta *pensada*, en la mayor cercanía del estallido de risa. Sin nunca dejar a una palabra, y sobre todo no la última, a la prosopopeya de la ley que vendría una vez más a condenar con un sentencia a los ciegos y a los sordos, aquellos que se apresuran, atemorizados, a resistir, a denegar, atrapados en la trampa del vestido, de lo neutrro o de la discreción. Pero esa trampa no le pertenece a nadie y nadie a ella escapa. La cosa socavada está minada [*sapée*].

- Pero la parálisis, porque hay en él un pensamiento de la Medusa, que en alguna parte llama, vale también, no es cierto, para el reír y lo obsceno?

- Con su lógica de doble banda, ella interrumpe la risa y el impudor cuando se protegen contra la angustia, contra la afirmación también. Pero por más rigurosa, más fina, que sea la diferencia de calidad entre risas y violaciones, la contaminación es inevitable. El pas(o) más allá de la denegación no es nunca un gesto simple, decidible, voluntario. Aquellos que creen esto están más sobreprotegidos que otros. Toda la lógica de la denegación y de la impugnación se desplaza en *Le pas au-delà*. Pero pas(o) de denegación no quiere decir que el movimiento apotropaico pueda suspenderse. Él se pliega, repliega, todo en su doble paso, y de entrada en su contrario; el guarda la caída contra ella misma, y hasta el olvido. Tal vez por ello él dice a menudo la "doble caída" o la "caída frágil". Él pervierte hasta el límite entre la perversión y su otro.

He aquí una palabra. Unas palabras, más bien, él siempre insiste en la unicidad de ellas pero también —a la vez— sobre su pluralidad y, por lo tanto, la extrañeza de su ser/estar-juntas. Él habla de las palabras: "…*no tienen relación conmigo, […] vivo cerca de ellas, y tal vez he de vivir por ellas, tal vez por causa de ellas me mantengo conmigo mismo, aunque de esta cercanía estoy como separado, y es en esta separación que estamos cerca, ahí ellas permanecen, ahí pasan, y a nadie le responden. […] No olvido nada y en ello pertenezco al olvido.*

"Ellas están siempre juntas. Eso sólo quiere decir que no puedo verlas sino juntas, juntas mas sin nexo, inmóviles en torno a mí aunque errantes". Ninguna palabra es nunca dada que no sea de inmediato sustraída, retirada, socavada ("pero", "aunque", "aun cuando"), reemplazada por su aparente contraria, sin (es la insólita sintaxis del *sin* que habremos pacientemente de interrogar)

que tal traza de pas(o) *se anula* ni se pone, se yergue, al paso, en esta doble negación postulada. He aquí entonces una palabra, palabras que no se entienden ni se escuchan, perturbando el orden del tiempo y del discurso al que decimos que pertenece la palabra, que tienen su lugar sin esencia en el talante de un "vaivén errante". Se trata, para él, de salvarlas, como de un ahogamiento, de interpelar en ellas, dándole más bien la palabra, el *salvo*. Diciéndoles *ven*, tuteándolas para que ellas se llamen. Para ellas, "*he sacrificado mi derecho a llamar al próximo (otro)* [*autrui*] *y a decirle tú*". Voy a citar aún, sin derecho alguno a hacerlo, ni sobre todo a subrayar o a practicar omisiones. Se trata entonces de las palabras a las que se dirigiría el *ven*: "*… el riesgo era el pivote en torno al cual lo que era una amenaza se volvía de inmediato una esperanza y, yo mismo, tornaba en torno a mi mismo, entregado a todos los llamados de este lugar por donde no podía sino errar.*

"*Decir que escucho esas palabras no sería explicarme la ajenidad, la extrañeza peligrosa de mis relaciones con ellas. ¿Las escucho? No las escucho propiamente hablando, ellas mismas que participan en la profundidad de la disimulación se demoran, permanecen sin acuerdo. Pero no necesitan de este acuerdo para pronuciarse, ellas no hablan, no son interiores, son, al contrario, sin intimidad, estando completamente afuera, y lo que designan me atañe en este afuera de toda palabra, aparentemente más secreto y más interior que la palabra del fuero interior, pero, aquí, el afuera es/tá vacío, el secreto carece de profundidad, lo que es repetido es el vacío de la repetición, aquello no habla y, sin embargo, eso siempre ya ha sido dicho. No podía compararlas a un eco, o bien, en este lugar, el eco repetía por adelantado: era la profética* en la ausencia del tiempo.

"Que estuviesen ellas en este punto privadas de intimidad, es eso, me parece, que, en el transcurso de ese va-y-viene errante, me asociaba a un sentimiento de desgracia infinita, al frío de la aflicción más grande que nunca hubiera tenido que soportar, la que, al tiro, se repercutía en una alegría sin término que le hacía preguntarme: ¿Por qué se ríe? A lo cual sólo podía responder diciendo: Es que no estoy solo, palabra que, a su vez, tomaba peligrosamente su impulso a través de la casa. Tal vez la idea que debo salvarlas de esta falta de intimidad pertenece también al proyecto de escribir, idea que habré podido tener antaño, a la cual, sin duda inutilmente, yo había sacrificado mi derecho a llamar al prójimo (otro) y a decirle tú. Pero no era más que una idea de antaño…"

- Siempre se trata de palabras, ¿no es cierto?, aquellas a que *ven* está dirigido…

- Sí, pero "eso no habla" y sigue siendo un nombre para lo sin nombre. A una de ellas él diría *ven* "para que clame su nombre".

- ¿Y se trata de salvarlas? Bien extraño. ¿Y de qué? ¿De ellas mismas, o más bien de la "falta de intimidad", del afuera, de un afuera que ni siquiera les es propio? ¿Qué quiere decir *salvo*?

- Es un término poderoso y sustraído, más o menos que un término, ni adjetivo ni preposición, lo uno y lo otro, casi un nombre a veces, la excepción hecha por el lenguaje, que lo usa mucho y fascina a partir de él.

Para formar como una frase envuelta, apenas suspendida, la unidad de una gran articulación sintagmática capaz de todo, el inmenso esqueleto ascético yendo en todos los sentidos y allende el sentido, *sin/pas(o)/salvo* [*sans/pas/sauf*] *daría* la impresión de dominar o de reunir la totalidad del corpus si cada una de las nociones o de las oposiciones que acabo de sugerir pudiera alcanzarse a sí misma, y no se desmoronara ni colapsara en su borde, y si cada falso término de *esta* poderosa formalización no impidiera al conjunto comprenderse en sí, desarticulando la ley de la frase e interrumpiendo la identidad del otro término que desde ya se recorta y remarca él mismo. Sí, salvadas de nada sino del afuera al cual están consagradas. Nada *salvo/a* afuera. Este proyecto de salvataje pertenece aún al proyecto de escribir de "antaño": ese que habría intentado salvar el interior, al interior, a reapropiar en la guarda del abrigo, en la interioridad asimilante del dominio. Es cierto que el interior puede ser también terrible y que la compulsión hacia el afuera organiza

a veces la defensa: salvo el afuera, todo salvo el afuera. Que permanezca a salvo sin nosotros. *Le pas au-delà* no deja intacta ninguna oposición del adentro y del afuera. La palabra salva, aquí, responde sin embargo al proyecto de antaño: "Pero no es más que una idea de antaño; no puedo esperar darles aquello de lo cual carezco, ni siquiera tengo el deseo, ellas me agradan a menudo extraordinadiamente así (ese es otro aspecto del peligro): ellas me seducen por su ajetreada inoperancia…". *Antaño* no remite a una fecha, al pasado de un evento, sino más bien a la estructura de la relación a ella, la palabra, a ellas. El *momento*…

- Es entonces a una palabra única, aunque plural (un singular salvo siendo plural) que él habrá dicho *ven*, o, más bien, que a él le "bastaría decir: Ven", tuteándola entonces, y por la que él habría sacrificado su "derecho a llamar al prójimo (otro) y decirle tú".

- Pero de ellas viene, silenciosamente, la llamada (*ven*). De ti, el deseo de escribir; eres tú la primera en decirme *ven*, y que esboza, aquí, en mí, sobre mí…

- *Ven*, me ha dicho usted, para abordarme en la noche de este espacio cerrado y transparente. Esa palabra fue la vuestra. Pero la suya también, claro, o la mía. El diabolismo, la maldad de este proceder…

- No, la duplicidad diabólica opera en vistas del dominio, se exime con la presunción de escapar de su propia trampa, ella cree todavía que el dédalo, el laberinto, la escalera, son un espacio para instalar sus trampas, y no el espaciamiento mismo de su pas(o), de su propio pas(o).

- Entonces entiendo mejor lo que usted me decía de la claridad transparente de su prosa, y lo que dice de Lautrémont; y que ese pas(o) va más allá del impasse nihilista, que esta materialidad singular del pas(o) va más allá de las "tesis materialistas" que todavía hoy dan la hora metafísica, lo que no ocurre nunca sin consecuencias políticas. Así: *"¿Dónde comienza en una obra el momento en que las palabras se vuelven más fuertes que su sentido o el sentido se vuelve más material que la palabra? […] ¿En qué momento, en este dédalo de orden, en este laberinto de claridad, el sentido se perdió, en qué recodo del camino el razonamiento se da cuenta que ha dejado de "seguir", que algo ha continuado en su lugar, progresado, concluido, enteramente semejante a él, en el que creyó reconocerse, hasta el momento en que, al despertar, descubre a ese otro que ha ocupado su lugar? Pero al volver sobre sus pasos para denunciar al intruso, apenas la ilusión se disipa, es a él mismo a quien encuentra, la prosa de nuevo es prosa, de manera que él va más lejos y de nuevo se pierde, dejando que una sustancia material repugnante lo reemplace, parecida a una escalera que camina, a un pasillo que se despliega […] Cada momento tiene la claridad de un lenguaje bello que se habla, pero el conjunto tiene un sentido opaco de una cosa que se come y que come, que devora, se engulle y se reconstituye en el vano esfuerzo de transformarse en nada* (*La part du feu).*

Este discurso, sin embargo, fue el vuestro. El diabolismo, ese doble de la soberanía, no sería lo que es si su trampa no pudiese tomar todas las formas de soberano, hasta el desconocimiento y el olvido sin resto. El soberano engaña al doble, dándole así razón y corriendo el riesgo de dejarle la última palabra. Esta palabra, sin embargo, fue la vuestra, porque cada momento, en efecto…

- La palabra, aquí (pero aquí nos vuelve atentos a un por todas partes: "por todas partes donde voy, ellas están ahí"), para no figurar ni un término ni un discurso, ni el origen o el sujeto de algún enunciado, no es sin embargo algo, según la determinación disimulante de este término (sino tal vez la Cosa que recuerda, la Otra-Cosa), ni siquiera algún destinatario ya nombrable. Sin decirlo, ella puede gritar su nombre, en vez de decirlo, a condición de un *ven* que recibe pero que da de entrada, como si fuera su mismo nombre, apenas la cripta de su nombre, sobre un agujero al que no le falta nada. Con anterioridad ella no vive en parte alguna, carece de lugar, o sólo lo tiene en lo que viene antes del nombre y se pone en el lugar de cualquier nombre propio (la Cosa, el nombre de pila). Librado al espacio del anoni-

mato, el tuteo de la palabra es seña de discreción dirigida a lo desconocido que se niega en el sin nombre; rompe con la familiariedad indiscreta, con la apropiación dentro de la proximidad. Él no cede, a pesar de algunas apariencias, a lo que algunos denuncian, con tanta seguridad como ignorancia, como la teología negativa. Describe la ley de esta, su instancia e incluso su perversión. El discurso teológico, dice él en alguna parte, es el más perverso.

Estos valores se transmiten constantemente unos a otros: y el valor y lo sin valor que no carece de valor. Él todavía no los ha tuteado, por demás, él no dice "tutear" en este caso, sino "decir tú", lo que es más cercano, debido al sin verbo, de esta ausencia de orden, de solicitud, de plegaria, de deseo incluso, ausencia aún de un pas(o) con el que nos mantenemos. Yo podría tutear sin decir tú. Y, posibilidad más rara, decir tú sin tutear. Él no las ha aún tuteado cuendo evoca el *ven*. Así, cuando dice "*he sacrificado / para salvar mis palabras del proyecto de escribir como antaño…., etc., / mi derecho a llamar al prójimo (otro), y a decirle tú*", estaríamos inclinados a pensar que la palabra es el prójimo (otro) a condición de pensar de otro modo tanto la palabra como al prójimo (otro), y lo doble desde el *ven* más allá de todas las categorías filosóficas o psicoanalíticas.

El ahogamiento no se vuelve simple figura a arrastrar siempre al abismo de esta palabra otra (la "confianza", acuérdate, y una "lealtad" sin ley le son debidas). Ni la entre-devoración que sigue. Sigue también otra forma de ahogamiento al comienzo de *Thomas l'Obscur*, el abismo de la palabra que tiene una forma oral, diríamos si supiésemos lo que decimos hablando de boca antes de este abismo (es la historia a ratos de *ra* o de *rat* ['ratón', 'rata'], de la que él no sabe, como del agua, si era "realmente" una rata: "*mordida o golpeada, él no lo podía saber, porque le pareció que era una palabra, pero que se parecía más bien a una gigantesca rata*…"). Retomo mi cita: "… *ellas me seducían gracias a esta ajetreada inoperancia, este tormento que es un reír, esta presencia en la cual no soy nunca yo para ellas ni ellas tú para mí, presencia sin duda terrible, porque no puedo abrirme paso en ellas con nada, terrible pero atrayente, un enigma que no tiene ninguna necesidad de dilucidarse, siendo la palabra enigma ese enigma, capaz no de devorarme sino de asociarme a su avidez devoradora […] Y sin duda lo que ellas pueden pedirme no tiene ninguna relación con la idea de escribir, es más bien ellas quienes, en mí, desean inscribirse como para permitirme leer sobre mi mismo como sobre mi tumba la palabra del fin, y es cierto que, durante esos momentos nocturnos, tuve la sensación de poder así leerme, leer peligrosamente, harto más allá de mí, hasta en ese punto donde ya no estoy ahí, pero alguien está ahí*" (*Celui qui ne m'accompagnait pas*).

Él *está* fijado a *ellas* por mirada fascinada, por la fascinación misma. A ellas, que no son ni sujetos ni cosas, las mira, ellas son visibles de alguna manera entonces o, más bien, son la visibilidad que no se ve, aunque permita ver, que no da nada para mirar, a pesar de que todo en él las mire. Ellas no lo miran, la indiferencia es de rigor de una parte y de otra. Es preciso que entiendas de qué indiferencia ha de estar formada la indiferencia, esta admiración (separa este término de la circulación fácil; cuando él usa este término es para decir el "admirable progreso" del paso (no) más allá) por el don sin ley y sin autoridad. Ellas no lo miran, no tienen nada que ver con él, y el origen de su mirada a ellas es inasignable. "… *yo podría intentar saber a partir de qué momento ellas atrajeron mi mirada, me han puesto de su lado hasta el punto que todas las cosas son visibles para mí a través de su presencia transparente y que ellas me retienen en la fijeza de su aparición. ¿Cuándo ocurrió esto? Pregunta vana, aquello siempre ha ocurrido; pero, asunto que dice no poco de mi enceguecimiento, no me daba cuenta, no veía en ellas un obstáculo, no las veía, mientras que, ahora, las miro: son como si hubieran salido de tumbas*".

Un poco más adelante, la fascinación vuelta, necesariamente, recíproca, porque siempre lo ha sido ("*a cambio, y porque, de una manera que no comprendo, yo las fascino, he de permanecer bajo su fascinación*"), es la escena del agua, el ahogamiento y la eventualidad del *ven.*

- Usted vuelve siempre al agua [*l'eau*], sin que nunca yo sepa de qué habla, lo que usted pro-

nuncia o designa (*o*, signo de la nada, la letra, el grito, la sílaba, las palabras, los nombres, la cosa); y en lo que atañe a la cosa es el agua de la "bebida", del "brebaje", la suerte de *lot*(e), el agua de un "vaso de agua" que viene a menudo en *Celui qui*…, el agua del mar, o tal otra cosa que significaría, rebús, un trozo o un momento de palabra, de *mot*(e), *mo*, por caso, o *mor*, *mors*, *mort*, o nombre propio que afecta e incluso celebra en la mayor cercanía posible, acompañándolo sin cesar, pero como un extranjero, a aquel que…

- Sí, sí, vuelvo siempre (mira lo que dice del volver a venir y de "todo reviene" en el *Le pas au-delà*) y quisiera citar varias veces, como estos relatos lo exigen, eso mismo que no debería citar, salvo para no desviarlo jamás de su camino único.

El agua, lo que designo con este rebús, este acertijo, no es, dados todos los recursos que acabas de recordar, un tema, un sentido o un significante. Hay que decirlo también, por la misma razón, de la oralidad de *rat*(a), de *pas*(o), *sin* o *salvo*, y desde entonces de todo lo que ellos marcan y que se acerca o se aleja en estos relatos. Los que son relatos [*récits*] por ello, a través de ello, y no ya discursos o historias, narraciones o poemas.

Si escribo, por caso: el agua sin agua, ¿qué ocurre? ¿O, aún, una respuesta sin respuesta? El mismo término y la misma cosa parecen sacados de sí mismos, sustraídos a su referencia y a su identidad, pese a continuar dejándose atravesar, en sus viejos cuerpos, hacia algo completamente diferente disimulados en ellos. Pero no más que en el "pas(o)", esta operación no consiste simplemente en privar o negar, lejos de ello. Ella forma la traza o el pas(o) de lo enteramente diferente del que ahí se trata, el re-tiro, el re-trazo del pas(o), y del *pas* sin *pas*. En su sintaxis, él juega, entre dos términos aparentemente idénticos: "*ella* expresa sin expresar", "*esta muerte* sin muerte", "sobrevida que no es una" (*La littérature et le droit à la mort*); "muerte sin muerte", "muerte pero sin muerte", "el origen de lo que es sin origen", "aire sin aire", "pensamiento sin pensamiento" (*Thomas l'Obscur*); "palabra sin palabra", "semejanza… sin semejanza" (*Celui qui ne m'accompagnait pas*); "ser sin ser", "de nuevo sin novedad", "lugar sin lugar", "distancia sin distancia" (*L'entretien infini*); "acercamiento sin acercamiento", "esperando y sin esperar", "espaciado sin espacio", "reposo sin reposo" (*L'attente l'oubli*); "secreto (sin secreto)" (*L'amitié*); "otra desgracia, con una desgracia sin desgracia", "el fin (sin fin) de los libros" (*Le pas au-delà*); "yo sin yo", "destruidos sin destrucción" (*Discours sur la patience*); "Vivir sin viviente, como morir sin muerte: escribir nos reenvía a estas proposiciones enigmáticas" (*Une scène primitive*); "la aletheia, tal como se la piensa sin pensar" (*L'écriture du désastre*). *Sin* juega como un extraño resorte, ni una economía ni un funcionamiento. X *sin* X parece ya no funcionar. Pero si él lo hace, es de otra manera respecto a lo que se cree. Sin duda eso ya no funciona, ya no opera, no quiere decir nada y llega a un grado *o* de la tesis, del discurso y del sentido. Aquello quiere decir *o* y sin embargo no hay *o*. Resta un resto sin resto de este pasaje (hay —pas(o)— nada, un texto, un relato, ya). Es por ello que ninguno de estos "términos" (sin término a su vez), de estos viejos términos de la lengua natural, de por sí descartados, no puede ser reemplazado por una X convencional. Una cierta formalización es para ello imposible, y en cualquier caso limitada. El *sin* habrá funcionado. Pas(o) de sin, y habrá investido al paleónimo con uno bien diferente, archi-antiguo, más que antiguo, acogido por la paleonimia pero sin relación con ella. Sin — traza de pas(o).

Él comarca la misma X (X sin X), sin anularla, con lo completamente otro, que lo desvía, lo separa de sí. Absolutamente, hasta hacerle perder toda memoria de sí, toda relación consigo, "yo sin yo", toda guarda de sí: hasta el olvido sin memoria, o, dicho de otra manera, el don sin el saber, sin saberlo, el único posible, el imposible. Neutraliza él sin negatividad, afectando lo neutro con una heterogeneidad absoluta, y por de pronto en relación a lo que, en la lengua así neutralizada, habría podido fijarla en lo negativo del "ni uno ni otro". Este resorte sin resorte, esta instancia sin instancia, este re-trazo deja todo intacto (salvo, indemne) en apariencia, la lengua, el discurso, la conciencia, el cuerpo, etc., en el momento mismo en que ha dejado operar en

silencio una *devastación* absoluta, un rapto, una tachadura instantánea.

Pero esta rapidez absoluta es la de una afirmación, una afirmación redoblada: doble pas(o) del *sin* que forma el relato del relato. Doble pas(o), "un paso precipitado, eterno". Y si el rapto es absolutamente rápido, si no da tiempo, en la desposesión (la devastación, en otras palabras), es que lo mismo ahí es exhibido afactándose, afectado antes que afactándose, de lo heterogéneo absoluto que no lo priva de nada salvo de su identidad consigo, de lo que le impediría alejarse de sí: rarefacción absoluta sin la menor falta.

- No escucho ya sino rat(as) [*rats*], la palabra o la sílaba, que vienen a rascar en el fondo de la garganta, la muerte o el regocijo resistentes a ellas mismas en el quejido. La figura del rat(ón), en su bestiario, y del rat(ón) en la boca, todas esas palabras con *ra* en *Thomas l'Obscur*….

- Pas(o) de negatividad en este retiro, retrazo, pas(o) de negación de denegación en esta neutralización. El *sin* (de) Blanchot ha de operar pero no opera, deja volver lo que siempre ha estado disimulado como lo enteramente otro y sólo puede ser disimulado. Debe operar sin la negatividad con la que se habrá cargado al *sin* en la lengua natural, la lógica formal o la dialéctica. Y en este trabajo pasivo no nos es, en tanto tal, de ayuda alguna. Según un singular proceder, la más intempestiva, la que tal vez estemos menos preparados para seguir o reconocer, nosotros, sus supuestos contemporáneos o lectores; según lo que no tendría la forma de un avance sino en el orden de una historia orientada, no estando en vigor desde el momento en que se produce este avance sin avance (trata de leer "mis pasos sin destino", en *Celui qui*…), el *sin* auto-afectándose con lo enteramente otro (*sin sin sin*). Es entonces infinitamente pasivo con respecto a lo enteramente otro que lo afecta o lo aborda. Tal como lo escribe, y lo rubrica, lo deja más bien recubrir con su firma, neutralizar el sentido, la lengua, el discurso, la escritura, etc., todas estas palabras o palabras-consignas de nuestra "modernidad". No juega contra ellas, al contrario, sin reserva, siempre escribe para ellas, pero sin ellas, más allá de ellas, en el curso de la más discreta y más fascinante travesía. ¿Cómo, alejado de su firma, este *sin* se mezcla con el agua? ¿En vista de qué riba o ribera?, ¿en qué pasos, parajes?

Cerca de un abismo sin profundidad está, en tal puesta en escena de "Ven" (*Celui qui*…), el agua de mar.

No es el único lugar marino de los relatos. Se habrá propuesto recientemente una destacable lectura del "borde indecidible" (cito al lector) que abre y cierra, sobre el mar, *Thomas l'Obscur*. No puedo aquí nombrar…

- "Yo comarcaba entonces con una ligera incoherencia: 'Usted quiere decir que no ha de haber nombre entre nos?

- Sí, es eso'" (*Celui qui ne m'accompagnait pas*).

- Pero no es usted muy coherente. Ya ha nombrado en cualquier caso…

- Unos ausentes solamente, que no leen o no escriben más. Aquí el nombre ya no les vuelve, no es ya de suyo, desde entonces. No puedo nombrar, pues, todos aquellos que, desde hace algunos años, se atreven, ante la singular disimulación del texto inmenso, no tanto romper la fascinación [¿por qué y cómo se lo quisiera? ¿Y el querer no es aún un efecto, renegado o denegado, de la fascinación? Yo leo en la fascinación, amo y deseo la fascinación, ¿hay deseo sin ella?

Tú me fascinas, te amo. La fascinación, que él describe, no lo olvides, que él analiza, explica y produce sin cesar también, no es la suya, o, más bien, él fascina desde el momento en que está bajo fascinación (como el *yo* de *Celui qui*…). No es él, es la fascinación (es siempre la del otro, la otra, lo otro, desde la cual toma la fascinación por objeto mientras ella lo mira todavía). No hay no-fascinación para oponer a la fascinación, sólo diferencias de fuerza en *ella*, pas(os) para a-lejarse de ella, una fuerza para/a diferir. *Ven* sería la palabra de esta fascinación, de *esta* atracción sin atracción, de esta identificación sin identidad. Ninguna palabra sino la fascinación que difiere

lo que hace], no romper con ella, entonces, sino atreverse, para que otra disimulación no advenga todavía…

- ¿Por qué sería preciso aún que ella no advenga? ¿Y si ella debiera, como usted lo ha dicho, necesariamente venir, de cualquier manera?¿No se escribe acaso para ella, por ella? ¿No se retira una fascinación sino en vista de otra, deformando sólo los bordes? Además, tiene usted menos justificación para no citar a sus "lectores", ya que la distinción entre un "primer" texto y su "comentario" o acompañamiento se difumina por lo que acaba de llamar, cediendo por primera vez a la alabanza, el inmenso texto.

- *Inmenso*, sin medida, no debiera poner en valor, calificar, realzar, disimular lo neutro y, con el peor desconocimiento de este texto, volverlo al mercado, a la jerarquía, con los efectos de dominación ligados al nombre y a la ley, etc.

- Sin embargo, eso pasa siempre, lo quiera o no, y de eso hay que dar cuenta. Siempre hay beneficios de dominio, de maestría, por el renunciamiento soberano, y el don mismo jamás se olvida, ni el olvido.

- Sí. Tengo que dejar de justificar nada (no a mi mismo sobre todo) de lo que dejo aquí avanzar. Por ejemplo, no citar a los "lectores" es tan poco legítimo como el recorte de extractos del inmenso corpus. Huele que eso es inútil, ridículamente inútil, dado el frío rigor que impone la estructura del texto. Ganas de decirte: lee, relee, infinitamente, sin la ayuda de nadie, incluso no de él, sin yo, sin mí. Obedezco entonces aquí, bien mal y bien confusa, culpablemente, a presiones puramente externas.

- ¿Existe eso? Yo creía que lo que usted decía del borde, aquí o en otras partes….

- Digamos: hay que, para (en)cuadrar la cosa, decir o hacer algo que esté limitado por su más allá, por lo inmenso que conduce siempre al agua. De entrada, en estos parajes, la del mar.

Me gustaría volver contigo a esta playa, durante la noche, cuando el borde del mar es una línea más indecisa. Para que te acuerdes. Te acuerdes por tu nombre que he pronunciado cuando *ven*, entre nos, fue dicho una sola vez, con el deseo de rodar hacia el mar.

- ¿El mar o el borde del mar?

- Todas las paradojas del límite, de la marcha, la comarca o el margen, se multiplican cuando se las determina en bordes. Este término vuelve a menudo en sus escritos.

- ¿Ama él la cosa o el término? ¿Y el borde es alguna vez una cosa?, ¿o, más bien, el *sin* que recorta la cosa y la eleva a ella misma? ¿Y *a partir* de qué se ama un término, una palabra? ¿Por qué vuelve sin fin, sin jamás desgastarla, sin que lo único de cada uso, cada vez, jamás la dañe? ¿Se puede amar otra cosa que sí, que su nombre, en su nombre, dondequiera que se desprenda de sí mismo para representarse de nuevo, hasta poderse omitir? ¿Qué afinidad, qué imantación entre borde y firma que se sostenga, se ame, se llame a lo lejos hasta desaparecer en el olvido? En *L'arrêt de mort* los nombres propios…

- Es en el borde donde todo arriba o deja de arribar, se podría a veces decir que falta el borde para arribar. No hay borde en sí y que no marque el límite de un acercamiento, es decir, de un a-lejamiento, de un pas(o). Y como toda venida (de evento, advenimiento, ir-y-venir, etc.) sólo produce su "venir" o porvenir "a partir" de un *ven*, igualmente el borde no se produce antes que lo que "aborde" o "se aborde" (incluso diciendo ven, sea, lo has visto, diciéndoselo a otro, desde el lugar de otro, etc.). Abordar es la lentitud extraña de un movimiento de acercamiento, entre gesto y discurso, que no toca aún al cabo, no alcanza aún el objeto u objetivo —aquí la ribera—, no arriba todavía, no ha ocurrido aún. En tanto movimiento, o paso, no tiene aún contacto con el borde, que sólo permanece como borde mientras no se toca o mientras la contigüidad no borra por completo lo distinto o lo distante. Abordar es in-

terpelar o hacer señas de lejos; es también llamar a la distancia a distancia y depender de la iniciativa y del lugar del otro que, por haber sido provocado, no se deja necesariamente abordar. *Ven*: en este suspenso, esta pausa de cercanía a-lejante, el borde del abordaje y del aborde (o, para volver al mar, del abordaje por apresamiento [*pour arraisonnement*] en vistas a la identificación, se disimula sin, sin embargo, presentarse, allende.

Celui qui ne m'accompagnait pas comienza con un acontecimiento da *aborde* que no es un acontecimiento y tampoco [*pas*] un comienzo, pues nada ha, propiamente, lugar: "Buscaba, esta vez, abordarla". El aborde no es un acontecer original, y el relato comienza por este falso conejo, falso comienzo del comienzo. El aborde es aún menos un evento original (tomo estas palabras en su sentido corriente) cuando nadie, sobre todo, aborda a nadie sino busca, sin seguridades de alcanzarlo, abordar; tampoco busca pero dice (recita), ahora, qué buscó, en el pasado, llegar a abordar. Buscar arribar abordar, buscar la orilla, bordar la ribera de un borde, es la insistencia del a-lejamiento. Y, con todo, relato hay, irremplazablemente. El abordar no habrá tenido lugar, pero este no-lugar se ha producido "esta vez", vez única, entonces, marcada por un pasado simple. El deseo de tocar el borde, en el borde [*au bord*], ha ocurrido: "Buscaba, esta vez, abordarla". ¿Qué es haber tenido lugar, haber podido ocurrir, para un pas(o) en falso? Habrá habido, *vers l'autre*, en pasado. Este pasado, ahora bien, la vez única de un aborde que no habrá tenido lugar, no llega a término, a su orilla o ribera, su margen o borde, su costa (si quieres bien-entender este término como lo que guarda y pone al abrigo, por caso contra una caída o un ahogamiento), pero que, como movimiento de abordar, ha con todo tenido lugar, ese pasado es retomado, sin poder ser retomado, en el extraño presente, el presente ilimitado del relato: "*'Buscaba, esta vez, abordarla'. Quiero decir que intentaba darle a entender que, si yo estaba ahí, no podía sin embargo ir más lejos, y que a su vez había agotado mis recursos. La verdad es que, desde hacía tiempo, tenía la impresión de estar acabado* [*à bout*]. *'Pero no lo está', él comarcaba. En esto, tenía que darle razón. Por mi parte, no lo estaba*".

Yo no lo estaba. ¿Qué? Acabado, al cabo. Sensación de estar acabado, agotado, al comienzo aparente de un relato que sólo comienza para marcar que el origen del relato (yo) no llega a estar acabado o al cabo de su movimiento. En este contexto inmediato, ello significa entonces la impresión de no poder ir más lejos, una especie de parálisis. ¿Ir más lejos en vista de qué? De la otra, de aproximarse a la otra para en fin abordarla. Estar acabado al cabo: no poder ir más lejos para ir más cerca, ni más lejos ni más cerca. Y sin embargo, a los ojos del otro, de aquel que comarca, yo no lo estaba [*je ne l'étais pas*]. Pas(o) de alejamiento posible. El *ne-pas* no hace portar la negación sobre una posición o sobre una negación sino sobre una indecidibilidad singular del aborde de otra: no poder ir más lejos ni más cerca. He aquí lo que bastaría para desamparar todo esquema dialéctico tradicional, incluso si el *ne-pas* estuviese conforme a lo que entendemos de su gramaticalidad, si fuese una negación. El pas(o) hacia la otra (pas(o) de a-lejamiento) no encuentra ahí su lugar o, más bien, no soporta, no tolera encontrar ahí su lugar. Eso, siempre que leamos el nudo de este pas(o) que se recorta él mismo en el relato tal como Blanchot…

- Quiere decir que sólo en los relatos firmados por ese nombre…

- No, pero hay que, mediante esta lectura, mediante lo que con ella se da a leer, transformar la posibilidad de esta pregunta.

Se cruzan ahí dos certezas aparentemente incompatibles. El encadenamiento de estos relatos es único, y cada uno de ellos único a su vez, abriendo una posibilidad hasta ahí impedida, en su margen estrecho, por la fuerza más grande; abriéndola de manera inaugural e inanticipable con un paso en falso —firmado en nombre de Maurice Blanchot. Y, sin embargo, esto único arranca, sustrae a su disimulación, de manera ejemplar esta vez, el relato del relato, la historia contra la que su escritura ha trabajado desde siempre, la verdad y el sentido que hace temblar de entrada, de aborde [*d'abord*], con toda su consecuencia sexual, económica, política…

- Hacer temblar de entrada, de aborde: a veces tengo la impresión de que él —no él sino usted, con él, como sirviéndose de su fuerza— busca dar susto, darme susto. ¿Y con qué fin? Y por qué, comenzando menos por hacer temblar de entrada, con el aborde del aborde, con el comienzo, no hacer temblar *de entrada, de aborde*, rehusando el miedo, para asustarlo cada vez más, la menor posibilidad de arribar, de reconocer un comienzo, de tomar un punto de referencia presentable, de tocar lo que sea, de aparecerse a sí mismo desde un borde. En vista de qué y desde qué temor una fascinación tan organizada…

- Tan poco organizada, en último término, que sólo puede ser ejercida por aquel que renuncia a utilizarla, a dominarla, a domesatricarla, que la sufre y no podría firmar sus efectos o el organon. De ahí la dificultad que mencionaba más arriba. El *yo*, como el nombre propio del firmante, firma su propia retirada, su propio retrazo, borra, sin resto, su propia firma, retira su retrazo y, él mismo, pas(o) de insitencia, se aleja de entrada, se aleja de aborde. Lo que acabo de llamar el pas(o) de insistencia, él lo habrá descrito bien temprano, en ese texto de apariencia aún muy hegeliana, de acuerdo a la época, pero ya lejos de un cierto Hegel que se da/ba por sentado: "*El hombre que habla ejerce a la vez la negación de lo existente del que habla y de su propia existencia, y esta negación se ejerce* a partir *de su poder de* alejarse de sí*, de ser otro que su ser*". El ejemplo que da entonces, varias veces, no es sólo el "¡Yo digo una flor!" sino "*Digo esta mujer", Hölderlin, Mallarmé y, en general, todos aquellos cuya poesía tiene por tema la esencia de la poesía y que han visto en el acto de nombrar una maravilla inquietante. La palabra me da lo que significa, pero de entrada lo suprime* […] *Sin duda mi lenguaje no mata a nadie. Sin embargo, cuando digo 'esta mujer', la muerte real se anuncia y está presente ya en mi lenguaje […] mi lenguaje significa esencialmente la posibilidad de esta destrucción […] Mi lenguaje no mata a nadie. Pero si esta mujer no fuera realmente capaz de morir, si no estuviera a cada momento de su vida amenazada de muerte, ligada o unida a ella por un nexo de esencia, no podría realizar esta negación ideal, este asesinato diferido que es mi lenguaje".* La literatura supone esta doble muerte, pero si "ella no se sostiene ahí" es impotente para borrarse *como muerte*: "*Se volvería tan muda como la piedra, tan pasiva como el cadáver enclaustrado bajo esta piedra, la decisión de perder la palabra continuaría leyéndose sobre la piedra y bastaría para despertar a este* falso muerto". "… *afirmación inexorable, sin comienzo ni término, la muerte como la imposibilidad de morir"* (*La littérature et le droit à la mort*). Yo subrayo.

Falso pas(o) de muerte, a partir del alejamiento de sí: el borramiento no debería ni siquiera borrarse a sí mismo. Permanecer cerca de sí en su borramiento, firmarlo incluso, permanecer en su ausencia de resto, he ahí lo imposible, la muerte como imposibilidad de morir a partir de la cual se anuncia la muerte sin muerte. El resto sin resto de esta borradura que ya no se borra, he ahí lo que hay tal vez, de suerte, pero que *no* es o que es *pas(o)*: he ahí *pas(o)* con el nombre de *olvido* tal cómo él lo usa, tal como no se puede ya pensarlo, pensarlo "a partir" de una pensada-del-ser. Si "*el ser es todavía un nombre para el olvido*", nombra un olvido del olvido, que pone violentamente en cripta, y no un sinónimo del olvido, intercambiándose con él como su equivalente, dándolo a pensar. Nombrándolo, el ser lo denomina más bien, lo hace desaparecer bajo su nombre. Este *pensamiento*, que no es ya del ser o de la presencia del presente, esta *pensada* del olvido nos dice tal vez lo que había que entender con este nombre (*pensada*), recuerdas, que nombraba, sin declarar su nombre, aquella a quien *L'arrêt de mort* le decía "eternamente: Ven, y, eternamente, ella es/tá ahí"; o la palabra única a la que, en *Celui qui*…, le es dicha *ven* para que ella grite su nombre. "Cuando digo 'esta mujer'".

Eres tú, tu nombre tuyo [*à toi*]. No el tuyo, sino el nombre para ti [*à toi*], aquel que te es dado en el llamado, sin que nunca te pertenezca o te posea. Este *à,* este *para,* del apóstrofe o del dirigirse a, cuando te llamo…

- Uno de mis nombres, me parece, porque usted no deja de mostrar cómo ellos mudan, cambian, se trasmudan (olvido, pensada, palabra, pas(o), ven, etc.). Mi nombre es único y usted lo oculta, lo olvida.

- *Ven* es único, él se dice "a una de ellas, pero a una sola". Cada vez. Y en el olvido absoluto. En la diseminación que no juega, como se creería fácilmente, con el plural, lo disperso, dispersado, pas(o) entre la multiplicidad y la unidad, sino entre lo único, lo único y él mismo.

A condición de este olvido, de su firma borrándose todavía ella misma, él habrá dado, sin siquiera guardar memoria de dar, ni la consciente ni la inconsciente.

- ¿Qué habrá dado? ¿Una palabra?, ¿unas palabras únicas', ¿unos nombres? Usted lo oculta todavía.

- Nada, salvo lo mismo, que se da aquí, a ti, reafirmado, recitado, pero esta vez, *ven*.

Por un yo sin yo, en el deseo doblemente eregido, bandeado, en el que tú gritas tu nombre y vuelves a ser, al tiro y retiro y por eso mismo, anónima, no guardando siquiera nuestra costa.

Él no da, porque para dar se requiere que olvide hasta lo que da, y que da, y que es quien da, sin poseerse.

Ello da, el olvido, da el ser, he aquí tal vez cómo el ser es un nombre, un nombre a olvidar para el olvido. Eso da el ser (*Es gibt Sein*, da a pensar Heidegger), ello nombra el ser, el olvido. Y a este *hay* se le intima *ven*. El don *ven* es, da más bien, se da olvidándose allende el ser: pas(o) más allá de ser. De golpe. Pero el golpe de don, es preciso, porque precisa, el olvido, que se re-afirme sin cesar. Eternamente, palabra que requiere un pensamiento muy nuevo o más que antiguo. Ahora bien, en esta repeticón necesaria del don, el olvido debe de nuevo guardarse, la ribera [*berge*] también, y la contaminación la envenena. Dar dos veces, incluso siendo únicas en la alianza del pas(o), es la necesidad del don la que lo transforma en veneno, en la misma palabra, con y sin juego (*gift-Gift*). El "brebaje" de *Celui qui*…: "¿no soy acaso yo que he tomado el brebaje". Entonces; pas(o) de don, todavía, *ya* de don [*plus de don*]. La ribera y su borde. Ten, bebe.

- "… *reír ligero pero infinito. Este reír corría por el borde del espacio, no lo atravesaba, pero parecía que era el espacio, y esta alegría, aunque no me fuera extranjera, pasaba por donde creía estar, me dispersaba, dispersaba la decisión de las cosas serias. […] el sótano no estaba lejos de ahí, donde corría el riesgo de caer, me aparté de él, e inmediatamente lo que me invadió fue el deseo de beber, tuve sed, esta sed me llevó hacia atrás. 'Déme un vaso de agua', dije en voz baja. Esas palabras las oí apenas. Sin embargo, él respondió claramente: 'No puedo dárterla. Usted sabe, no puedo hacer nada'. […] Tal vez yo no escuchaba nada, tal vez llamaba palabra a lo que era sin palabra, pero aquí lo que era sin palabra era ya palabra, lo que no era entendido estaba expresado. Debí haber ido más lejos…'* (*Celui qui ne m'accompagnait pas*).

- Es preciso que puedas rechazar el don, vomitar lo que te llama a decir *ven*, haberlo dicho antes que él, para clamar tu nombre. Quieres entonces olvidar para rechazar el veneno y no para guardar el don. Quieres escapar de este lugar claro y transparente, de la escalera luego, de la habitación donde el golpe de don ya no acaba, ni la contaminación. Todavía te acuerdas.

- Ella dice: "Sé quién es usted y me río de usted.

"*Ella volvía a comenzar a gritar, y sin embargo su voz venía siempre a mi oído con una tranquilidad triste y engreída. Yo oía palabras tras palabras; pasaban y no dejaban otra huella que el escarnio, el impudor, la profanación, una verdad triste y fría que era la de su rostro bien cerca del mío. 'No me importan tus sentimientos'. Ella repetía eso ahora, lo repetía con un arrebato sin destino, como si hubiesen pasado días sin producir nada salvo este lenguaje encadenado.*

"*- Yo lo encerraré como a un perro. Nadie sabrá nada de usted, nadie salvo yo lo habrá visto'. 'Déjeme, hable', gritó ella, llevando su figura siempre más cerca de mi, y yo recibía su aliento, y accedía al olor de ese aliento que era la de una planta brotando de la tierra.*

"- De usted no espero nada. Nada le he solicitado. He vivido sin preocuparme de su existencia. Sépalo, en ningún momento le he implorado ni suplicado. Nunca he dicho: ¡ven, ven, ven!

"Ella soltó un grito terrible: inmediatamente la marea negra, abyecta, salió de ella, me sumergió. Sus

cabellos me cubrieron, su cuerpo se hundía junto al mío. Yo no podía saber si eso ocurría en palabras o si verdaderamente, con su saliva, sus miembros mojados, ella me atraía a un rincón de la habitación, en la calle, en esos sitios siempre saturados e inundados. Mi boca goteaba. Yo la sentí pegada junto a mí por una carne extraña, una carne muerta que se licuaba; y mientras más la alejaba, más se desvanecía, se sujetaba en torno a mí. Creo que al final le escupí al rostro, todo mi cuerpo expiraba, pero ella también me escupía en los ojos, sobre las mejillas, sin decir nada, y adiviné su triunfo en el grito inverosímil de su gargante" (*Le Très-Haut*).

- Luego (interrumpo) el grito, el grito de triunfo, sonsacado al lenguaje encadenado (aquí por "ven", ahí contra "ven"), continúa, "solo" allende la desaparición de ella. Y hasta que él sea otra vez interrumpido por "la voz fuerte y autoritaria de un alto-parlante" venido de la calle y "continuando desde el fondo de la muerte a dirigirse a cualquiera, buscando a alguien inencontrable y anónimo que no podía ni escucharlo ni entenderlo".

- Pero usted me hubiera hablado antes…

- "Yo buscaba, esta vez, abordarla". En lo que sigue a este extraño ataque sin freno, la seguridad (la de la negación, por ejemplo, y de la dialéctica o de la teología negativa) es desbaratada por el impresentable tiempo del relato. En el medium ilimitado, elemental, de un presente flotante sin autoridad, que pierde fuerza tras el enteramente otro pasado, que no tiene ya la forma de un presente pasado, de un pasado que todavía se le asemeje, de un pasado presentable o representable y que guarda alguna común medida con el casi-ahora del relato, el acontecimiento a la deriva retira su pasado simple ("Yo buscaba, esta vez…") sobre un fondo indefinido de repetición y de habitus. Fondo sin fondo indicado por tiempos imperfectos de estado o de recurrencia: "*Quiero decir que intentaba hacerle entender que, si yo estaba ahí, no podía sin embargo ir más lejos, y que, a mi vez, yo había agotado todos mis recursos. La verdad es que desde hace tiempo tenía la impresión de estar agotado. 'Pero usted no lo está', señalaba él. En eso debía darle la razón . Por mi parte, yo no lo estaba. Pero el pensamiento de que, tal vez, yo no tenía en vista 'mi parte', volvía el consuelo amargo. Intentaba darle una vueltas a las cosas de otra manera. 'Me gustaría estarlo'. Modo de decir que él evitó tomar en serio; al menos, la tomó sin la seriedad que yo quería ponerle*" (*Celui qui ne m accompagnait pas*).

En esta secuencia de abordo o abordaje (borde del relato en el relato del aborde que no aborda: a-borde sin privación), cuya cita la interrumpo siempre bien arbitrariamente (esta lógica de la interrupción abortiva —corte, borde, violencia del encuadre— nos acerca aquí, a uno y a otra, de un borde al otro; es esta lógica de la *parte* o del *reparto* la que nos interesa a uno y otra), en este secuencia de aborde, cerca de cuatro tiempos se efectan unos a otros, entre los cuales un imperfecto que no tiene nunca el mismo valor. El de "él remarcaba" implica evasivamente la repetición indefinida de acontecimientos semejantes; los otros, un estado durable y contíneuo ("yo tenía la impresión", "yo estaba agotado", "yo no lo estaba", etc.). Toda la dislocación de las cadenas temporales entrelazadas incluso ni siquiera se desvían de un punto de referencia fijo; está involucrada por sobre el abismo abierto en la presencia misma del narrador que parece sólo hablar en el presente de su presencia, pero para decir: "si yo estaba ahí" ("… yo intentaba darle a entender que, si yo estaba ahí, no podía ir sin embargo más lejos…").

Aparentemente homogéneo a los otros imperfectos (en la medida en que yo estaba ahí: si es cierto, se entiende, que yo estaba ahí) este imperfecto se deja contaminar, de manera poco determinable, se diría vaga —flotante— en estos parajes, por el suspenso condicional: si se pudiese pensar que yo estaba ahí, a suponer que yo estuviera ahí. La decisión no es sólo suspendida en él sino sub-entendida, digo bien sub-entendida, entre dos lecturas, como siempre.

- ¿*Si*, en la lengua francesa, no es acaso, también, en la pregunta de forma negativa, una especie de reafirmación?

- Sí [*Si*]. Una vez más, sí [*oui*]. Si tú me preguntas: ¿no estaba usted ahí [*n'étiez-vous pas là*], para abordarme diciendo *ven*, yo puedo responder a ese *ne-pas* interrogativo, dejando en mi entonación toda la puntuación ilegible, escribiendo lentamente, con paso parejo, con voz opaca: si-yo estaba-ahí. Habrás podido entenderlo al menos de tres maneras.

Habrá sido necesario mantener la respiración o el suspiro del *si*, continuamente, hasta el surgimiento singular del *salvo* en la página siguiente, en el suspenso sintáctico de este término. "… *sin la seriedad que yo deseaba poner. Eso le parecía, probablemente, valer más y mejor que un anhelo. Yo permanecía reflexionando sobre lo que 'yo quería'. Yo lo había remarcado, él se interesaba en los hechos, se volvía cada vez más exigente y acaso más sincero, cuando era posible hablarle en el lenguaje de toda la gente, y ese lenguaje parecía ser el de los hechos. El obstáculo es que justamente —entonces— los acontecimientos parecían haber retrocedido prodigiosamente. Él vino en mi ayuda, a su manera. 'Parece, dije, que en un sentido, tengo todo, salvo… - ¿Salvo?' Él me daba la impresión de ser ahora más atento, aunque esta atención no estuviese dirigida hacia mí, era más bien una dirección silenciosa, una esperanza por él mismo, una especie de amanecer que, finalmente, no reveló nada más que la palabra 'salvo'. Un poco más, sin embargo, porque me vi obligado a añadir: 'Salvo que me gustaría deshacerme de ella'".*

Sigo —en otros lugares— el ritmo interno del *salvo*, la ley de su multiplicación y de su contaminación, siempre indemne y siempre alterada, su pulso que resuena a través del corpus inmenso: predicado sin sujeto, preposición a nada antepuesta, palabra que hace excepción, palabra sin palabra, sin lengua. Más de una década después de *Celui qui*…, el mismo guion suspensivo que parece también dejar la palabra al otro: "… *¿quién ocupa mi lugar? Y la respuesta alegre, infinita:* él, él, él.

"¤ El pensamiento que la había llevado al borde del despertar: nada le estaba prohibido, las astucias, los fraudes, los hábitos, las mentiras, las verdades, salvo (aún uno de esos términos a los que solía esperar), salvo -. Y él no era menso [*dupe*]; incluso esta ley podía invertirse, dejándola intacta, salva, a ella también.

"◆ 'Les daremos un nombre.' – 'Ellos tendrían uno' – 'En cualquier caso, capaz de nombrarlos'. 'Capaz de hacer saber que, el día que se encontrarán listos, habría un nombre para su nombre'. - …" (*Le pas au-delà*).

Hay que: dejar indemne, no dejar indemne. ¿Qué? Todo, salvo — el salvo que hay que dejar indemne, no dejar indemne. ¿Qué? La ley, indemne desde el momento que no hay que dejar nada indemne, salvo – hay que – pas(o) – sin qué – si, etc. "*La inderdicción permanece salva: en presente, no se muere*" – "*Ella permanece salva. Pero, en la medida que es el presente quien la pronuncia y que la transgresión se realiza en un tiempo futuro-pasado, sustraído a toda afirmación de presencia, la transgresión siempre ha retirado en el interdicto el tiempo presente de su pronunciación: lo ha impedido o prohibido dislocándolo"* (*Le pas au-delà*).

Allende, en el mismo libro: "… este límite que nadie entre nos pasa vivo —salvo en palabras".

El borde, "el pensamiento que la/lo había llevado al borde del despertar": dejar el borde y permanecer en el borde, en *Celui qui...,* desde el momento en que "intentaba, esta vez, abordarla", enunciado que se repite y (se) desplaza constantemente, vuelve no lejos del borde. La parálisis del borde…

- "el borde del lecho", también, del "gran lecho" ("Estaba de pie a unos pasos de un lecho vasto, exageración amplia…", "…en ese momento, estoy sentado, al lado de un lecho…" "no estoy, de cierto, sino al borde de la altitud verdadera…" "La caída es sin fin […] incluso no caigo, (sólo) estoy sentado al borde de un lecho, mientras se acentúa en lo lejano la ligera talla de un murmullo: ¿Escribe, escribe usted en este momento?" …). Sí, el borde impide, prohíbe la caída que provoca, guarda (contra) eso mismo que desencadena en la caída, por caso o caída, la "caída frágil", entonces, como a menudo dice. El borde alberga. E incluso: "…ella se da, se enfrenta, como a ella misma, a la verdad de apariencia que me muestra sentado al borde del lecho o no sentado, tal vez acaso echado, o ni siquiera echado, imposibilitado de otra cosa que de errar".

- El borde que él deja sin dejarlo, aborda sin abordar, en y como *Celui qui ne m'accompagnait pas*, es también un borde de mar, un bordemar. Un vecindario, una vecindancia escondida. La proximidad indeterminada, la dirección indecidida que es llamada, en el curso del acercamiento, *parajes*. El agua es aquí agua-de-mar. Allende ella, el borde, por todas partes. Es también un lago. Allende el borde, ella: por todas partes. Ella rodea una isla. En ella, ya no se camina, no se anda, el paso no es posible. En otras palabras, *él* se realiza en su imposibilidad misma, se franquea, se libera de sí mismo. Pas(o) en falso del mar. Ni dos pasos en el agua-de-mar.

Cerca de veinte páginas tras la escena del abordе, la errancia del alejamiento sigue un discurso marino. "… este desvío. Podía acordarme, como una navegación embriagante, de ese movimiento que en más de una ocasión me había empujado hacia una meta, hacia una tierra que no conocía y que no buscaba alcanzar, y que no hubo, en definitiva, ni tierra ni meta, de lo cual no me quejaba porque, mientras tanto y por el movimiento mismo, había perdido el recuerdo de la tierra…" Y la misma secuencia nos lleva al "azar", a la disposición del "día", "este día" "olvidado en parte", "sol del olvido".

- Desde que usted pretende hablarme, allí extensamente, acá brevemente, abriendo o cerrando la boca, todo lo que pronuncia (con) *o* (como cero, *eau, faut, faux, fors, fort, mot, moment, mort, maintenant, bord*, y recién *dehors),* ¿no va a volver, con este afán policial por descifrar identidades, a introducir una firma en ellas, la preocupación, el cuidado (*Sorge* esconde *or* [oro] en su cuerpo, en *Le Très-Haut*, Dorte [nombre femenino] también, la otra personaje; y además, en la misma novela, hay Louise y Roste, y, en otros lugares, dado que nunca escoge fortuitamente sus nombres, hay Thomas; y luego, tantas *o*, *om*, *mo*, trabajando o durmiendo en sus títulos), la insistente preocupación de su nombre?, ¿la disimulación, más o menos anagramática, de su firma completa, de sus bordes en cualquier caso (*maur*/*chot, m': o*)? Intentará usted tomarlo todo, como en una redada o una red, con un celo complaciente para desenmascarar la ausencia de un nombre, el pas(o)-de-nombre, va usted a decir, jugando incluso de página en página con el nombre de nombre, el sustantivo nombre [*nom*], con las letras (n, o, m, b, r, e), de derecha a izquierda y, por qué no, el no de pas(o) [*non de pas*] dado que ya ha comarcado las *a* y *pa* reiteradas en sus títulos (*Faux Pas, Celui qui ne m'accompagnait pas, La part du feu, L'espace littéraire*..., etc.)? ¿No es acaso también un poco fácil?, ¿demasiado corto? ¿Dónde todas esas letras estarían ausentes en las palabras de nuestra lengua?, ¿en Mí [*Moi*]?, ¿en el Otro [*Autre*]? Y la preocupación, la suya, ¿no es acaso también el olvido del nombre, y el falso nombre de olvido? Sí, desde que usted pretende hablarme…

- Ni aquí ni en otras partes tal derivación me ha parecido, en su principio mismo, posible, quiero decir, tal derivación genealógica del texto desde la matriz del nombre propio patronímico. La estructura misma de un texto y de un nombre, de una firma también, basta para complicar, de manera por de pronto enteramente preliminar, las premisas de tal indagación, cuando ella se precipita hacia el control asegurado de una filiación, sea consciente o no, celante, es decir, celosa, o no.

Me habías interrumpido cuando insistía sobre este *borde* en tanto borde *de la* mar bajo el "sol del olvido". Su primer libro se abre al borde de la mar ("Thomas se sentó y miró la mar"), desemboca también en ella. Todo su texto está rodeado, tal vez, por mar. Ella lo rodea, en todos sus bordes u orillas (porque sólo habrían bordes), como una isla. Bordes u orillas de isla, bajo el sol que, él mismo, prodiga olvido, casi en el medio de la mar. "Bordes de una cama", hace un momento, en la habitación anónima. Archipiélago, más bien, con istmos y estrechos, canales y pasos, pasillos estrechos, pasajes angostos, que de repente se abren a lo inmenso. Desde su primer libro. Y en su último libro, comarca y deja intacta la elipsis fascinante de lo que sale de la mar, se relaciona o con un trazo se opone a ella (una-*il* [*une-il* (por homonimia: una isla)]. Toma, lee esto.

- "¤*¿De dónde viene esto, esta potencia de desprendimiento, de destrucción o de cambio, en las primeras palabras escritas cara al cielo, palabras ellas mismas sin porvenir y sin pretensión: "él – la mar"* [*il la mer*. ´´él – la mar, pero también, por homonimia, ´él – la madre´, etc.] *? Ciertamente es aceptable, satisfactorio (demasiado satisfactorio), pensar que, por el sólo hecho de que algo así como estas palabras, "él – la mar", con la exigencia resultante y de la que ellas también resultan, se escribe, se inscribe en alguna parte la posibilidad de una transformación radical, incluso para uno solo, es decir, su supresión como existencia personal. Posibilidad: nada más.*

"No saca ninguna consecuencia de estas palabras escritas un día (que fueron o habrían sido, al mismo tiempo y también, muchas otras palabras), ni tampoco de la exigencia de escribir, suponiendo que, de esta, estuvieras encargado, así como te persuades y a veces te disuades a ti mismo. […] No esperes, si es esa una esperanza tuya —y hay que dudarlo—, unificar tu existencia, introducir en ella, en el pasado, alguna coherencia mediante la escritura que desunifica. […] Eso ocurría en 'la noche'. En el día había los actos del día… […] La certeza de que escribiendo ponía necesariamente entre paréntesis esa certeza, incluida la certeza de él mismo como sujeto o tema de escritura, lo llevaba lentamente, y sin embargo enseguida, a un espacio vacío cuyo vacío (el cero tachado, heráldico) no impedía para nada las vueltas y desvíos de un camino bien largo" (*Le pas au-delà*).

¿Cómo hacer para leer todo? E incluso si se pudiera aquí leer todo, citar "íntegramente" una vez más, todo, el todo aún faltaría… Doy vuelta unas tres páginas y leo otra vez:

"◆ *él: al borde de l'écriture... ".*

Él – la parálisis. ¿Es el emblema de su nombre, ese "cero tachado, heráldico"?, de su nombre sin nombre (pas(o) de Sin-Nombre, es aún demasiado), o incluso también de una isla anónima, rodeada por todas partes, como los bordes de la *o* o la *o* de b*o*rde, sin otra calidad o determinación, isla [*île*] blanca o negra, agua blanca/agua negra, grado cero de la apariencia, del primer *pas*(o) o del primer mot(e), cuando eso comienza a hablar o a andar, a alzarse sobre sí o a elevar la voz. El blanco y el negro convienen también a esta *o* del n*o*mbre sin n*o*mbre. El agua, blanca o negra, la *o*, clara u oscura, día/noche, ¿no es acaso este doble cero, esta "*potencia igual a 0 o del 2 en la distancia no marcada y no medible de la diferencia*", *esta* potencia igual como el Eterno Retorno no permite identificar ni reunir, ni excluir, el uno al otro? Pensando la *o*, me dejo así derivar hacia lo que él dice del 0/2 en *Le pas au-delà,* o de la "palabra-agujero" en *L'entretien infini* ("*una palabra-agujero, horadada en su centro con un agujero, por ese agujero donde todas las otras palabras podrían haber sido enterradas*": él cita a Marguerite Duras y él es esa palabra-agujero, "*inmensa, sin fin, un gong vacío*", que es la "voz narrativa"), pero hay también algo así como un agujero semejante en todos los nombres, en todos los motes, en su nombre, en sus m*o*t(es) con *o* en el centro de ellos mismos (el borde, la boca, el mote, el agujero, el nombre, el no, el momento). El doble color (blanco/negro) de la *o*, la oposición día/noche se borra sin confusión en la noche así comarcada: "Todo lo que Anne amaba […] se llamaba también la noche. Todo lo que Anne detestaba […] se llamaba la noche. Noche absoluta donde ya no había términos contradictorios, donde quienes sufrían eran felices, donde el blanco 'encontraba con el negro una sustancia común'. Y noche, sin embargo, sin confusión…". Leo esto en *Thomas l'Obscur* que usted describía, desde el momento donde, de abordo, desde la primera palabra, "Thomas se sentó y miró a la mar", como una génesis del color, desde la "noche absoluta" "donde el blanco encontraba con el negro una sustancia común. Y noche, sin embargo, sin confusión.."

- Sólo intentamos aquí una suerte de prefacio, apenas, fracasando ante *Thomas l'Obscur*, "En las páginas tituladas *Thomas l'Obscur*, escritas a partir de 1942…" (Advertencia de *Thomas l'Obscur*).

- Oye cuando digo *ven*. Aúllo y retengo un murmullo que nadie habrá oído, esta vez única, en el lugar cerrado y transparente. Mi grito es bien imperioso y bien suave, te obedece, te responde. Su urgencia te deja la eternidad para darme, la primera en eso, la afirmación que repito una vez más, esta vez única. *Ven* – habla y no pronuncia nada, pero, sin embargo, paciente, silenciosa-

mente, en cada uno de nuestros cuerpos, se escribe. Tú lo oyes aquí, ahora, tú mismo, en la mayor cercanía de tí, como si acabaras de prenunciarlo, pero lo recuerdas y te acordarás eternamente, en el olvido mismo en que nos habrá dejado, cuando aquello al fin al otro haya arribado…

- Lo que usted llamaba: la muerte, el otro nombre del *ven* – que no arriba entonces sino al otro…

- A tí.

- La cita me hiere, eternamente. Siempre he tenido la impresión que usted me habla de su nombre, desde su nombre, en su nombre. Si usted dice, por ejemplo…

- Te amo.

- Sí, si usted me lo dice, como usted me llama, ¿seré yo, la única?

- Tienes que olvidar. Deja esos pas(os) tras de tí. "*A veces me digo: 'No mires más eso, deja decidir entre tú y él, deja la decisión abandonarte, no vuelvas atrás*". Lee la continuación en *Celui qui*…, sigue el término "*decisión*" hasta el "*punto de verdad que lo vuelve sonriente*" y al "*no debo liberarme de ello*" y a lo que "*le fascina*". Has de olvidar. Olvida esta pregunta, este *ven* que hay que amar, únicamente, él, lo único, el venir por venir de *ven*, que no es un impersonal infinitivo, no un nombre sino él: *ven*…

- ¿Ni usted ni yo, él? ¿Cómo una obra o como un infante perdido? ¿En la noche? ¿Todavía sin nombre?, ¿nonato?, ¿Ella, yo?, ¿yo, la por venir?, una mujer, con todo…

- … en la noche, "sin confusión, sin embargo", dice *Thomas l'Obscur*. Te doy algunas palabras o sílabas de ese libro. Cuando las leamos juntos, la vida no bastará. "*Thomas se sentó y miro la mar […] y se deslizó en el medio de los remolinos que lo sumergieron de inmediato. Serena estaba la mar… […] él había escogido un itinerario nuevo. La bruma ocultaba la ribera. […] la certeza de que el agua faltaba […] todo estaba ya destruido. Thomas intentó desprenderse de la corriente insulsa que lo invadía. Un frío vivo le paralizaba los brazos. El agua se arremolinaba. ¿Era realmente agua? Ya la espuma revoloteaba ante sus ojos como copos blanquecinos* [*blanchâtres*]*, ya la ausencia de agua…"*

- Estos terminos, *blanquecino* cerca del *agua* (entiendo con ello el desplazamiento silencioso, disimulado, de un cachalote, un *sperm-whale),* muy cerca uno del otro, y la ausencia turbulenta de un agua que no es una cosa sino un vocablo, las cita usted aún para leer su nombre, para llamarlo, violenta, suavemente, para reunirlo en la economía de una sílaba como *Celui qui*…, en la penúltima página: "¿aparta otra vez? No, no lo apartes, no lo rechaces, al contrario, atráelo, guíalo hacia tí, ábrele el camino, llámalo, llámalo suavemente por su nombre. ¿Por su nombre? Pero no puedo llamarlo y, en este momento, no podría…".

¿No puedes? ¿En este momento? Pero entonces es el único momento, es una necesidad urgente, no le has dicho todo, lo esencial falta, hay que completar la descripción", '¡es preciso!, ¡ahora y ahora!'. ¿Qué olvidé? ¿Por qué todo no desaparece? ¿Por qué es otro quien entra en la esfera? ¿De qué se trata, entonces? ¿No soy acaso quien ha tomado el brebaje? ¿Era él? ¿Eran todos?".

- La amistad no da el nombre, ni lo toma. Devuelve al anonimato. No a otro, pas(o) a otro. Ella da, si ella es posible, el anonimato en el nombre. Ella alberga y libera el nombre sin nombre. Las palabras que acabas de separar (por caso, *blanquecino* o *agua*), sin derecho alguno, pueden, en efecto, parecerse a *elementos* de su nombre: tanto partes de su nombre (indivisibles) como su medio elemental (indivisible). Pero el elemento es también infinitamente divisible, anónimo, en las cosas y en las sílabas. El nombre no comprende tampoco sus elementos, así como no se disipa como la espuma "ante sus ojos" ni se ahoga en la ausencia de agua en el mar anónimo. Si la hubiera, la firma, la anagramática más que cualquier otra, perdería el nombre en la extensión infinita de su guarda. Ya no nombra. No sólo porque el nombre que le conocemos puede servir de *escondite*, a sus ojos o a los nuestros, para otro nombre, completamente distinto, trabajando

su texto en silencio, siviéndose incluso de su texto como escondite (la literatura siempre puede jugar ese papel), para insistir en su lugar y despistar las lecturas más ingeniosas, las más ingenuas entonces, en la complacencia policial de la investigación. Y además, todavía, firmando, ya sea que él lo haga con su nombre indemne y completo, salvo, arriba o abajo del texto, en el borde o fuera de él, ya sea que abandone las semillas en la lengua, en el estado de dispersión o de imantación, y guarde y pierda a la vez el nombre, y firme sin firmar. Y mientras más guarda, más pierde. En ambos casos, el efecto es el anonimato: por borradura o monumentalización. Esta doble banda es la estructura del nombre llamado propio, antes de cualquier decisión al respecto, antes de cualquier sujeto. De todos modos, él se ahogará en las aguas de su nombre con su nombre, donde todo se abisma: he aquí no-ya-nombre en el pas(o)-de-nombre. El don de nombre (dar un nombre a otrx o darse un nombre) se pervierte por adelantado en el pas(o)-de-nombre. Según este sintagma, este falso sintagma, el pas(o) cruza la línea, hacia el nombre a poner, o hacia la transgresión del nombre, allende lo anónimo o allende el nombre; pero él se repliega de inmediato antes de él mismo, aquende, el *pas* de negación habrá marcado la retirada, el retrazo. Él no pasa más allá: lo que tiene lugar en la lengua, pero más allá de ella, y deja el pliegue de este repliegue en el pas(o) que tú escuchas y entiendes aquí pero que no podrás nunca prender, sorprender, comprender. Pas(o)-de es inaprensible, impenetrable, pero…

- Que él permanezca, entonces, lo que me asombra…

- Pas(o) mismo.

- Pero entonces, ¿qué hace usted, usted, con su nombre? Quiere darle a él o ayudarlo, empujarlo incluso a perderlo? Donde, en cuál de ambos casos, más (o nada de) amistad…

- Lee *Celui qui ne m'accompagnait pas...*

- "… Usted quisiera darme un nombre? - Sí, en este momento, lo querría", y como no respondía: "¿Es que eso no fascilitaría las cosas? ¿Es que acaso no deberíamos llegar a eso?". Pero parecía eso estar siempre en cuestión: "darme un nombre? ¿Pero por qué?

- *Precisamente no lo sé: tal vez para perder el mío".*

- Bromeas [*Tu parles*]. ¿Es para perder mi nombre que al cabo te he llamado a hablar, y para "protegerte contra lo sin nombre" como dice él más adelante?

- El otro no puede creer en eso nunca. La respuesta "tal vez para perder el mío" lo hace sonreír. "*Lo que, extrañamente, le hizo reencontrar su buen humor*: '*Ah, no podrá salirse con la suya de esa manera*'". Pero la vigilancia del otro puede también permanecer, porque vigilante, dormida para esto: usted de veras quiere, tal vez, perder su nombre y, mediante un cálculo completamente diferente, no salirse con la suya ("Pero, no deseo salirme con la mía").

- Pero el otro lo sabía tambien. Hay que leer lo que sigue y todo lo que se dice de "la lucha vana por el anonimato" en *Le pas au-delà*; y en torno a "Escribimos para perder su nombre, queriéndolo, no queriéndolo […]" hasta la "inscripción que se borra sobre una tumba ausente". Se trata de esta "amistad por la exigencia de escribir que excluye toda amistad".

- Diciendo *ven*, ¿no me ha hablado entonces de él, llamado en su nombre? Y en el transcurso de este prefacio en una advertencia (por esta discreción declarada usted se reserva todo), acompañando solamente, sin lograrlo, tres o cuatro palabras (*sin, pas(o), salvo, si*), unas cuantas sílabas que tal vez ni siquiera sean palabras, y para nada numerosas, una sola a lo más, único elemento…

- Pas(o) incluso.

Comenzaba a leerte, a leer para tí esas sílabas en las parajes de *Thomas l'Obscur*, desde las primeras páginas: "... a veces la ausencia de agua se apoderaba de su cuerpo y lo arrastraba violentamente. Él respiró más lentamente, durante algunos instantes

retuvo en la boca el líquido que las ráfagas empujaban contra la cabeza: dulzura cálida, brebaje extraño para un hombre privado de gusto […] la misma sensación de extrañeza que el agua en la cual rodaban […] ensoñación en la que se confundía con la mar. La embriaguez de salir de sí, de deslizarse en el vacío, de dispersarse en el pensar del agua, le hacía olvidar todo malestar. E incluso cuando esta mar ideal en la que él estaba deviniendo…"

- Es él su mar ideal, la verdadera mar. Amar, para usted, su texto, ahogarse en él, ahora, haberlo amado, como el nombre de pila, el pre-nombre de origen…

- *"…* más intimamente se había convertido a su vez en la verdadera mar donde estaba como ahogado; no estaba tan conmovido como debería haberlo estado […] una ausencia de organismo en una ausencia de mar su viaje interminable. La emoción no perduró. Tuvo que correr de un borde al otro, como un navío a la deriva, en el agua que le daba un cuerpo para nadar. ¿Cuál escapatoria? ¿Luchar para no ser arrastrado por la ola que era su brazo? ¿Ser sumergido? ¿Ahogarse amargamente en sí? Hubiese sido, de cierto, el momento para detenerse, pero una esperanza le quedaba; nadó todavía como si en el seno de su intimidad restaurada hubiese descubierto una posibilidad nueva. Nadaba, monstruo privado de aletas. […] a sí mismo tan bien reapropiado […] intentaba reconocer en qué dirección se había alejado […] descubrió a un hombre que nadaba bien lejos […] el nadador se le escapaba sin cesar. Y lo veía, no lo veía ya y, sin embargo, tenía el sentimiento de seguir todas sus variaciones: no sólo percibirlo siempre muy bien sino ser aproximado a él de un modo enteramente íntimo y como no podría haberlo sido más por contacto alguno".

Eso se puede leer en el primer capítulo. El segundo, lo sabes, comienza así: *"Él se decidió, sin embargo, a darle la espalda a la mar… "*.

Y ahora, al final del último capítulo, el décimo segundo, en los parajes de una hora que, de la otra, se aleja más: "¿El mundo podía ser más bello? A través del campo se extendía el ideal del color […] una mar inmensa se extendía a sus pies. Él caminaba […] El hombre, sumergido por las olas que la ausencia de agua amontonaba, hablaba con su caballo en un diálogo a una sola voz […] Thomas avanzaba siempre. Como un pastor, conducía el rebaño de las constelaciones, la marea de los hombres-estrellas hacia la primera noche. Su caminata era solemne y noble, ¿pero hacia qué destino y en qué forma? Ellos todavía se creían encerrados en un alma de la que querían franquear los límites. […] Pero, poco a poco, vino el olvido. [...] Algunos que se sumergían orgullosamente, con las miradas en el mar, otros que guardaban ferozmente sus nombres, perdieron la memoria del habla, mientras repetían la palabra vacía de Thomas. […] El guardia de lo imposible los capturó y ellos se perdieron en el naufragio. Caída prolongada […] los monstruos con los que los habían aterrado cuando eran hombres se acercaron, ellos los miraron con indiferencia, no vieron nada e, inclinándose sobre la cripta, permanecieron ahí, en una profunda inercia, esperando misteriosamente que la lengua que cada profeta, en el fondo de su garganta, ha sentido el nacimiento, saliese del mar y les pujara en la boca las palabras imposibles. […] todos reconocieron el océano y percibieron una mirada cuya intensidad y dulzura despertaron en ellos deseos que no pudieron soportar. Por un momento, convertidos nuevamente en humanos, vieron en lo infinito una imagen que disfrutaron y, cediendo a una última tentación, se desnudaron en el agua voluptuosamente".

……

- Ven.

- *Oui, oui.*

[*Pas* es un ensayo incluido en el libro *Parages*, de J. D., Galilée, París, 1986, con una "edición revisada y aumentada" en 2003]

Traslape de Andrés Ajens